



Todas
mis
Estrellas

Diana Boswell

TODAS

MIS

ESTRELLAS

Diana Boswell

A Pulya, vseгда.

TODAS

MIS

ESTRELLAS

Diana Boswell

C0.

C1.

C2.

C3.

C4.

C5.

C6.

C7.

C8.

C9.

C10.

C11.

C12.

C13.

C14.

C16.

C17.

C18.

EPÍLOGO.

C0.

La nieve embarrada de Londres crujió bajo la suela de sus botas. Estaban marcadas con las salpicaduras del lodo desde hacía días, tenían varios raspones de arañarlas contra los adoquines irregulares de las calzadas. Parecía que contaban su propia historia a través del eco del chapoteo de sus pasos en el silencio de las calles. Un transeúnte se cruzó con él sin mirarle, escondiendo la cara en capas de ropa para soportar la helada.

El abrigo de Aden estaba húmedo por la intensa neblina de la mañana, pesándole en los hombros y goteándole en el ruedo, ahí donde no podía evitar empaparse por las salpicaduras de los charcos. La gorra no le calaba hasta las orejas, enrojeciéndolas por la intemperie y descubriendo una nuca erizada por la exposición a las dentelladas del invierno. El vaho se acumulaba frente a él con cada respiración rítmica mientras marchaba por las calles de Fitzrovia aquella gélida mañana de Enero.

Le gustaba la simplicidad de los nuevos uniformes, más acordes a la moda actual y mucho menos llamativos que las tradicionales y luminosas casacas rojas. Colgaba el suyo con un acentuado respeto cuando tenía que quitárselo y procuraba que estuviera siempre planchado, aunque hubiera descuidado el aspecto de sus botas. Desistió en algún punto al inicio del otoño, cuando se hizo patente que la ciudad no cesaría en su llanto hasta que llegaran los cálidos y agradables días de primavera.

Aún le llevó quince minutos a buen paso llegar hasta su destino. Saludó al guardia apostado en la puerta tocándose la visera de la gorra y se dirigió hacia el segundo piso, la quinta puerta, un despacho diminuto con una ventana que permitía el paso de la luz blanquecina.

Quentin levantó la vista de los garabatos que estaba haciendo en el margen de un papel sucio y le dedicó un arqueamiento de cejas, para preguntarle dónde se había metido aquella mañana. Aden encogió un poco los hombros como respuesta, agradeciendo que allí siempre hubiera una caldera encendida que le permitía desprenderse del abrigo y quitarse la gorra. Se sacudió el pelo para desapelmazarlo y se pasó la mano varias veces por la nuca, intentando, en vano, devolverle el calor.

La verdad es que se había entretenido al cruzar el Támesis. El río estaba congelado, permitiendo que los ciudadanos pudieran cruzarlo andado, incluso patinar en él. Se había quedado mirando a varios niños que se perseguían lanzándose bolas de nieve, riéndose a carcajadas del intento de un gran perro negro por morder los proyectiles en el aire. Se le instaló un sentimiento agradable en el pecho al verlos, porque solían estar trabajando o mendigando monedas. Aquellos niños estaban sucios, les faltaban dientes y se reían, como tendrían que hacer todos los niños.

Luego había apretado los labios y había continuado caminando.

—¿Qué hay hoy?

—La asignación de las rondas y la supervisión del entrenamiento. Lo de siempre —Quentin no levantó la vista del papel. Aden procuró ser discreto al echar un vistazo, su compañero no siempre quería compartir lo que dibujaba. Le sorprendió ver que era el exterior del edificio, en una representación muy fiel a la estructura. Desestimó elogiarlo, por no descubrirse, y se entretuvo en buscar los horarios de las rondas y los entrenamientos de la semana anterior.

—¿Quién está de guardia mañana?

—¿Norman?

—¿No estuvo de guardia hace tres días?

—Se habrá cambiado con alguien. Con la apertura del nuevo pub todos quieren escabullirse.

—¿Qué nuevo pub?

Quentin le frunció el ceño sin mirarlo, con esa gravedad en su expresión que decía que no sabía de dónde había salido Aden que nunca se enteraba de lo que estaba pasando en la ciudad. El local era la comidilla de las tropas en el cuartel, todos querían su oportunidad de cazar en el extenso jardín trasero. Era una acusación infundada, porque Aden sí se enteraba. Leía el periódico todas las mañanas, solo que, precisamente, los espacios de ocio no eran de su interés.

—Pues en el que si pagas, puedes disparar a los patos del lago que hay detrás de la casa. —Le indicó con un ruido de la garganta que le había escuchado y que no le interesaba continuar con la conversación, solo que Quentin tenía más cosas que añadir—: Hay un grupo que irá esta tarde. Váyase con ellos y haga algo divertido.

—Váyase usted con ellos.

—¿Y arriesgarme a que mi señora me despelleje? O yo que sé, una de mis hijas.

Los ojos verdes de Aden se detuvieron en él un instante, antes de volver a los informes de las patrullas.

—¿Por qué? —Preguntó al final, cuando el silencio se extendió algunos minutos. Quentin tardó en decidirse a contestar.

—No sé qué hace esa mujer que tiene a las niñas asalvajadas. Siempre gritando por la casa, siempre persiguiéndose, siempre exigiendo atenciones. Créame, yo no le pedí que trajera al mundo la quinta y nadie puede culparme si no quiero aparecer por mi casa.

El joven enarcó las cejas y se abstuvo de contestar, porque era obvio que el hombre quería a las niñas, tenía cientos de dibujos de ellas en las carpetas. Le entretuvo el pensamiento de que un hombre tan ceñudo e introvertido, del que le había costado años ganarse su confianza, se

deshiciera ante sus cinco hijas. No era lo que uno pensaba al mirarle, pero suponía que no era quien para juzgar por las apariencias. Ocupó parte de la mañana en organizar los horarios y, cuando acabó, se unió a los que estaban en el terreno detrás del edificio. La ausencia del sol dejaba un día gris y frío, el viento cortante le abofeteó el rostro cuando dio el primer paso al exterior, aun ajustándose la chaqueta. Había un número reducido de soldados que corría alrededor del perímetro, otros al cobijo de un pórtico encargándose del mantenimiento del armamento y unos cuantos más hacían prácticas de tiro en la zona más alejada.

Se le hundieron las botas en el barro cuando se dirigió hacia los últimos, supervisando en silencio los avances con la puntería y la coordinación de disparo. Los voluntarios que se incorporaron recientemente eran lentos en las recargas y torpes: incluso en la distancia, Aden advirtió la irritación del sargento dándoles órdenes. Cuando pasó por detrás le dedicó un breve saludo, al que el hombre correspondió por obligación, reflejándose en su rostro que no respetaba su subordinación a alguien que era más joven.

Aden tensó la boca, pero fue el único gesto que delató su contrariedad. Los tradicionalismos de las generaciones anteriores eran los primeros culpables del actual desprestigio del ejército británico, en su opinión. No se permitía la inclusión de nuevas ideas, ni se veía con buenos ojos que uno pudiera ascender por méritos, no por tiempo. Era precisamente el problema del sargento... ¿Overton?

Su mirada se endureció y decidió detenerse allí, sabiendo que no le haría falta intervenir para que su presencia incomodara. Alternaba la mirada entre los últimos reclutas y el hombre de espeso bigote, que subió el volumen de sus gritos en respuesta al estrés de tenerlo allí, y consiguiendo que los soldados se desacompararan todavía más. Alguien entonó una burla desde el final de la línea y algunas carcajadas sustituyeron la detonación de los fusiles. Al final, el sargento se vio obligado a confrontar la presencia de Aden y volverse hacia él:

—¿Quiere algo?

La omisión del título fue un insulto obvio, acalló las burlas de las tropas. Un silencio tenso se extendió por el campo. Los ojos fríos del oficial transmitían tanta autoridad mientras le contemplaba de hito en hito que consiguió demoler la bravuconada del sargento.

—Si les hiciera una demostración en lugar de gritarles quizá consiguiera que los soldados rindieran, sargento Overton.

Supo que exponerlo de esa manera afianzaría la animadversión que el suboficial le tenía, pero las envidias no eran problema suyo y no justificaban que el hombre estuviera descargando su frustración en las tropas. Con el gesto contrito, el aludido avanzó hacia uno de los chiquillos y le arrebató el arma, mostrándoles cómo amartillarla y disparar a varios blancos en sucesión sin errar una sola vez. Repitió el proceso dos veces, y casi le clavó el fusil en el estómago al recluta al devolvérselo. Aden decidió salvar la situación resolviendo, en voz lo suficientemente alta para que todo el campo pudiera escucharlo:

—Y así es como el sargento Overton sobrevivirá en el campo de batalla, y ustedes no. Harían

bien en pedirle que realizara la demostración un par de veces más, y procuraran imitarle, antes de que las balas del enemigo les abran agujeros en la cabeza por incompetentes.

Escuchó un coro de *sí, señor*, nada convencido, pero el orgullo del suboficial había sido remendado a última instancia. Aden le dedicó una mirada de desafío mudo, y se dirigió hacia el hombre que le hacía señas a la entrada del edificio.

—Capitán Savage —saludó, con una voz suave que, de alguna forma, desentonaba en lo afilado de sus rasgos—. Preséntese en el despacho del lugarteniente Silas, señor.

—Gracias... —entornó los ojos y escudriñó el rostro poco familiar del soldado—... ¿recluta Ross?

—Russell, señor —corrigió amablemente, cuadrando un poco los hombros al enorgullecerse de que hubieran recordado su nombre. Más o menos. Aden asintió, inclinó la cabeza como despedida y se dirigió al despacho de su superior. No iba a reconocérselo, pero la tensión le había enderezado la espalda.

Sus nudillos resonaron contra la puerta con determinación antes de abrir sin aguardar. Si Jared Silas le había llamado al despacho, era un asunto importante.

—Aden.

Sus hombros también se tensaron.

El lugarteniente Jared Silas tenía las sienes del color de la nieve. Las canas trepaban por su cabello a mechones, confiriéndole una cierta autoridad que invitaba a guardar silencio, acompañado de las arrugas alrededor de los ojos oscuros y de una boca que tenía por costumbre curvarse en una mueca estricta. Era un hombre casi tan alto como él, de corpulencia evidente. Cuando se levantó para saludarle, tuvo la misma fuerte sensación de siempre: el tamaño de su cuerpo no se correspondía con el de sus manos. El contraste le producía desubicación.

Procuró mantener los ojos fijos en los de su superior mientras apretaba con decisión aquella mano demasiado cálida y demasiado pequeña, esforzándose en mantener la expresión neutra. No había calidez en las facciones de su superior, ni siquiera a pesar de todos aquellos años.

—¿Qué tal está tu padre?

Un silencio.

—Bien, señor —forzó. Jared asintió. No regresó a su lado del escritorio sino que se apoyó contra él, cruzando los pies y los brazos. Era una postura informal, pero Aden no se dejaba engañar: que quisiera abordar aquello de forma personal no omitía la autoridad implícita. Fuera lo que fuera lo que dijese, Aden iba a tener que cumplir con ello, porque era una orden. El sentirse acorralado contra la pared le anudó las tripas incluso antes de que escuchase nada. No estaba en posición de hacer favores.

—Iré a visitarle. ¿Y el soldado Bay?

Aden volvió a guardar silencio.

—Continúa convaleciente, señor. Los médicos no tienen claro cuándo recuperará la movilidad de la pierna.

—Ya veo. Transmítele mis deseos de su mejora —el joven cabeceó con lentitud, apreciando otros detalles de la postura del lugarteniente: quería imponerse. Quería suprimir cualquier oportunidad de diálogo. Por tanto, Aden aguardó con cautela y adoptó una actitud reservada. Tenía que esperar a que el oficial abordara el tema que de verdad le había llevado a allí, no la charla cordial y, finalmente, Jared apoyó ambas manos sobre la mesa.

—La familia es importante. Es lo que sostiene a uno en pie, lo que dejamos en el mundo. Los hijos dan prestigio, Aden, orgullo, deben ser el reflejo de nuestros valores, los valores que mantienen esta sociedad y la civilizan. Pero, a veces, los hijos son unos desagradecidos —se incorporó para acercarse a un rincón del escritorio y servirse Scotch. El joven aceptó el vaso que se le tendía por educación. Se lo llevó a los labios y tragó, procurando no paladear el intenso sabor ahumado, aunque le colapsó los sentidos igualmente. Jared dejó con más fuerza de la necesaria la licorera en la mesa—. Ha llegado a mis oídos información que es de mi desagrado. Uno de mis ahijados ha sido visto reuniéndose con los comunistas de la Fulham. Quiero pedir tu confianza y absoluto compromiso para que investigues. Me consta que tienes conocidos en la fábrica, y quisiera saber quiénes son esos comunistas de los que hablan y qué hace mi ahijado reuniéndose con ellos. No estoy dispuesto a tolerar esa desviación de conducta, ni que a mi familia se la asocie con terroristas.

La sentencia salió de su boca con la gravedad de una acusación de asesinato. Se quedó en el aire, llenando el silencio. Aden exprimía los segundos de la pausa, tratando de hallar una salida. Jared no se la había dejado. Incluso sabiéndolo de antemano, el nudo le trepó de la tripa a la garganta. Estaba en deuda con aquel hombre, y las deudas siempre acababan pagándose.

—Tiene garantizada mi discreción —terminó por decir. Podían comprometerlo a él, pero extenderlo a sus propios lazos era una afronta que Aden no quería permitir. No tenía otra opción. Sus ojos eran granito cuando el lugarteniente relajó la postura y le mostró una sonrisa medio oculta en el frondoso bigote, antes de acercarse a estrecharle la mano de nuevo y palmearle el hombro.

—Gracias, Aden. Mi confianza está en ti como lo estaría en mi propia sangre.

—Señor —casi gruñó, forzando sus dientes a no masticar la palabra—. ¿De quién se trata?

—Raymond Samuelson.

Asintió y no añadió nada más, realizando el gesto de tocarse la gorra para despedirse. Al salir del amplio despacho la expresión se le mudó en una de contrariedad y sintió de nuevo la opresión

en la garganta, el whisky dando vueltas en su estómago. Tragó varias veces para deshacerlo, sin conseguirlo, y se escudó en su abrigo y en su fusil cuando reapareció en el espacio que compartía con Quentin para marcharse.

El lastimero aullido del viento lo acompañaba por las calles londinenses. Aden se miraba las puntas de las botas y luego contaba las ventanas de los edificios que pasaba. Se había encendido un cigarro y masticaba el filtro ininterrumpidamente, siendo testigo pasajero de las vidas al otro lado de los cristales.

La fábrica Fulham era uno de los gigantes que alimentaba la electricidad de la ciudad. Las luces de Londres titilaban en la distancia conforme la oscuridad del día se acrecentaba. En las casi seis millas que lo separaban de su destino, no se le ocurrió una alternativa. Al lugarteniente Silas no le había hecho falta especificar cuándo o cómo quería que se encargara de aquello: era inmediato. Y Aden no podía identificar a nadie si no reconocía primero el terreno.

Antes de llegar al puerto de Chelsea, el rugido de la fábrica de carbón ya era audible en la distancia. Se detuvo a admirar los barcos, ganando tiempo. Ganando tiempo, ganando tiempo... ¿Para qué?

Si era inevitable.

Se quedó en las inmediaciones de la fábrica, tres minutos antes de que los obreros hubieran acabado el turno. El humo de las chimeneas enrarecía y encolerizaba las nubes. La oscuridad allí era más densa. El olor era penetrante y ácido, se le quedaba en la garganta, le escocía en los ojos. Se resguardó cerca de la entrada, para poder ver quiénes abandonaban el lugar de trabajo. Conocía a Raymond Samuelson. No estaba seguro del aspecto que debía tener en los últimos años, pero suponía que su cara no había cambiado demasiado. Si se acercaba por allí, seguramente él también podía reconocer a Aden. Solo que Aden tenía una excusa para estar en la fábrica, como bien había dicho Jared Silas: él conocía a alguien allí.

Jugueteó con un segundo cigarrillo, dándole vueltas entre los dedos. Al apoyarse en la pared se le clavó el arma en la zona baja de la espalda. No se molestó en acomodarlo, absorbido por la certeza de que lo habían acorralado y no podía revolverse para morder las manos que lo tenían atado. ¿No había sido siempre así?

—¿Aden?

Levantó la mirada con la misma rapidez con la que se irguió, entreabriendo la boca para contestar, sin que saliera ningún sonido.

—¿Has estado esperándome? ¡Gracias! Llevo tiempo sin verte —Nevil lo miraba con fijeza—. ¿Has venido desde el cuartel solo por mí? ¿Ha pasado algo? —Continuó sin contestar. ¿Qué podía ofrecerle? No, claro que no había venido por él, ni siquiera había escuchado la sirena que indicaba el final de la jornada—. Mira... tengo que irme, no puedo quedarme. Volveré a casa más tarde —se quitó la boina y la amasó entre las manos. Cambió el peso de un pie al otro. Transcurrieron unos segundos con lentitud. Nevil empujaba la lengua contra los dientes porque

había algo que quería decir, sin encontrar las palabras. Al final se volvió a colocar la gorra y se marchó sin despedirse.

El chico tenía razón: llevaban mucho tiempo sin verse.

La cordialidad era extraña entre dos personas que se habían conocido. Aden lo siguió con los ojos, calibrando que cruzarse con Nevil era la mejor forma de tener una justificación para estar allí. Se recolocó el fusil en el hombro y miró en derredor, confirmando que no quedaba nadie más, y que si había obreros juntándose con la aristocracia londinense no era de forma expuesta.

Fue su propia indecisión por no querer cumplir con las órdenes, bajo la sombra amenazadora de la fábrica, lo que le dio tres segundos: tres segundos en los que escuchó el grito de Nevil.

Una concesión del universo: los segundos que el capitán Aden Savage podría no haber perdido, y entonces nunca habría escuchado su nombre a voces y nunca habría girado sobre los talones de las botas, no habría atravesado la calle alejándose de la fábrica, que debería haber sido su destino, nunca habría doblado la esquina y nunca se habría encontrado al adolescente delgado y rubio de pie junto a un cadáver.

Fue automático:

—¿Lo has matado?

—¡No! —Chilló Nevil—. ¡Se ha caído!

—¿Se ha caído muerto? —El sarcasmo también fue una respuesta automática a la situación descontrolada. Aden estaba allí plantado, le sudaban las manos y tenía la vista clavada en el bulto en el suelo. Nevil no era capaz de matar a nadie, Aden lo sabía.

—¡No sé! Se ha caído y no se despierta. ¡No se despierta! —Para demostrárselo, se acuclilló junto al cuerpo inerte y lo sacudió por un hombro, llamándolo a gritos. No se movió—. ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?

Cuando Nevil ahogó un sollozo de pánico, el militar recuperó su aplomo. Todavía llevaba el cigarrillo entre los dedos y el fusil en el brazo, donde le había resbalado del hombro. Guardó lo primero y volvió a reajustarse lo segundo, agachándose junto al cuerpo menudo y frágil. Le colocó una mano fría sobre la boca y detectó la débil respiración. Y aún habiendo estado muerto, Aden sabía que no habría podido dejarlo allí. De manera que lo cogió en peso, se lo cargó al hombro y con el mismo paso firme de siempre arrancó la marcha.

—¡Espera! —Chilló Nevil, su voz se volvía espantosamente aguda dominada por el pánico —
¿A dónde vas?

—A un hospital.

—¡Pero nadie va a atenderle! ¿Quién va a pagar por los gastos médicos?

—Lo llevo al hospital de la Reina Alexandra —zanjó Aden, sin él mismo saber que esa era la decisión que tomaría hasta el momento en el que salió de su boca. El cuerpo inerte que cargaba al hombro no pesaba lo que en un principio imaginó. Preparó los músculos involuntariamente para cargar con un hombre corpulento, pero aquél apenas pesaba la mitad que él.

—Pero —Nevil continuó, esforzándose por mantener el paso vivo del soldado—. No le atenderán allí.

—Sí lo harán. Soy capitán del Tercero de Londres, le atenderán. Pero no me acompañarás.

—¿Por qué? —El miedo dejó paso a la insolencia en la rapidez de un chasquido de dedos. El adolescente se escudó detrás de su orgullo—. Yo estaba aquí, debo ir contigo. Es mi responsabilidad.

—Para ser tu responsabilidad no te he visto aportar soluciones.

—Me asusté —el intento de protesta fue débil y se asfixió en la garganta del rubio. El chico se ocupó en mirarse los zapatos. El soldado tenía la vista en el frente, obviando las miradas de los transeúntes. No le había mirado más de dos veces. La decepción desapareció pronto para dejar paso a la ira—: Solo estábamos hablando. Quería hacerle compañía, se apoyó en la pared y luego se cayó al suelo. Y ya está. ¿Qué querías que hiciera?

Aden exhaló todo el aire de sus pulmones con brusquedad. Comenzaba a faltarle resuello, y no tenía ganas de continuar con aquella conversación. Todas desembocaban en lo mismo y finalizaban de la misma manera: Aden era capitán en el ejército. Su posición podía usarse.

—Y... ¿qué hacías tú en la Fulham?

—No lo sé —repuso, al cabo de unos instantes. Cada vez que respiraba se le clavaba un agujonazo en las costillas. Se vio obligado a detenerse y a, con dificultad, cambiar el cuerpo de hombro. El dolor de los músculos le ascendía por la espalda como un latigazo. Tenía que llegar al hospital, si eso podía marcar una diferencia entre la vida o la muerte de aquella persona—. Lleva el fusil —Nevil se apresuró a obedecer. Cerró los dedos en torno al arma con respeto precavido y no se la colgó al hombro porque aquello solo estaba permitido para Aden. Regularmente se aseguraba de que todavía continuaba con vida, e inhalaba con alivio al comprobar que era así. Si hubiera muerto, ¿qué le dirían a las autoridades? —A nadie le importaría. Un obrero muerto es una preocupación menos para el gobierno.

La afirmación provocó un nuevo estallido de ira:

—Pensar así de las personas te hace peor que las ratas.

Los ojos de Aden reflejaron la rabia durante un fugaz instante. No era una verdad que él impusiera, era la que había. La compasión no era política del estado británico.

—Sin los obreros este país se derrumbaría, somos la tierra sobre la que se levanta —insistió el chiquillo—. Y eso lo saben los políticos, y los ricos, y los reyes: castigan la tierra sobre la que construyen sus palacios.

—Quién te ha dicho eso.

—¡Nadie! Siempre piensas que soy estúpido.

Resopló, mientras se decidía a sostener el cuerpo en brazos para permitir que le descansaran los hombros. No estaba allí para curarle el ego a nadie, y menos a un niño abanderando palabras que eran más grandes que él. Su problema no era con los ideales, era que Nevil hablaba sin saber. Tropezó por forzarse a sostener el cuerpo contra su pecho y eso culminó en que las tensiones del día le hicieran gruñir un *lárgate ya* que no fue bien recibido.

Nevil se rezagó aferrando el fusil, el rostro demudado en ira pálida. Siempre era el mismo resultado. Siempre eran las cosas así. Se negó a decir nada más y decidió que si Aden había querido cargar con la responsabilidad de un cadáver en la calle, entonces que fuera toda para él.

El hospital era una construcción colosal de ladrillo rojo que contrastaba con el día plomizo a sus espaldas. La calle no estaba completamente adoquinada: Aden hundió las botas en el barro varias veces hasta que consiguió llegar a la entrada. Por acto reflejo, estrechó más el cuerpo contra sí. Se había dirigido hacia allí sin titubear, pero se detuvo bajo los pilares de la entrada. No podía entrar con un civil a un hospital militar. Dejando el cuerpo apoyado contra la pared le colocó su propia gorra sobre la boina negra que le ocultaba las facciones y se despojó del abrigo militar para echarse por encima. Luego, con esfuerzo, volvió a sostenerlo en brazos.

Al entrar se dio de bruces con una enfermera, que retrocedió para mirarlo.

—¿Qué ha sucedido?

—Necesito ver al doctor Palmer.

—¿Está herido? ¿Ha sido un disparo?

—No se lo repetiré dos veces —la voz de Aden fue fría y dura, no podía permitirse entretenimientos. La enfermera crispó la boca y le sostuvo la mirada durante tres segundos exactos. Luego cedió, agachó la cabeza y asintió.

—Sígame. Le llevaré a la segunda planta, el ala este.

El hospital era apacible y estaba vacío. La luz que se filtraba por los cristales dibujaba tenues sombras en los suelos de madera. Una de las luces bajo las que caminaron se apagaba intermitentemente. Oía de forma extraña, tuvo la sensación de que no lograría quitárselo de la ropa.

—No hay mucho trabajo ahora —comentó la enfermera, para llenar el silencio incómodo entre

los dos. Los pasos resonaban con demasiado eco, producían un efecto intranquilizador. Había un murmullo de voces de una de las habitaciones. Aden no secundó la conversación, así que ella abandonó el intento y le indicó con un gesto de la mano la habitación al final del pasillo.

Había una cortinilla blanco crudo que separaba una pequeña mesa de despacho de lo que parecía una zona de exámenes, de la que asomó un hombre una vez escuchó los pasos.

Su cara de rata exhibió perspicacia y luego a una sonrisa fea.

—Capitán Savage —saludó. Su dentadura era amarilla, con los incisivos principales demasiado grandes, profundizando el parecido con un roedor. Tenía la piel picada por la viruela y, acompañado con la alopecia, daban a su aspecto una sensación de suciedad que lo estremeció. Era el hombre más bajo con el que Aden se había tropezado—. Me preguntaba cuánto tardarías en volver.

El tono del médico contribuyó a que su piel se erizara. Mantuvo el gesto neutro, a pesar de la tensión en su mandíbula.

—Necesito un favor —escupió al final. Era evidente que lo necesitaba, por eso estaba allí. Por eso el médico sonreía de aquella forma.

El doctor Palmer se acercó un poco más a él y de un movimiento preciso descubrió el rostro del cuerpo que Aden había cargado cuatro millas en brazos. El joven tuvo que hacer un esfuerzo para no exhibir su sorpresa al encontrarse con las facciones de una mujer.

—Es una civil. Esto es un hospital militar, llévatela a otro sitio.

No podía llevársela a otro sitio porque no la atenderían y él no podía cubrir los gastos médicos con su sueldo. Si Palmer quería privilegiarse de la posición de Aden en el ejército, que lo hiciera. Ahora no podía dejar a la desconocida tirada en una esquina. Ya contaba con tener que asumir un coste por acudir allí. Incluso si en el coste estaba el tener que suplicar.

—Necesita asistencia médica, no se la darán en ningún hospital.

—¿No me debes ya demasiado, Savage? —El doctor fingió entretenerse en contemplar unos informes de apretada e ininteligible letra sobre su escritorio.

—Soy un hombre de palabra.

—Pues todavía no he visto el resultado de tus promesas.

—Los acuerdos requieren su tiempo.

—¿De verdad? —Volvía a haber desdén en la voz de Palmer. Aquello no podía durar mucho más tiempo, ya había tardado hora y media en llegar hasta allí, quién sabe cuánto tiempo más tenía la joven—. ¿Y qué tienes para ofrecerme esta vez?

Aden tragó el ácido que le subió por la garganta. Le dolían tanto los brazos que pensaba que se le aflojarían en cualquier momento.

—Puedo ofrecerte un cargo político —dijo, al final. Causó el efecto deseado: el médico volvió su atención a él.

—Debes ser el hombre más estúpido en este país—. Aceptó el insulto. Debía serlo, si acudía dos veces a la misma alcantarilla a hundirse en la mierda. ¿Qué más podía hacer? No tenía ni idea de atención médica. No podía dejarla morir—. Llévala a la camilla, le haré un examen.

Volvió a tener que tragarse el ácido cuando sus tripas dieron una sacudida. *Un examen*. Se forzó a dejarla en la camilla, manteniéndose al lado del cabezal y con los ojos muy abiertos fijos en el médico, sin poder evitar la actitud y expresión hostil. Éste le ignoró mientras despojaba a la joven del abrigo y comenzaba a desabotarle el largo y sucio vestido. Aden llevaba los ojos de los botones que se desabrochaban al médico, constantemente frenando el impulso de que aquellas manos dejaran de tocar a la chica. No sabía quién era ella ni le importaba, pero estaban violando su intimidad y, a juzgar por la brusquedad del médico, también de la forma más inhumana. La desnudó, para recrearse en lo violento que se sentía Aden, exponiendo al gélido frío de la estancia un cuerpo cuya carne no daba para cubrir los huesos. Vio la pronunciada marca de las clavículas, del esternón, de las caderas. Las puntas de los hombros. La fragilidad del cuello, de las muñecas, de las piernas. Siete lunares sobre un pecho que caían como estrellas fugaces hasta el relieve de sus costillas, una cicatriz de la longitud de su puño en la parte exterior de su muslo derecho. Había contusiones en su costado y cuando el médico la giró para examinarle la espalda después de haber verificado que su cabeza no sufría daños expuso todos los relieves de sus vértebras, como si se apretaran contra la piel para querer romperla.

De alguna forma, estaba violando el refugio de una persona: su desnudez. La chica era menuda, gastada, frágil. No debía tener más de veinte años, calculó, a juzgar por la suavidad de sus rasgos. Tenía un lunar en la barbilla. Otro sobre una ceja. Los rizos muy apretados y desordenados. Los ojos inyectados en sangre y reseco de una forma que tardó en reconocer: el polvo de carbón los irritaba.

—No tiene ningún hueso roto. Las contusiones pueden haber sido de golpes ocasionales, por la severa desnutrición, o de una paliza. Los ojos tendrá que lavárselos a menudo, hasta que la irritación disminuya —Palmer se encogió de hombros despreocupadamente y se apartó, sin molestarse en cubrirla.

La rabia sorda le palpitó en los oídos cuando se precipitó a echarle su propio abrigo militar por encima, al menos para refugiarla del frío.

—¿Por qué está inconsciente?

—Porque no tiene fuerzas —comentó, como si fuera obvio—. Quién sabe cuánto tiempo lleva sin comer. Dale agua y humedécele los labios con caldo, hasta que vuelva en sí y pueda tragar.

Cuando se hizo patente que el médico no iba a cederle ninguna intimidad, Aden le dio la espalda, intentando esconder el cuerpo de la joven todo lo que pudiera, apresurándose a intentar vestirla de nuevo, equivocándose con el orden de los botones y solventándolo con ceñirle el abrigo que traía, húmedo, pesado, viejo y pasado de moda con fuerza, por si así pudiera borrar las huellas de las manos del médico. Luego la volvió a levantar en peso, con la cara roja del esfuerzo.

—Si me haces esperar, iré a buscarte, Savage.

La despedida de Palmer lo persiguió por el pasillo. Aden apresuró el paso por el edificio, e incluso cuando estuvo en la calle aún tardó en permitirse una tregua, el aire frío y contaminado de Londres atropellándose en sus pulmones. El cuerpo le dolía tanto que tenía que luchar porque en uno de sus ojos no se acumulara una lágrima involuntaria.

Aún así, cargó con la desconocida hasta el 206 de la calle Elmhurst.

Se derrumbó al cerrar la puerta tras de sí del apartamento. El silencio de Londres lo había acechado hasta allí, incluso los vecinos, habitualmente ruidosos y entrometidos, estaban quietos. Aden tenía la sensación de que había huido por las calles, robando un cuerpo, guardando un secreto.

Cuando su vista se acostumbró a la oscuridad descubrió que en el salón estaba Nevil arrebujado en varias mantas, dormido sobre su propio brazo. A pesar de todo, se había quedado a esperar si volvía.

Aden procuró que la madera no crujiera bajo sus botas mientras llegó a su habitación. Depositó a la joven en su propia cama, despojándola del calzado y del abrigo, cubriéndola con una muy pesada manta de lana. A continuación regresó a la estancia principal, para recoger al adolescente del suelo. Pensó que se le caían los brazos, cargando con él hasta su habitación. Era la más pequeña de la casa, y el colchón estaba directamente en el suelo. Lo dejó allí, intentando desenredarle las mantas del cuerpo y temiendo que despertara cuando el joven se estiró al refugio del calor.

En el comedor solo había una única silla, motivo por el que siempre comían en el suelo, y fue la que llevó a la habitación, para sentarse allí, fumarse el cigarro que había guardado en la pechera del uniforme y clavar la mirada en la figura inmóvil de la cama. Su cuerpo se hundió en la silla, se ancló a ella, cada centímetro tan dolorido que le mantuvo los ojos despiertos toda la noche, aunque no hubiera dormido de haber podido.

Tenía una extraña en casa. Le había parecido justo ofrecerle su cama, en aquella habitación que era el único refugio que tenía del mundo, porque él le había quitado el suyo. El impulso de bañarla hasta que pudiera borrarle de la piel todas las huellas era tan fuerte que tenía que ahogar el estrés en la nicotina. Él lo había permitido, la había llevado a allí, a aquel hombre. Había intimidad en la desnudez. Cobijo. Mostrarlo debía ser una elección voluntaria.

Antes de que el sol comenzara a bañar los tejados de los edificios londinenses, Aden ya había salido del apartamento. Le costaba esfuerzo coordinar los pasos y mantenerse erguido, casi se

equivocó al dar el cambio dos veces. Regresó del mercado sin poder precisar la hora, por la espesa niebla que había sepultado Londres. Debía ser tarde, porque Nevil ya estaba despierto cuando regresó. La tetera humeaba al fuego.

—¡Aden! ¿Dónde está?

—En mi habitación.

—¿Qué te han dicho?

—Deberá descansar, y alimentarse.

—¿Va a quedarse aquí?

No creía que ella tuviera un lugar mejor al que irse. El apartamento no era mucho, estaba vacío y helado. Pero si quería quedarse allí, pues podía hacerlo. Él solía evitar volver, de todos modos.

—Tengo que ir a la fábrica pero ¿vas a quedarte con ella?

—Puedo tomarme unos días de permiso.

Como si la diferencia de opiniones jamás hubiera acontecido el día anterior, la mirada de Nevil se iluminó con ilusión. Llevaba el pelo más limpio y mejor peinado de lo habitual, y sus ojos castaños volvían a ser tan cálidos como los recordaba.

—Gracias, Aden.

El apartamento pareció vaciarse cuando Nevil se marchó. Las nubes pesaban tanto en el cielo mientras aclaraba la mañana que no cupo duda de que Londres llovería. Cuando las primeras gotas comenzaron a repiquetear contra los ventanales todavía no se había movido.

Se calentó el té frío y revolvió entre los alimentos que había traído, sin estar muy seguro de qué podía hacer con aquello. Cocinar no era una de sus destrezas. Tras veinte minutos de indecisión finalmente convino en elaborar un caldo de verduras al que añadió alubias. El ladrido de la lluvia contra los cristales y el agotamiento lo empujaban a perder la noción del tiempo. El té se le había vuelto a quedar frío. No recordaba la última vez que estuvo en aquella vivienda más de cinco horas seguidas. Tampoco recordaba la última vez que se hubiera molestado en cocinar, o en algo más que no fuera huir.

No fue consciente de los ojos negros que lo seguían por la cocina.

Por eso cuando se volvió y colisionó con la mirada de ella se quedó clavado en el sitio. Iba descalza. El vestido que no le había abrochado del todo le resbalaba por los hombros hasta casi los vértices de los senos. Viéndola de pie, era obvio que la prenda le quedaba enorme, pero que cumplía la función de esconderla del mundo. El pelo había terminado por escapársele del recogido, enredándosele en rizados imposibles de gran volumen en todas direcciones, cayéndole

hasta las costillas.

Se movió, y el vestido le resbaló un poco más.

Aden no bajó los ojos.

Supo, en ese mismo instante, que la forma que tenía de mirar hablaba de una franqueza que no había visto en nadie. Y que, a pesar de que ella ya había encallado en lo peor que tenía para ofrecer el mundo, peleaba por mantenerse entera. Decía con los ojos que era inmortal, pero Gran Bretaña la estaba matando.

Lo observaba de aquella manera tan intensa e intimidante y, a pesar de todo, él no apartó la vista. El silencio se extendió, cubrió la distancia, tocándolos, uniéndolos.

—Llueve.

Su voz, pequeña, llenó los huecos. Se aproximó con lentitud, con agotamiento, hasta situarse frente a Aden. Tenía que levantar el mentón. La larga melena oscura parecía querer arroparla más de lo que hacía aquel vestido, empecinado en descubrirla. A ella no parecía importarle. Movi6 los dedos de los pies, apreciando la textura y el frío del suelo de madera, y cerró los ojos, casi como si pudiera sentir la lluvia allí dentro. Por un instante, lo único que el soldado pudo escuchar fue su respiración frágil, eclipsando los sonidos del resto del mundo. Luego comenzó a bullir la sopa y se sobresaltó, apresurándose a apartar la cacerola del fogón.

—Siéntese. Y coma —añadió, todo su organismo súbitamente despierto, tenía el pulso disparado. Se forzó a acompasar la respiración, verificando que la sopa era comestible y no sabía a quemado aunque las judías estaban duras y el conjunto no tenía demasiado sabor. Lanzó una mirada fugaz por encima del hombro para advertir que ella había obedecido y estaba sentada en la silla que Aden había tenido la ocurrencia de traerse del dormitorio, para que no tuviera que comer en el suelo si despertaba.

La chica se llevaba con lentitud la comida a la boca, y, aunque procuraba darle la espalda para cederle espacio e intimidad, no podía evitar que sus ojos la buscasen. Aden se mantenía erguido, pero no tenso. La presencia de la desconocida no le producía incomodidad: todo lo contrario. Quizá debería producírsela, se dijo, pero volvió a buscarla con los ojos y se le olvidó por qué tendría que hacerlo.

—Tiene una cicatriz en la nuca —continuaba siendo una voz pequeña, y suave, como un susurro, de un acento leve que no consiguió ubicar con precisión en Inglaterra. Cuando se volvió al terminar de limpiar lo que había ensuciado se la encontró allí de pie otra vez, si bien a duras penas, se le arqueaba el cuerpo hacia sí mismo, en un vano intento de decir basta.

—Una de tantas —contestó, sin sentimiento.

Un pestañeo, lento. Y una negación de la cabeza.

—No es una cualquiera. Empieza en la nuca, pero no termina ahí.

Aden entornó los ojos un instante, analizándola. La chica se mantenía cerca, demasiado e increíblemente cerca, pero no llegaban a rozarse. Se preguntó como era posible, si tenía la sensación de que se caerían el uno en el otro si se movían. ¿Se estaba burlando de él? Pero no, la joven estaba completamente seria. Se le cruzó por la mente que igual estaba loca, el sufrimiento podía hacerle eso a las personas. Pero no, tampoco, porque había lucidez en aquellos ojos negros. Tampoco sabía por qué parecía esperar algo, ni qué decirle u ofrecerle.

—Debería continuar comiendo —insistió, buscando una forma de recuperar la compostura. Hubo una mezcla de emociones en el rostro de la desconocida que el soldado tardó unos instantes en descifrar—. No está acostumbrada a comer—. La afirmación se ganó que ella volviera la cara para mirarle otra vez, en silencio, con tanta intensidad que a Aden le costó sostener aquel aplomo titánico. No tuvo que añadir nada más, de todas formas, porque él entendía—: Su estómago lo aguantará si come con paciencia, dándole tiempo. Siéntese.

Ella aceptó, subiendo las piernas a la silla y abrigándose con ellas, tomándose tiempo entre cucharada y cucharada, como si la propia comida le infundara un respeto y un temor que no fuera capaz de superar, por más que hubiera estado de pie, exhausta y desnutrida, en un apartamento que no conocía, frente a un desconocido, y exponiéndose con la barbilla alta.

A lo mejor su cuerpo estaba demasiado pendiente de ella, porque en el momento en el que despegó los labios para hablar él ya estaba atento:

—Por qué.

Aden dejó el paño y buscó una postura más cómoda contra la cocina, para poder mirarla de frente y con franqueza: en sus mismos términos.

Por qué, qué, exactamente. Por qué la había recogido del suelo, por qué se la había llevado a casa, por qué la había tumbado en su cama, por qué le había preparado la comida, por qué había aceptado que se quedaría allí hasta que ella pudiera caminar del apartamento por su propio pie, sin que le flaqueara el paso. Él también se lo preguntaba, por qué continuaba haciendo aquello, por qué se responsabilizaba, por qué se había entretenido tres segundos de más. Por qué se había cruzado con ella.

—Porque... necesitaba ayuda —porque no sé quién eres, porque pareces importarle a Nevil, porque estabas tirada en medio de la calle y Londres te había abierto agujeros por los que no sangrabas, porque vas descalza, porque llevas el vestido sucio. La cara sucia. Pero no llevas sucios los ojos.

Tuvo la sensación de que eso era exactamente lo que ella había leído en su alma.

—Nadie puede ayudarme a sobrevivir.

Aden estiró una mueca en la boca que pareció una sonrisa. Era ácida.

—Entonces está en el lugar adecuado para sobrevivir por sí misma —abarcó con un brazo la habitación. Desnuda, fría, de paredes revestidas por un papel de pared abigarrado y viejo, los dibujos perdidos a trozos. La luz gris y el suelo de madera. La cocina apiñada en una esquina, una mesa siempre desnuda y una única silla. Ausencia.

El soldado no ironizó al hablar, era sincero. Le había ofrecido a aquella chica su casa, sin preguntarle el nombre, ni de dónde venía ni por qué iba descalza. Podría haber indagado por su pasado, su condición, cómo es que era una mujer trabajando en una fábrica de carbón. Preguntarle si tenía intención de quedarse, o de irse pronto. Incluso podría haber preguntado si eso que tenía en la nariz eran algunas pecas, o suciedad. Pero allí, lo único que pudo hacer fue devolverle la mirada y preguntarse cómo alguien podía mostrar tanto coraje.

Sí preguntó, no obstante, *cuántos años*. Cuántos años de sufrimiento, de hambre, de inviernos de nevadas intensas, de caminar encorvada bajo el peso de un país cimentado en el privilegio.

Y ella pestañeó, los ojos todavía inyectados en sangre y resaltando el negro más oscuro que había visto nunca, de forma llana y sencilla, porque no había ningún rincón en su cuerpo que quisiera esconder contestó que diecisiete. Diecisiete vueltas del planeta al sol, diecisiete veranos breves, diecisiete veces que se había negado a cortarse el pelo. Diecisiete pecas en el tabique nasal.

Y se llamaba Darya Whelan, pero eso Aden no lo averiguó hasta los días siguientes, cuando se le ocurrió pensar que todavía no lo había preguntado.

C1.

—Todavía no he podido ver los barcos de vapor cruzando el Támesis. Ni las estaciones de tren, ni la abadía Westminster, ni los jardines, ni la Torre de Londres, ni los palacios, ni la catedral de San Pablo, ni el Parlamento, o los museos, o la plaza Trafalgar. *Nine* intentó enseñarme a ver, siempre decía *Darya Whelan, sola y pequeña en el mundo. ¿Cómo no supe enseñarte nada?*

Pareció que una vez aquello había salido de su pecho, se quedó tan vacía que tuvo que cobijarse un poco más en el espacio entre sus piernas y la pared, con el pesado abrigo sobre los hombros. Aunque las ventanas estaban cerradas, el agudo helor se filtraba en la estancia. Aden lo sentía colándose por el cuello de su chaqueta cruzada.

—Yo podría llevarte al parque Hyde —resolvió un risueño Nevil. Estaba sentado muy, muy cerca de ella, prácticamente hombro con hombro, se calentaba las manos con las patatas asadas, aún calientes, de la cena—. Por allí está... el palacio Kensington... y el memorial al rey Albert... Y, umh...

—El palacio de Buckingham, las caballerizas reales, los jardines de St. James, los jardines de los tulipanes, la abadía —completó Aden, sin mirarlo. Tenía los ojos clavados en ella.

—Eso era lo que iba a decir —protestó el rubio, sabiendo que, de alguna forma, la atmósfera de la habitación no le incluía a él. Se decidió a atraer la atención de la chica con vehemencia—: Y Darya, salgo tarde de la Fulham pero Londres es muy bonita de noche. Puedo enseñártela.

Un movimiento en su campo de visión hizo que Darya se volviera y, al advertir que Aden se estaba colocando el abrigo militar para marcharse, hizo amago de incorporarse. Las rodillas le temblaron. Nevil la sostuvo antes de que diera con los huesos en el suelo. Ella se lo agradeció con una pequeña sonrisa, apoyándose en él. Así fue como no advirtió que los ojos del militar se clavaban en ambos un instante.

—¿A dónde vas, Aden?

—Al cuartel —se le habían acabado los días de permiso.

—¿Y te quedarás allí, como hacías antes?

El joven volvió la cara sobre el hombro un instante, porque había detectado la esperanza en la voz de Nevil, y no le gustó. Tuvo que hacer un esfuerzo porque no se le agriara el gesto. Él mismo había tendido una mano para sostener a la chica, solo que no había llegado a tiempo. Ambos habían estrechado un vínculo muy rápido, lo que tampoco podía sorprenderle, porque ya se conocían de la fábrica. Aún así, el coloquialismo en el habla de Nevil le molestaba. Se dijo que

era porque Darya era una desconocida y se merecía un trato respetuoso, no porque él no fuera capaz de hacer lo mismo.

—No —al final no consiguió esconder el ceño fruncido y, desde luego, no pensó dos veces en lo que estaba diciendo—. Volveré las noches que no deba hacer la ronda. Hasta entonces, Darya Whelan, puede dormir en mi cama.

Ella no contestó, aunque parecía que en sus ojos había atrapadas cien estrellas, todas las que no podían verse en el cielo londinense. Por algún motivo, a Aden le molestó aquella mirada. Le dio la espalda, se cargó el fusil al hombro, se caló la gorra, y cerró la puerta tras de sí.

—Aden nunca deja que nadie duerma en su cama —comentó Nevil, una vez el silencio en la habitación reveló la ausencia dejada por el capitán. Los últimos dos días fueron agradables, a pesar de la creciente tensión entre uno y otro. Darya apreció que Nevil también tenía pecas, y que eran más grandes que las de ella: algunas se le extendían por la frente y la boca. Cuando el chiquillo se volvió para devolverle la mirada, le sonrió, y se le quitaron años de encima. Todavía se estaba apoyando en él, encontrando en la cercanía un consuelo.

Se mantuvieron unos instantes más así, hasta que Darya decidió poner a prueba sus rodillas, irguiéndose por sí misma. Eso le había gustado de Nevil: su ilusión por ser útil. La compartía.

—Hay muchos colchones —dijo, al cabo de un rato, habiéndose vuelto a sentar. Tenía la mejilla apoyada en las rodillas, la luz cálida de la lámpara profundizando la intensidad de su mirada. El adolescente había tomado asiento también frente a ella, la forma en la que doblaba las piernas dejando a la vista que el pantalón le iba corto y descubriendo unas espinillas chupadas y marcadas por los golpes.

Hay muchos colchones, ¿por qué esta casa está tan vacía?

Nevil se mordió el labio inferior y dejó vagar los ojos. Darya tenía los brazos erizados, podía escuchar los lobos de la estancia gruñir, echarle su aliento frío sobre la nuca.

—Antes éramos más. Podrías compartir mi habitación. Pero supongo que si Aden te ha dejado la suya... —*Hardy*, murmuró, y su rostro se encendió con entendimiento—. Por eso no se quedará en el cuartel. Ah... No tienes de qué preocuparte, yo te protegeré.

La chica pestañeó con lentitud, sin dejar de mirarle. Nevil había dejado que Darya compartiera su calor corporal, la había dejado sentarse a su lado, en su esquina. La dejó entrar sin preguntar si iba a quedarse mucho tiempo y si le dolería después cuando se fuera.

—Por qué.

Aunque no preguntaba por qué iba a protegerla. Nevil no supo verlo. Enarcó las cejas con sorpresa y se miró las piernas buscando una respuesta. Porque era una mujer, obviamente, y porque Darya era amable con él. Porque *Hardy* le daba miedo.

—Hardy es. Como un plato roto. Los platos rotos cortan.

Al decir eso y estar buscando excusas en cualquier parte menos en el rostro de la joven, volvió a percibir que ella tenía las manos llenas de pequeñas heridas. No era una sorpresa, pero no pudo evitar señalarlo con un *tú ya te has cortado muchas veces*.

—Tengo que hacer muchas cosas con las manos —fue la respuesta.

Nevil asintió, porque con las manos se apartaban cadáveres de las calles, se cavaba en el carbón, se tocaban frentes ardiendo y estómagos hinchados, se quitaba la ropa y los abrigos de los que yacían sobre la nieve. Con las manos se abrían las latas, se intentaba despellejar una rata, se escarbaba en el barro para encontrar gusanos. Se trabajaba en una fábrica.

Sí, Nevil asintió porque entendía qué era tener las manos llenas de cortes, aunque los cortes no siempre pudieran verse.

—Me gustas —admitió con simpleza, sin poder evitar que se le colorearan las orejas.

Y Darya lo miró con franqueza.

—Tú a mí también.

Le gustaba la familiaridad de Nevil. Le gustaba que la tratara como a una igual, como a una conocida. Como si mereciera la pena que alguien en aquella monstruosa ciudad supiera el nombre de Darya. Nevil la había sorprendido cuando se le había acercado después del turno para preguntarle si podía invitarla a cenar, aunque Darya nunca llegó a contestar porque las últimas fuerzas se le desvanecieron.

—Tú no eres de aquí, tienes un acento extraño.

—Vengo de un pueblo de Irlanda. Mi familia era campesina.

Ah. Nevil también sabía de eso. De orígenes pobres, de las labores de labriego, de arar la dura tierra y esperar que floreciese.

—Mis padres también trabajaban en el campo —tenía los ojos en la ventana, buscando las estrellas siempre ausentes del cielo contaminado de la ciudad—. Luego vinieron aquí.

Darya siguió la dirección de su mirada. No preguntó, porque le pareció que el tono de su voz ya había dicho bastante. Estar allí, inmóvil y lo suficientemente cerca de él como para que los pies de ambos se tocasen era suficiente pregunta, respuesta y consuelo. Nevil cerró los ojos y se apoyó en el hombro de ella, relajando el cuerpo entumecido de estar en la misma postura. No desdobló las piernas, aunque alcanzó a echarles la manta en la que siempre se arrebujaba cuando estaba allí por los regazos. Darya continuó mirando por la ventana hasta que también se durmió. Durmió todo lo que no había dormido en una semana. Durmió toda la madrugada, todo el día nublado y hasta que llegó la noche, que Nevil regresó del turno y volvió a sentarse a su lado, con un té que todavía

le calentaba las puntas de los dedos cuando cerró los ojos. La paz de ella se transformó en paz para él y después de muchas noches de soledad, se le destensó el corazón anudado.

El rostro de Aden exhibió un amplio abanico de emociones cuando abrió la puerta y los encontró en el mismo rincón que habían ocupado la noche anterior. La casa era tan grande y estaba tan vacía y aquellos dos se hacían pequeños en una esquina, como si hubieran decidido ocupar el menor sitio posible. No ahogarse entre tanto silencio.

Nevil giró la cara a él, somnoliento. Se llevó un dedo a los labios para indicarle que dejara de hacer tanto ruido con la cerradura y las botas.

—¿Qué hace ahí?

—Ayer se durmió. Y no la he querido despertar.

—Deberías haberlo hecho —contestó, en un susurro. Nevil no necesitó preguntar por qué, las miradas fugaces a la habitación de la derecha en el pasillo ya habían dicho bastante. Darya estaba apoyada malamente contra la pared, parecía que su cuerpo vencería de un momento a otro y caería de costado. De manera que el soldado dejó el fusil apoyado contra la mesa, se acuclilló en el suelo junto a ella y se la llevó a su habitación. Nevil lo siguió con sigilo.

—¿Dónde vas a dormir tú?

—No dormiré.

Aden apreció que, como si hubieran retrocedido varios años en el tiempo, la actitud del chico no era hostil, más bien le daba la bienvenida. No sabía lo mucho que había añorado ese mutuo entendimiento hasta que la nostalgia le oprimió el pecho. Torció la boca al mismo tiempo que el chiquillo replicaba:

—Pues vas a matarte si dejas de dormir.

Le preocupaba que la chica hubiera perdido su trabajo en la fábrica por quedarse allí y necesitar recuperarse, porque el sueldo de Aden apenas bastaba para cubrir los gastos de la casa. Nunca le pediría a Nevil que usara el suyo. Sabía que el chico llevaba todo el tiempo que trabajaba ahorrando cada penique que ganaba, no quería quitarle eso.

—¿Has comido algo? —Replicó, ignorando su comentario—. Hay pescado en salazón.

Fue él quien lo sacó, de haberla comprado el día anterior, y le tendió unos trozos al chico, junto a un vaso de agua. La silla estaba vacía, allí en el comedor, pero Nevil prefirió el suelo. Se había acostumbrado a estar allí. A mirar a la gente desde abajo.

—Darya me gusta. No quiero que se vaya —susurró al cabo de unos minutos—. No miente.

Aden desmenuzó el trozo que tenía en las manos, pensativo.

—Tampoco dice la verdad —reconoció al final, porque era cierto. Desde que estaba allí, Darya no había dicho mucho sobre sí misma. Le molestaba la forma que tenía de mirarlo, como si estuviera viendo a través de todos los muros que Aden había levantado.

—Eso es porque no le has preguntado.

Aden encogió un hombro por respuesta y rebuscó en los bolsillos de su chaqueta militar hasta encontrar un cigarrillo que se le había apagado a la mitad. La verdad es que había hecho doscientas preguntas en silencio y que no le había hecho falta decirlas en voz alta, porque sabía que Darya las había escuchado todas.

—No la eches de tu vida —insistió el rubio, al cabo de un tiempo—, como a todos nosotros.

Aden arrugó el gesto unos instantes, arrepintiéndose de haber albergado la esperanza de que, por una noche, no tuvieran que enfrentarse. Estaba exhausto.

—Eres un insolente. Algún día alguien te abofeteará por faltar el respeto.

Nevil se coloreó de vergüenza, e ira.

—No es insolencia hablar lo que pienso. Sé muchas más cosas de las que piensas. Nunca quieres verlo porque solo te prestas atención a ti mismo.

—Pues y en tu universo ¿quién más existe, Nevil?

Se incorporó del suelo, el suelo que traía consigo pequeñez e insignificancia y trató de llegar a la altura de Aden, estirando el cuello. El soldado sabía que no tendría que haber caído en la provocación, pero allí estaban, igualmente, un día más.

—¡Pues mucha más gente! Yo cociné para Bastian más veces que para mí mismo. He limpiado los vómitos de Hardy, lo he metido en la cama. He aguantado toda su mierda, mientras tú huías. Darya está aquí porque yo la seguí, o estaría en la calle todavía. Dices que aquí podemos quedarnos, pero tú nunca te quedas.

Había una vena que palpitaba en la sien de Aden. Sentía la ira empujar desde su estómago con tanta violencia que el tiempo que pasó en silencio fue por controlarse. Nevil siempre había sido un desagradecido.

—Me voy a mi habitación —escuchó al final, cuando se hizo evidente que Aden no replicaría. El soldado esperó a escuchar la puerta de su cuarto para dejar que los hombros se le hundieran y frotarse el tabique nasal con cansancio. Era todo mucho más complejo que lo que Nevil señalaba. No iba a molestarse en explicarlo, sin embargo, no serviría de nada. Las personas veían lo que querían ver.

Haciendo honor a la acusación, cogió la silla y huyó al refugio que le quedaba, ése al final del

pasillo, que ahora también había sido invadido por el mundo. Contemplarla dormir, se dijo, era mejor que ahogarse en la culpabilidad y el sentido del deber en el salón, y cuando por fin se decidió a encenderse lo que le quedaba el cigarro y se volvió a sentar en la silla, fue inmediatamente consciente de que ella estaba despierta.

No se detuvo a analizar que su instinto pareciera reaccionar al mínimo cambio en Darya, y menos que podría resultarle incómodo que él se pasara el tiempo allí sentado, haciéndole compañía. En el desvelo la noche estaba llena de monstruos. La placidez de Darya era otra puerta de huida.

¿Quién llevaba el pelo tan largo y salvaje en aquellos tiempos? Todavía no había podido decidir el color, si castaño con reflejos rojizos, si era negro, pero las luces le pintaban colores cálidos. Aquella chica parecía una señal en la niebla de Londres. No había nacido para esconderse.

—Lo siento —dijo, y fue sincera. Aden guardó silencio, estiró las piernas y la miró. Sabía que su posición a contraluz le confería ventaja: él podía advertir todas sus facciones, mientras que ella no. Fue por eso que cuando ella se pasó la lengua por los labios, para humedecerlos, se distrajo un leve instante.

—¿Qué siente?

—Que haya tanto dolor en esta casa. Pero no siento poder quedarme aquí. Gracias.

Aden le restó importancia. Si la chica iba a morirse en la calle, prefería que estuviera en su apartamento.

—Quédese hasta que se recupere.

Darya asintió, aceptando el ofrecimiento. También encogiéndose un poco.

—Siento haber perdido el trabajo. Tres días es mucho tiempo para volver y pedir que me lo den otra vez —se incorporó en la cama. No era consciente de que le caían las mangas del vestido por los huesudos hombros—. Me gustaría pagarle la generosidad.

—La generosidad no se paga con dinero, Darya Whelan. No se paga con nada.

—¿Mañana debe hacer la ronda? —Inclinó la cabeza como respuesta. Darya se destapó el cuerpo y bajó los pies al suelo. Le costó incorporarse. Aden apagó el cigarrillo de tanto apretarlo cuando la luz de la calle iluminó el contorno de todo su cuerpo—. He dormido todo el día, usted debería ser quien descansa.

Sin poder retenerla, una sonrisa tensa le asomó a los labios. Con un esfuerzo titánico de voluntad dejó la vista clavada en el rostro de ella.

—No necesito dormir ahora mismo.

—Dormiré en el suelo —un anuncio, no una protesta.

—Dormirá en la cama —Aden también se incorporó, Darya se vio obligada a echar la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada.

—No voy a ser una molestia.

—Pues cuanto antes se recupere, antes podrá marcharse si quiere.

Ella no replicó que *era fuerte*, y podía marcharse ya. Él se lo adivinó en la tensión de la boca igualmente. Sí, debía ser fuerte porque seguía viva. Desnutrida, anímica, fatigada y sufriendo. Sobrevivió a eso y Dios sabía a qué más, así que no dudaba de su fortaleza. Pero iba a dormir en la cama porque allí la última palabra la tenía él.

Le apoyó una mano en el abdomen y la empujó con firmeza y sin delicadeza, haciéndola caer sentada al colchón.

—¿Se quedará aquí?

Una pausa. ¿Lo había preguntado por incomodidad? Aden deseaba quedarse; entornó los ojos, oteándole el rostro.

—Sí.

Darya asintió, aceptándolo con la misma facilidad con la que había aceptado el resto y se cubrió con la manta hasta la nariz, mirándolo larga e intensamente una última vez antes de cerrar los ojos. Le resultó interesante que se refugiara, aunque su cabello parecía un trozo arrancado del universo desparramado por su almohada.

El soldado pasó allí las horas que quedaban hasta el amanecer, Darya no lo escuchó marcharse. Aunque sí escuchó el revuelo de Nevil, que se había levantado tan enfadado como se acostó. La casa entera crujía bajo sus zapatos.

El adolescente estaba preparando un té e intentaba masticar un trozo de pan duro cuando se volvió y se asustó al no haberla oído llegar.

—¿Te has levantado tan pronto?

—... ¿Dónde está el cuartel de Aden?

—En Hampster Road, al norte del río.

—¿Cómo sabré cuándo he llegado?

—No estoy seguro, yo nunca he ido y Aden nunca habla de ese lugar. Tengo que irme —se

bebió el té ardiendo de dos tragos, con lágrimas en los ojos por haberse quemado, y se tocó la visera de la boina al pasar junto a ella—. Buenos días Darya, estás muy guapa hoy —las orejas se le incendiaron en rojo nada más lo dijo y ya no las tuvo frías el resto del día. Cerró descuidadamente la puerta detrás de sí con estrépito, dejándola sola en la estancia.

Se miró el vestido a causa del comentario y se avergonzó de sí misma. Había pasado más de dos semanas sin poder lavarse la ropa, y además había estado durmiendo en la cama de Aden así. Con razón no había querido tumbarse. Nadie le dijo si podía bañarse, ni dónde, ni tampoco si podría lavar la ropa. Aden era reservado, el fin de semana transcurrió mientras cocinaba para ella y la miraba.

y Darya lo seguía por la casa y lo miraba.

No se atrevió a abrir las puertas del resto de habitaciones, así que volvió a la que conocía, y repasó el mobiliario que ya se había aprendido de memoria. La cama, el armario. Ocasionalmente la silla. Por el aspecto impoluto del capitán no tenía problemas en lavarse y plancharse la ropa. ¿Dónde lo hacía? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Abrió el armario con cautela, había un segundo uniforme allí, además de camisas, dos trajes, pantalones, y un par de zapatos muy elegantes que atrajeron su atención. No sabía si tenía permiso para utilizar una de aquellas camisas mientras lavaba su ropa, pero no tenía muchas más alternativas a menos que quisiera ir desnuda por Londres. Se le encogió el corazón mientras descolgaba una y pedía disculpas en silencio. Arrancó las sábanas de la cama y abrió la ventana para ventilar la habitación tras dos intentos: el frío matutino la recibió con un beso húmedo. Volvía a haber niebla aquella mañana.

Tuvo que darle muchas vueltas a las mangas de la camisa y a los pantalones para que no estorbaran. Recuperó sus zapatos de debajo de la cama de Aden y resolvió que preguntaría a la familia que vivía abajo. Había escuchado a Nevil hablar sobre ella: la familia Alby. No había sido con buen tono. Antes de ello, sin embargo, Darya preparó patatas hervidas, más de la mitad de las cuales dejó en la mesa y el resto las envolvió en papel de periódico. No se le ocurrió que pudiera ser importante, ella simplemente miró la página, le pareció que la tipografía era bonita, y envolvió las patatas. Encontró también queso duro que intentó fundir un poco en uno de los cazos y trozos del pescado en salazón que desmenuzó como acompañamiento. A continuación, bajó con cuidado las escaleras de la vivienda y llamó a la puerta de los vecinos. Tras un revuelo inicial, abrió con lentitud un hombre grasiento de ojos ensangrentados cuyo aliento apestaba ácidamente. Darya aguantó el tipo y alcanzó a ver sobre el hombro del desconocido a un montón de mujeres que se apiñaban en el pasillo intentando distinguirla.

—Buenos días —dijo con su voz pequeña—. Me preguntaba si podrían dejarme un cesto para llevar la ropa, y decirme dónde podría lavarla.

El hombre la recorrió varias veces antes de decidir que le interesaba que Darya le debiera un favor y ordenarle a una de las mujeres que trajera un cesto.

—Hay una lavandería en el barrio de Brixton. Pregunta por ahí. Quiero el cesto de vuelta

cuando acabes.

Y le cerró la puerta en la cara. Darya intentó no pensar en la familia Alby conforme llenaba el cesto, se metía las patatas en uno de los grandísimos bolsillos de su abrigo y se sorprendía a sí misma oliendo el cuello de la camisa intermitentemente, porque todavía tenía restos de perfume masculino. El hecho de que era Aden quien olía así destensaba los nervios de su estómago, al mismo tiempo que le anudaba otros diferentes. Pisó fuerte varias veces la calzada, como si así pudiera sacudirse de encima el hormigueo. A veces funcionaba, cuando se te dormían las piernas y pensó que, quizá, era lo mismo.

Fue preguntando por la calle dónde estaba la lavandería del barrio de Brixton, tuvo que caminar varias millas hasta que consiguió dar con una. Las mujeres que estaban allí eran igual de hoscas que los transeúntes con los que se había cruzado. Darya decidió que no le prestaría atención las miradas de recelo y hostilidad ante su atuendo poco convencional, y lo rápido que se silenciaron las conversaciones cuando ella llegó.

Lavó en los pilones con insistencia para quitar cualquier pequeña mancha que pudiera haber. Le encantaba el olor de la lejía. Dejó todo a remojo en agua tibia con sosa. Cuando finalizó incluso las sábanas, le dolía profundamente la zona lumbar y se sentía fatigada. Se comió en una esquina dos de las patatas mientras aguardaba una hora. Una vez reposó, llevó todo al agua hirviendo de las calderas. Sumergió y restregó la ropa y las sábanas hasta tres veces, sabiendo que si era concienzuda, mataría todos los insectos y toda posibilidad de coger una infección. El murmullo de las conversaciones se había reanudado a aquellas alturas, las mujeres hablaban de una mala situación política con otros países.

Darya prestaba atención a medias, sin entender muy bien de qué hablaban y olvidándose de todo cuando por fin pudo sumergir las manos quemadas en agua fría. Cargó con la ropa mojada regresando sobre sus pasos, sin perderse esta vez.

El 206 de la calle Elmhurst era una vivienda muy vieja, de fachada ennegrecida por la lluvia y una puerta que daba al patio interior que colgaba de uno de los goznes. La maleza descuidada había invadido la fachada, estaba negra y seca, parecía que el edificio tuviera una grandísima herida. Se quedó contemplando mientras sorteaba las baldosas reventadas del suelo y chapoteaba en el barro, dirigiéndose a la parte de atrás del edificio y encontrando allí cuerdas en dos postes altos de madera de las que podía colgar la colada. No estaba muy segura de si llegaría a secarse todo, porque el día era muy húmedo y carecía de sol.

Ignoró la debilidad y la leve sensación de mareo por el sobreesfuerzo cuando le devolvió el cesto a los Alby y regresó al apartamento para terminar el trabajo de aquella mañana. Decidió machacar las patatas hervidas para hacer un puré, que era más fácil de ingerir junto con los trozos de pescado. Cortó el pan negro en varias rebanadas sobre las que extendió el puré como si fueran tostadas y reservó en cuencos que encontró en un pequeño armario junto a la cocina. Tuvo que preguntar, de nuevo, dónde estaba Hampstead Road y, cuando por fin alguien le contestó, Darya se encaminó hacia allí con el cuenco en los brazos. Tuvo que caminar dos horas y media para poder llegar.

Supuso que aquel edificio era el cuartel, porque había un soldado apoyado contra la pared en la entrada.

—Hola, bonita —a Darya nunca la habían llamado bonita, ni le habían hablado de esa forma, de manera que arrugó el ceño y miró con intensidad al soldado hasta que consiguió incomodarlo, aunque no perdió la sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

—Busco al capitán.... —no sabía su apellido, pequeña e ignorante Darya—. Aden. Al capitán Aden.

El soldado estiró la sonrisa, con algo de mofa.

—Vaya con el capitán Savage—. La inspeccionó de arriba abajo varias veces, si bien no hizo comentarios sobre su camisa de hombre, o los pantalones arremangados, o los zapatos con agujeros. Ni tampoco comentó que su pelo soltándose del recogido era el colofón en su aspecto desaliñado. Darya levantó un poco la barbilla, sin permitirse perder la dignidad por el examen—. ¿De parte de quién?

—Darya Whelan.

—¿Cuánto pides, Darya Whelan?

Hubo una pausa. El ceño de la chica se frunció un poco más. Dijo, finalmente:

—No soy puta. Ni mendiga. Estoy aquí por el capitán Savage. ¿Puede ir a buscarle?

—Claro —contestó el soldado, con la sonrisa todavía burlona—. ¿Qué me ofreces a cambio?

Darya respiró con fuerza.

—Mi abuela le habría dado un correa por su mala educación.

—Lo recibirá —gruñó una voz ronca desde el interior del edificio, precediendo a un hombre huraño de espeso bigote canoso. Llevaba una carpeta debajo del brazo y unas arrugas de enfado muy pronunciadas. Cerró una mano en torno a la nuca del soldado y lo arrojó dentro, ordenándole que fuera a buscar a Aden. Éste irrumpió en el umbral cinco minutos después, había bajado corriendo a juzgar por su agitación y tenía una expresión muy fría en el rostro, como si estuviera preparándose para afrontar cualquier cosa.

—¿Qué ha sucedido?

Darya le devolvió la mirada sin ningún temor, ni desafío.

—Le he traído la cena—consiguió que el capitán se quedara atónito, sin poder esconderlo a tiempo. Darya no añadió el *es un agradecimiento por haber cuidado de mí estos días*, que había ensayado tres mil veces en su cabeza en su camino hacia el cuartel.

—¿La conoces de verdad?

—Claro que la conozco de verdad —espetó. La severidad de las expresiones de Quentin y Aden abochornó al soldado lo suficiente como para que quisiera enterrarse en sus propios hombros.

—Lo siento —dijo, con sinceridad—, su aspecto...

—Cállate, Garrett —Aden avanzó una zancada para interponerse entre el soldado y Darya, aunque la chica quería decirle que no era necesario. No le ofendía que hubieran insinuado que era puta, porque no lo era—. Tengo que hacer la ronda, acompáñeme, señorita Whelan, y cómase eso.

Cómete eso, Darya Whelan, porque te van a traicionar los huesos y vas a caerte.

—Lo he traído para usted —insistió, aunque el capitán la desoyó. No llevaba la gorra, ni el fusil, y las solapas del abrigo estaban mal colocadas. Fue consciente de que podría avergonzarle por las ropas que llevaba y se arrebujó un poco en su propio abrigo—. Siento haber usado su ropa.

Los ojos verdes de Aden se clavaron en ella con intensidad. La chica fue consciente de cómo su esfuerzo por mostrarse imperturbable se iba deshaciendo cuando aquellos ojos llenos de vida se pasearon por las botas rotas, los pantalones arremangados y se detuvieron unos segundos de más en la camisa.

—Está bien —el soldado acopló su zancada a la de ella, e hizo el amago de situarle una mano en la zona baja de la espalda cuando tuvieron que hacer frente a la calle amagada en agua. No llegó a apoyarle la mano y ella no llegó a necesitarla, porque fue saltando de puntillas, buscando las zonas menos profundas. Le gustó el gesto, no obstante, y sintió que, de repente, no necesitaba tanto el abrigo—. ¿Cómo ha sabido dónde estaba?

—Nevil me dijo cómo llegar. El soldado Garrett es extraño —comentó, casi restándole importancia. Sí que la tenía: era importante para ella. Cada pequeña cosa era importante para ella y la familiaridad con la que se hablaron tenía capas de historia.

Darya Whelan, como bien decía su abuela, no sabía ver las cosas. No sabía ver cuándo iba a pasar un automóvil o un carruaje, que había que trabajar por una causa mayor, comprar comida todos los días o mantener una limpieza y un orden para evitar las enfermedades. Se lo tenía que recordar a sí misma todos los días cada vez que se levantaba: *desayuna, limpia, trabaja, en la calle mira a ambos lados, ¡mira siempre a ambos lados, Darya Whelan! Mírate los pies o tropezarás. Agárrate fuerte a ti misma o te perderás y no te quites el abrigo.*

No te quites el abrigo donde vayas, Darya Whelan.

Esas eran las cosas que no sabía ver, aunque sí sabía ver otras: los hilos que unían a Aden con los silencios del hogar que mantenía con su sueldo pero que no habitaba, y Darya necesitaba entender por qué.

A lo mejor no sabía mirar las cosas cotidianas, pero sí sabía ver personas.

—Gracias. Por venir. ¿Quiere acompañarme a los jardines de rosas de la Reina María?

Darya levantó el rostro para mirarle y fue la primera vez que sonrió. Tenía los dientes sorprendentemente blancos y se le cerraban los ojos casi por completo de lo grande del gesto. Un mechón se le soltó del recogido y le acarició el puente de la nariz. Pareció tener exactamente los diecisiete años que tenía, y fue una sonrisa tan bonita, tan simple, y tan sincera, que Aden tuvo que apartar la mirada.

—No quiero entretenerle.

—Tengo que hacer la ronda por aquí.

Por estar atenta a él y no andar mirándose los pies, como le dijo su abuela, tropezó con una persona. Al apartarse chocó contra la figura del capitán, y retrocedió de un salto. Le fallaron las rodillas en ese mismo instante, que a lo mejor no era del todo debido al cansancio, pero necesitó unos segundos para respirar y erguirse, sin saber cómo continuaba manteniéndose en pie.

—Nuestra excursión se aplazará a otro día. Siéntese.

—Quiero ver los jardines y que pueda comerse esto. No me siento.

—Siéntese, Darya Whelan.

—No, Aden Savage.

Los dos se sostuvieron la mirada con intensidades titánicas. Finalmente él cedió, con la boca tensada, y continuó caminando.

El jardín de rosas estaba dentro de un parque mucho más grande, apaciblemente cubierto de capas de nieve blanca. El lugar estaba prácticamente vacío, era un pequeño reducto donde podía respirarse oxígeno limpio en la neblina oscura de la Londres industrial. Aden los desvió para poder llevarla por caminos que se internaban en la naturaleza superviviente del invierno. Se quedó cautivada por la fuerza y solemnidad del paisaje: invitaban a guardar un silencio respetuoso. Se preguntó si podría volver a inicios del verano, y si podría recorrer el parque entero en un día. Cerró los ojos para inspirar con fuerza el oxígeno frío y la humedad del aire. En la distancia podía vislumbrar la fina línea más clara de un lago que se había helado. La nieve crujía bajo las suelas. Un pájaro salió volando de un árbol cuando pasaron por debajo de sus ramas, provocando que algunos copos cayeran sobre la cabeza de Darya.

—No sabía que hubiera sitios así en Londres.

Él la miró, esta vez con curiosidad.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Poco más de un mes, creo. ¿Y usted? ¿Ha sido militar siempre?

El semblante de Aden se endureció. Darya percibió que había dolor en su silencio y en los hombros derrotados y se estremeció. Fue consciente del cambio en el mismo exacto en el que se produjo, de la angustia que llegó y se quedó allí con ellos. Quiso extender una mano, tocarlo de alguna forma. Al final se resignó a mirarlo, esperando que pudiera comprender que, fuera cual fuese la causa, Darya sentía el sufrimiento, y podía haber alivio en compartirlo.

—Aden. ¿Míreme?

Él lo hizo. Con lentitud, le sostuvo los ojos negros como el carbón. Era una forma diferente de tocarse, aquella: la presencia de Darya era tan vívida y real, que lo aterrizó en la realidad.

—De dónde viene, Darya Whelan.

La joven sabía que no se refería a su lugar de origen. No tenía nada mejor que contestar que había nacido entre un montón de paja y al lado de una vaca y que a veces tenía la sensación de que seguía oliendo a establo por muchas veces que se frotase la piel hasta irritársela. Había nacido de la tierra, y un día volvería a ella. Igualmente, no le había preguntado *por qué vienes*, más fácil de explicar para Darya. Dijo *de dónde* y Darya sabía dónde había nacido pero no estaba segura de dónde venía.

—De su casa —respondió al final, en un susurro. Pareció durante un instante que Aden no sabía muy bien qué hacer, pero hubo calidez otra vez en sus ojos—. Esta frío, pero cómaselo.

Al tenderle el cuenco descubrió las manos con bombollas del agua hirviendo. Verlo devolvió la tensión a los hombros del soldado.

—¿Qué ha hecho? Esas heridas no estaban ahí ayer.

—Le he ensuciado la ropa de cama —se defendió la chica, dejándole el cuenco en las piernas una vez hallaron un banco para sentarse—. La he lavado.

—No es una carga. Si se siente así, haría mejor en reposar hasta que se recupere y marcharse a donde sea que estuviera viviendo antes.

Un nuevo escalofrío estremeció las vértebras de Darya. Crispó los puños en torno a la manga del abrigo, frunció mucho la boca y le clavó los ojos con fuerza. Aden se escudó en comer y en no mirarla, porque le enfadaba que. ¿Qué le enfadaba? ¿Que ella ni hubiera pensado en sí misma?

—No quiero irme, Aden Savage —así fue como el capitán vio en sus ojos la promesa de que no se iría, de verdad. No importaban las trabas, Darya Whelan había llegado allí para quedarse.

—¿Para eso es para lo que ha venido?

No. De verdad quería llevarle la comida como agradecimiento, por si sus palabras no eran suficiente. Para verlo, también. Para muchas cosas, pero no para decirle que no quería irse. Darya se había despertado en una cama que no le pertenecía de una casa que tampoco y no había preguntado cómo había llegado hasta allí, ni por qué la recogieron. Pero había sido en ese mismo instante, al despertar e ir al comedor siguiendo el ruido de los cazos que lo había visto, con la espalda tensa, como si no recordara lo que era estar *en casa* a pesar de que el lugar era suyo que Darya supo que no iba a marcharse.

Se removió un poco en el banco, bajando la cara al cuello de la camisa y percibiendo que todavía continuaba oliendo de la misma forma.

—*Nine* siempre decía *eres torpe, Darya Whelan, pero arreglas lo que otras personas no pueden*. Me traían cosas para que las arreglase —la noche era sorprendentemente cálida para el frío del invierno—. Me traían niños con las barrigas duras e infladas, bebés que no lloraban por la noche porque se morían sin leche, bebés que nacían a los cinco meses del embarazo. Tuberculosis, diarreas... Yo no lo podía arreglar. No los podía arreglar. No los podía arreglar.

Su voz era frágil. No los podía arreglar, y, sin embargo, tenía grabado a fuego en la cara que lo había intentado con toda su alma.

—Esto —dijo, con fuerza—, esto sí puedo arreglarlo.

Estaba allí después de aquellos cuatro días, pequeña y fuerte, y Aden solo podía mirarla y pensar que la pregunta no era de *dónde vienes, Darya Whelan*, sino *quién eres*. El por qué eres, ya lo había respondido ella. No sabía negarse, no podría negarse. De la misma forma que Darya asumió que tenía que quedarse allí, Aden aceptó que lo haría.

C2.

—¿Qué puedes contarme de Aden, Nevil?

El chico sonrió ante la pregunta y se le formó un hoyuelo en la mejilla izquierda. Le encantaba que Darya le preguntara cosas.

—No tanto como Hardy. Hardy y Aden crecieron juntos, tuvieron la misma formación militar. Suele venir un par de veces por semana, si te quedas despierta podrás hablar con él. No te lo recomiendo—. Un Hardy borracho no era buena compañía. A veces su rabia era tan grande que Nevil había acabado con un ojo morado intentando escaquearse.

Darya retiró la sopa del fuego y la sirvió en dos cuencos. Había subido agua del pilón que había abajo, donde los Alby parecían lavar sus utensilios. La primera vez que inspeccionó el patio no lo había advertido.

—Cuéntame más.

—No sé mucho más. No sé dónde estudiaron, y no suelen hablar de ello.

—¿Cómo le conociste?

—A través de Bastian. Bastian comenzó la instrucción un tiempo, pero no era lo suyo. Trabajaba en la fábrica y un día me invitó a venir. Así fue como les conocí.

—Y ahora vives aquí —fue una afirmación. Nevil asintió, se le había borrado la sonrisa del rostro.

—En mi casa somos siete. Nadie notó que yo no estaba. Y no quería darle mi jornal a madre.

—¿Aden te permitió quedarte?

—Nunca echaría a nadie de su casa —contestó con un resoplido—. No importa lo estúpido que sea, como Hardy.

Se instaló un breve y apacible silencio. Removían la sopa para que se entibiase.

—¿Dónde está Bastian?

—No lo sé. A veces viene y a veces no.

Darya podía entender que todos hubieran decidido quedarse. Tenía que ver con la seguridad en

la zancada de Aden y esa promesa de que podía sostener toda Gran Bretaña sobre sus hombros.

—Háblame de ti, ¿has nacido en Londres?

—No, al norte. No tengo muchos recuerdos de cuando era niño, mi madre quiso traernos a todos a la ciudad para poder trabajar en una de las fábricas. Éramos ocho, pero el más pequeño se murió hace muchos años. Pasa a menudo.

—¿No los echas de menos?

Nevil calibró la respuesta, contemplando el techo durante unos instantes.

—Aden, Bastian y Hardy son mi familia ahora —se le habían coloreado las orejas ante la admisión—. Incluso Hardy se tomaba en serio lo que decía cuando era todavía un chiquillo. Son... diferentes. Pero cuando te acostumbras, no está tan mal.

La acompañó a lavar los utensilios en el pilón y cuando subían las escaleras advirtió que se descalzaba al entrar en la casa.

—¿Por qué no llevas zapatos? El suelo está muy frío—. Darya apretó la boca e intentó no contestar, concentrándose en guardar las cosas—. Siempre he soñado con tener una zapatería. En casa nunca teníamos zapatos suficientes para todos así que algunos teníamos que ir descalzos. ¿Tú por qué tienes que ir descalza?

Darya deseó que sucediera cualquier cosa que le ahorrara tener que contestar, pero la casa estaba vacía. Aden no volvería hasta más tarde, o quizás no volvía.

—¿Me ayudas a limpiar?

—¿Qué hay que limpiar?

—Todo. Se pueden coger muchas enfermedades si no mantenemos limpio el sitio en el que vivimos —respondió ella.

—Es que... voy con unos amigos a —bajó la voz hasta que fue apenas audible —un mitin. ¿Vienes?

Darya lo miró con interés.

—¿Qué haces allí?

—Escucho hablar de nuestros derechos y de lo que está pasando en otros países. Nos hacen trabajar en la miseria, nos hacen trabajar por una miseria. ¿En qué nos convierte eso? En miseria, Darya. Para los hombres de negocios no somos nada, un montón de bichos que puedes aplastar sin querer cuando caminas. Aden no quiere escucharme, pero se acercan grandes cambios. Estamos cansados de esta situación, somos ciudadanos, no esclavos —el pecho de Nevil se hinchó

notoriamente cuando pronunció aquel discurso que sonó en el silencio del apartamento de la calle Elmhurst como una sentencia.

—¿A qué precio? —La voz de Darya era un murmullo. La chica lo miraba con tanta fijeza que el adolescente no tardó en desinflarse.

—Al precio que sea. No hay victorias sin sacrificios, ¿no?

—¿Pero quién gana?

—Nosotros, claro.

—¿Nosotros ganaremos perdiendo? No lo entiendo.

Nevil frunció un poco más el ceño. No sabía explicárselo. Los grandes cambios no venían a costa de nada, había que pelear por ellos. Por eso se reunían de forma clandestina, porque las autoridades no quería tenerlos hablando de justicia e igualdad. El propio Aden trabajaba para un sistema que intentaba encarcelar ideales por un mundo distinto. ¿Cómo no lo entendía Darya? Todos sabían que en las guerras moría gente, pero tenían que morir para ganarlas. ¿No era así?

—Da igual —zanjó, calándose la boina y marchándose sin despedirse. Observando su espalda Darya advirtió que solo conocía a otra persona que se marchaba sin despedirse y comprendió de dónde procedía la ira de Nevil. Perseguía una aprobación que nunca llegaba.

Darya acompañó el atardecer con un té de sabor terroso, cerrando los ojos ante el suave calor que emitía. Tenía una de las ventanas ligeramente abierta, la brisa le agitaba alguno de los rizos. Olía a la particular humedad de las tormentas, si el cielo encapotado oscuro no era ya vaticinio suficiente.

Se estaba decidiendo a ocuparse en cualquier cosa que pudiera encontrar en la casa cuando percibió estrépito abajo. Unos pasos tambaleantes que ascendían la escalera, una mano torpe que no acertaba a abrir la puerta y la figura ancha de un hombre que entró precipitadamente en la estancia, casi dándose de cara en el suelo. Un profundo corte en su mano goteaba sangre.

El hombre se aferró con todas sus fuerzas a la puerta para no perder el equilibrio, y, cuando enfocó la vista y la descubrió allí, esbozó una sonrisa de lobo.

—¿Me he equivocado de casa?

Cuando avanzó hacia ella, Darya no se movió una pulgada. Mantuvo la espalda erguida y los ojos fijos en la cara del hombre. No era alto ni corpulento, exactamente, aunque sus huesos eran anchos. Tenía una pronunciada cojera que no conseguía disimular por mucho que alzase el mentón y los ojos de un sucio azul que la recorrieron sin vergüenza.

Al hombre pareció no gustarle ese desafío que leía en el silencio de ella, porque golpeó con la mano abierta la mesa y, aunque le latía el corazón con fuerza, Darya no bajó la cara.

—Hardy.

La afirmación logró que la mirada del hombre se volviera más aguda y analítica. También cautelosa.

—Quién eres —sorprendentemente, no se le tropezó la lengua en la boca.

—Darya.

—Bien, Darya. Qué coño haces aquí.

—Aden.

Lo dijo con la misma seguridad con la que había dicho el resto. Fue una respuesta que se ganó un destello desbordado de ira asomándose al rostro de Hardy, escudándolo en una sonrisa hiriente como un corte.

—¿Sí? A Aden no le gusta que toquen sus cosas.

Darya no anticipó la mano que le pegó un tirón a la manga de su vestido y le desgarró la parte superior, saltándole los botones. Se encogió sobre sí misma de forma automática, pero no tenía intención de resistirse. Lo miraba con aquellos enormes ojos negros llenos de compresión y cuanto más intentaba Hardy violentarla, más indefenso se sentía ante ella y más lo humillaba esa sensación. Nadie se mantenía con tanta soberbia frente a él, porque nadie era mejor que él. Le pareció que era la misma actitud que tenía siempre Aden, y eso lo encolerizó.

La cercó contra la mesa y la aplastó contra el borde, Darya no encontró espacio para escapar. Las sudorosas y sucias manos del hombre estaban tirándole del vestido en todas direcciones y ella apretaba los labios para contenerse. No apartó la vista. Quiso aferrarse a que Hardy no quería hacerle daño de verdad, porque toda esa ira no tenía que ver con ella. El hombre la estaba aferrando con tanta fuerza que la joven creyó que le partiría algún hueso.

—¿No vas a gritar? ¿No vas a llamarlo? —Ordenó más que preguntó con cólera, cerrándole los dedos en torno a la garganta y tumbándola de espaldas sobre la mesa en un golpe tan fuerte que le sesgó la respiración. Ella boqueó con los ojos muy abiertos y pensó que no, que no podía haberse equivocado, que la forma en la que Hardy la tocaba no era para forzarla. Le había roto el vestido y estaba casi desnuda, pero no había intentado tocar ninguno de sus atributos femeninos. Solo- rodó los ojos, y en el momento en el que comenzaban a arderle los pulmones sintió que el oxígeno volvía a circular cuando se aflojaba la presión- quería hacer daño. De cualquier forma.

Quería una pelea.

Darya jadeó y le pateó con fuerza el pecho, con la suficiente fuerza como para que Hardy tuviera que soltarla. Luego le arañó la cara y continuó clavándole los talones en la barriga, intentando apartarlo.

Consiguió inhalar aire un instante antes de que Hardy volviera a sepultarla contra la mesa, esta vez se golpeó la cabeza y se le oscureció la vista. Intentaba frenar sus patadas y mantenerla inmóvil, Darya tosió y consiguió inhalar aire lo justo para decir:

—He visto monstruos peores,

y detenerlo. Se midieron mutuamente. No supo cuánto tiempo, pero le pareció una eternidad mientras se debatía por respirar y por demostrar que no iba a conseguir empequeñecerla. Más aún, peor aún: le *entendía*.

Un ruido ahogado desvió la atención al umbral de la puerta. Aden estaba allí.

Fue rápido: Hardy no pudo apartarse antes de que el capitán hubiera amartillado el fusil y estuviera apuntándole directamente al pecho. En su rostro había una rabia absoluta. Primitiva. Salvaje. El cañón del arma se movió ligeramente para apuntar a donde estaría el corazón de Hardy. Éste ni siquiera retrocedió, retándole, en silencio, a que disparara de una vez por todas.

—He sido yo.

Darya se había incorporado en la mesa. Descendió al suelo, con los jirones del aquel vestido que no cubrían su cuerpo y se colocó en la trayectoria de la bala. Avanzó un paso. Otro paso. Otro paso, hasta que el cañón del fusil se le clavó en la barbilla. Aden tenía los ojos desorbitados: miraba a través de ella con aquellas pupilas de bestia.

—Apártate.

—Mátanos a los dos con la misma bala.

—¡DARYA, APÁRTATE! —El bramido de Aden estremeció el edificio entero.

Pero Darya no se apartó. Estaba allí, desnuda, magullada, delante de él, y no tenía miedo.

—Mírame.

No quiso hacerlo. Entraría en razón si lo hacía, y solo quería que se echara a un lado porque quería una bala comiéndose el corazón de Hardy para que por fin se muriera si era lo que quería hacer pero era demasiado cobarde para suicidarse, y dejara de envenenarlos a todos.

De verdad: iba a matarlo.

—ADEN, mírame.

La segunda vez, el soldado no pudo seguir ignorándola. Descendió los ojos solo un poco, pero fue suficiente para que Darya lo absorbiera. La joven aferró con fuerza el cañón de fusil, y lo desvió a un lado.

—Hardy —dijo, con aquella voz pequeña—, será mejor que te vayas.

Y Hardy, por primera vez en su vida, obedeció.

Aunque el agua estaba demasiado caliente, no protestó. Aden le había recogido el pelo en la cabeza, a fin de que no se mojara. Le estaba frotando los hombros con manos llenas de asperezas. Los brazos. El cuello. La cara. Como si pudiera borrar de su piel las huellas del mundo.

Algunas de las magulladuras con las que ella llegó a allí estaban desapareciendo. Otras comenzaban a florecer. Aunque su rostro estaba contraído en una profunda expresión de rabia, el capitán fue gentil cuando llegó a las partes doloridas de su columna. Darya apretó la boca para no quejarse, aunque no pudo evitar las lágrimas que asomaron mientras le miraba, deseosa de que dijera algo, cualquier cosa. Aden emitió un sonido ronco y le salpicó agua en la cara, porque ella no podía seguir mirándolo de ese modo: como si entendiera toda su vida desde su mismo comienzo.

—Hasta dónde te ha tocado.

—No ha llegado a tocarme —respondió por tercera vez, terca.

—¡Que hasta dónde! —El capitán le cerró una mano en torno al brazo y la zarandeó con fuerza. Estaba fuera de sí, era terrorífico.

—No me ha tocado. No me ha... forzado —ella fingió no avergonzarse y no querer esconderse en el cabello que tenía recogido en lo alto de la cabeza. Podría llegar la guerra a las puertas de la ciudad y podría estar cayéndosele el edificio encima que no recularía en su postura. Toda la fuerza de sus diecisiete años estaba en esos ojos oscuros con los que siempre esperaba aprender.

Se avergonzó de sí misma, no obstante, porque si bien no tenía reparos en comentar el acto sexual, era diferente frente a Aden, se sentía incómoda bajo su escrutinio.

El soldado la miró con incredulidad. Que aun pese a lo que acababa de vivir tuviera la inocencia de sonrojarse era una incoherencia que no podía entrar dentro del orden universal.

—Puedo hacerlo sola —murmuró, cuando notó sus manos comenzando a frotarle una de las piernas. Avanzaban por todo su cuerpo, rápidas y sin ceremonias. No era como había imaginado que un hombre la tocaría, Aden no parecía tener ningún interés en ella desnuda. Se dijo que tampoco tenía por qué tenerlo, al fin y al cabo, Darya era todo huesos.

—¿Qué es lo que puedes hacer sola?

Le frotó los pies, también, para limpiárselos. Ella tuvo que reprimir la necesidad de apartarse. Podía sentir todas las emociones del capitán, arrojadas contra ella, con violencia, a través del

contacto con sus manos.

—Hardy ha sido así porque era lo que yo quería.

Aden se detuvo. Darya replegó las piernas al torso y se cobijó en ellas, intentando distanciarse. No consiguió mucho, porque Aden giró el balde que había llenado de agua caliente y se apoyó con ambas manos en él, a ambos lados de la chica, invadiendo de otra forma más su espacio personal. Sus ojos ardían.

—Qué.

—Ha pasado lo que tenía que pasar.

—¿Qué? —Repitió, pensando que no había oído bien. Solo que sí lo había hecho, y era lo que confirmaba el rostro de la joven.

—No permitiría que Hardy me hiciera daño.

—¿Eres imbécil? —Ella abrió la boca para replicar y acabó arrugando la nariz. Se le estaban mojando algunos de los rizos. El agua comenzaba a enfriarse.

—Hay cosas peores que algunas marcas.

Las había. A Darya no le harían daño mientras ella no quisiera, lo tenía muy claro. Aden no solo no estaba convencido, sino que rechazaba tanto como admiraba su actitud. ¿Qué mujer había pasado por aquello y actuado de esta forma? Ni siquiera estaba asustada. Volvió a salpicarle agua, como para constatar su enfado, antes de enjuagarle la espuma de los hombros, con mucha más suavidad que antes. El cuerpo de Darya estaba pintado de estrellas marrones, en forma de todas aquellas pecas que le cubrían la espalda. Ya sabía dónde estaban los lunares antes incluso de verlos, a pesar de que procuraba mantener la vista fija en cualquier punto que no fuera su torso. Era difícil: tenía unas clavículas muy bonitas.

Terminó y la envolvió en una toalla dura de las veces usada. Se marchó a recoger los trozos del vestido de la joven mientras ella se secaba, preguntándose de dónde sacaría el dinero para comprarse uno nuevo. Aden le tendió una de sus camisas, la misma que ella había llevado el otro día, para que se cubriera. Era lo suficientemente larga como para que llegara a los muslos de Darya. El joven apartó la vista cuando ella levantó la cabeza.

—Hoy ha pasado algo simple —esa fue la primera vez que Darya, por sí misma, tocó a Aden. Aferró su mano fría y se la colocó en el esternón. El corazón le latía con muchísima fuerza. Aden sintió la calidez de la piel a través de la tela de la camisa—. Estás vivo. Tú. Yo, Hardy.

Y de verdad que era así de simple. Estaban vivos, y tenían que entenderse.

Él que creía que ya lo había visto todo, que la vida le había ofrecido todo lo que tenía para dar, a lo que había conseguido sobrevivir. No estaba seguro de poder sobrevivir a Darya, porque

ninguno de todos sus años lo habían preparado para esa chica que se mantenía allí de pie, mirándolo como si solo por su propia fuerza de voluntad, fuera a salvar el mundo.

—Es tarde —consiguió decir, con voz espesa, una vez se repuso. Retiró con firmeza la mano de su esternón. No tenía ni idea de qué quería aquella joven de él. Le asustaba—. Duerme.

—¿Vas a quedarte?

Claro que iba a quedarse. Se lo demostró tomando asiento en la silla junto a la cama, acomodándose en la postura habitual. Darya soltó el aliento que había estado reteniendo, permitiendo que el agotamiento le hiciera mella, por fin. Murmuró un *quererse es difícil* mientras se adormilaba, los párpados pesándole, subiéndose la manta hasta cubrirse un hombro.

Aden se prometió en silencio que velaría su sueño para que pudiera descansar y nada más sucediera. Se sentía querer vomitar cuando las imágenes de la tarde volvían a su memoria una y otra vez. ¿Era eso lo que había querido decirle? ¿Que estaban vivos porque les dolía vivir? Aquello lo enfureció. El verdadero problema estaba en que había permitido que Hardy hiciera lo que quisiera, porque ya había tenido que sufrir bastante toda su vida. Si quería romperse a sí mismo, Aden se quedó a mirar. Si quería romperlo a él, Aden daba un paso al frente. ¿Pero Darya? Darya era incorruptible e inquebrantable, Darya era intocable. Y hasta eso Hardy había querido romperlo.

—Entiendo... —murmuró la chica, cuando él creyó que ya estaba dormida. Parecía que lo acababa de pensar y que era importante, se obligó a abrir los ojos. En consecuencia, el capitán se inclinó un poco hacia delante, mostrándole que estaba escuchando... que quieras salvarlos. No elegimos dónde nacemos, ¿verdad? Ni qué cosas podemos borrar. Hay algunas aquí —extendió el brazo para rozar con las yemas de los dedos el dorso de la mano de Aden—, que no se irán jamás. Llevamos las marcas con nosotros. Y a veces nos matan.

Había muchas cosas que quería decir, no sabía cómo decirlas. Necesitaba que él entendiera, Darya veía en Hardy solo a alguien que no podía deshacerse de todas aquellas marcas y que, por tanto, no quería salvarse a sí mismo. Un poco como a veces Aden, que parecía pensar que se merecía todo lo que la vida le echara encima.

—*Nine* me dijo antes de morir que jamás me avergonzase de mis huellas. Soy así por ellas. Es como si lleváramos la historia en las manos y tuviéramos que enseñársela a todos. Para que sepan dónde hemos fallado. También intenté salvar personas y también fallé. Te entiendo: lo entiendo. Duele. A veces quieres coger una piedra y rascarte la piel hasta que desaparecen, pero las marcas están en los huesos. Cógete una piedra y ráscate los huesos, a ver si esas marcas saltan.

Vive con ello, quería decirle, a veces no podemos ayudar a quienes no quieren ser ayudados. A veces tampoco podemos hacer nada, aunque les queramos. Nine se moría, y al final, lo único que pude hacer fue enterrarla.

Aden no supo qué decir. Tenía una presión en el pecho. La había escuchado decir, antes de entrar en la casa, *he visto monstruos peores*, y ahora lo entendía: Darya era el peor de todos los

monstruos. Se mantenía o se caía pero con el corazón intacto. Sus ojos eran un incendio, caminaba a pasos cortos, de quien no tiene prisa. Pasos de eterna, porque eso era lo que gritaba todo su ser.

Decía,

MÍRAME, ADEN.

Soy inmortal.

C3.

En el cuartel había movimiento antes de que saliera el sol. Estuvo lloviendo toda la noche, el agua arrastró toda la nieve de las calles, la humedad deshelo el Támesis. La mordida de la lluvia era de colmillos gélidos, pese a la forma particular que tenía de acumularse la temperatura bajo los oscuros nubarrones.

El joven estaba bajo el cobijo del pórtico, escuchando la fuerza de la naturaleza barriendo toda la suciedad de Londres, cerrando los ojos cuando la brisa soplaba fría y limpia. Los árboles al otro lado de la calzada preservaban algunas de sus hojas, podía atisbar la hierba estremecerse entre el lodo. Escuchó los cascos de un caballo, el rumor de unas conversaciones, un silbato.

A sus espaldas, el rumor de las conversaciones subió de volumen.

—Continúa siendo el favorito...

—Es el hijo del general...

—Escúchame, si supieran lo que ha estado haciendo

Tuvo que interrumpirse porque su compañero le mandó chistar de forma muy agresiva. Ambos advirtieron al oficial en el umbral, que no volvió la cabeza para saludarles. No era la primera vez que escuchaba a las tropas hablar de aquello, y sabía hacia quién iban dirigidas las acusaciones, además de hacia él mismo. El ejército fue reformado a principios de siglo con la finalidad de paliar su ineficiencia; muchas de las opiniones de descontento proveían de oficiales y suboficiales que habían vivido el cambio. El cambio, pensó Aden, nunca era visto con buenos ojos. Era una cuestión de privilegios al final, Hardy siempre se lo dejó muy claro: nadie quiere tener que dejar espacio en su situación de poder y estabilidad para la intrusión de conceptos desconocidos. Ya lo sabía. La persona que Aden era actualmente era el resultado de ese mismo conflicto.

En la distancia, amortiguada por la tromba de agua, distinguió una figura que se acercaba corriendo, con el abrigo sobre la cabeza. Estiró la boca un poco en una sonrisa, porque el Quentin que pasó a su lado a fin de cobijarse dentro del edificio estaba empapado y extremadamente malhumorado. Miró a Aden con enfado, inhalando aire con fuerza y entonces:

—¡Malditas sean esas hijas mías! Me matarán, van a matarme...

Y se alejó. El capitán todavía lo escuchaba gruñir esa letanía cuando regresó al despacho y abrió el periódico para ojear qué sucedía aquel día.

—¿Qué ha sido esta vez? —Preguntó, sin poder contenerse. En parte porque quizás le venía bien hablar de ello y en parte porque le divertía que estuviera tan enfadado y tan resignado al

mismo tiempo.

—¡Ophelia! Que dice que se ha enamorado de un obrero y quiere largarse con él.

—¿Con un obrero?

—Se ha negado a atender a razones. Es obstinada y terca como mi mujer. Aden. ¡Un obrero! Mi primogénita tiene herencia, es por eso que está con ella —golpeó la mesa con fuerza varias veces—. ¿Qué va a darle? ¿Una puta miseria de casa? ¿Un jornal que da para pan y un galón de leche? ¿Y los hijos que tengan? No voy a acoger un obrero bajo mi techo, oh no, no Señor mío...

El titular de portada era *Conservative and Unionist Women's Franchise*¹, Aden dejó el periódico en la mesa para dedicar toda su atención al sargento.

—¿Ha conocido al hombre?

—¡Claro que no! No voy a consentir que esté cerca de mi familia.

Podía entender su posición, pero también sabía que podía ser un hombre de honor, aunque no tuviera mucho que ofrecerle a Ophelia. Pensó qué decir, mientras se pasaba la lengua por el filo de los dientes.

—Permítale que exponga su interés por su hija. Hay nobleza en todas las clases sociales.

Quentin frunció la boca y su bigote vibró unos instantes. No era una respuesta que le gustase, su mirada expresó exactamente eso. Aden se la sostuvo, con tranquilidad, los dedos cruzados frente sí y los brazos apoyados en la mesa. Sabía que Quentin era perro viejo, también justo. No podía negarle la oportunidad al muchacho de, al menos, pelear por su hija, si es que la quería de verdad.

—No sé en qué fábrica trabaja, pero quizá su jornal sea suficiente. Puede que sus sentimientos por Ophelia sean verdaderos.

—¡Y qué! No puede ofrecerle nada. ¡Nada!

Era cierto. No podía ofrecerle bienes materiales. Sí otros. Él mismo sacrificó lo que la riqueza podía ofrecer por estar con las personas que eligió.

—Puede quererla. No golpearla nunca. Preocuparse por ella, velar por ella, velar por sus hijos. Querer asegurar un hogar para ella. Creo que un hombre que está dispuesto a pelear por salvar la distancia económica y social para construir por alguien un lugar en el que permanecer juntos, habla bien de su carácter.

Hubo un silencio tenso, Aden se sentía incómodo, si bien no lo manifestó. Era lo más que se había expuesto al sargento y, aunque se conocían desde hacía varios años y podía suponer que tenían una cierta relación de amistad, no hasta ese punto. Era atrevido exponer las cosas de esa forma frente a un hombre que le doblaba en edad y en experiencia y, sin embargo, Quentin nunca

había juzgado a Aden por su juventud, su origen, o su actual posición.

—También puede andar detrás de ella por su fortuna.

—Pero no sabe que Ophelia heredará, ¿no?

Quentin abrió la boca. La volvió a cerrar. Gruñó algo, se le cayó el ceño espeso sobre los ojos. Ophelia sabía que tendría herencia, no sabía cuánto. Y a Quentin le quedaban aún muchos años para que ya lo estuvieran enterrando. Incluso aunque el obrero estuviera con ella por dinero, no podrían disponer de él hasta, quizás, veinte años. Y veinte años eran muchos para que dos personas estuvieran juntas sin soportarse.

—Quiero lo mejor para ella.

Aden asintió, con gravedad.

—Estoy seguro de que Ophelia lo sabe. No le hubiera hablado de él si no fuera importante.

Quentin no añadió nada más, ni esbozó ningún gesto, aunque parecía mucho más calmado. No perdía nada por, al menos, conocer al chiquillo que andaba persiguiendo a su primogénita y ver de qué pasta estaba hecho, cuáles eran sus intereses. Aden tenía razón, había nobleza en todas las clases sociales. Aquello arrojó nueva luz sobre la figura del capitán: sabía de él lo que todos, había estudiado en una academia militar y solicitado la incorporación a uno de los batallones de Londres para poder quedarse en la ciudad. Llegó allí con rango de oficialidad, y recomendaciones de sus superiores. Además, conocía al general. Era eso, precisamente, lo que tanto molestaba a las tropas. Tener la deferencia de un capitán- y, por consiguiente, de un lugarteniente-, implicaba más oportunidades de un ascenso. Privilegios dentro de los deberes militares. A él en particular le traía sin cuidado, porque estaba en esa posición mucho antes que la mayoría de los reclutas, y Aden le gustaba. Se esforzaba mucho en mantener su posición de autoridad, a pesar de que le faltaban constantemente el respeto. Tenía presente que era superior a todos ellos y, aún así, Quentin todavía no le había escuchado, ni le había visto actuar con soberbia. Al contrario: se implicaba en sus tareas y, de no ser por las voces que iban envenenando oídos, el sargento estaba seguro de que la opinión de los nuevos alistados sería favorable. Puede que fuera precisamente porque Aden nunca se había justificado ni había salido en defensa de sí mismo que las habladurías crecían y al final, de alguna forma, la figura del capitán Savage estaba mitificada.

—Capitán —saludó una voz desde el umbral, precedida de una sonrisa ancha—. ¿Unas palabras?

—Háblalo con tu padre —fue la respuesta.

—Por Dios, Aden, eres insufrible —se quejó el soldado—. Serán solo cinco minutos. ¿Un cigarro?

Quentin vio cómo se abstenía de poner los ojos en blanco antes de doblarse el periódico bajo el brazo y seguirle. Garrett caminaba con zancada ligera y sonrisa amplia, lo condujo hasta el

patio exterior, anegado en agua por la furiosa tormenta. En la distancia apreciaron un rayo, seguido del bramido del cielo. Suponía que estaban fuera para que nadie pudiera escuchar la conversación y enarcó las cejas, cuestionando que lo que fuera a decir tuviera tanta importancia para precisar tanta discreción. Garrett, como respuesta, se encogió un poco de hombros.

—Es sobre la chica de ayer. Quería invitarla a salir. ¿Todavía estás en el 206 de la calle Elmhurst?

La expresión de Aden era tan parecida a un insulto sin que el joven tuviera que despegar los labios que Garrett se echó a reír.

—No vayas a mi casa.

—No estés tan tenso —el soldado levantó las manos, para mostrarle las palmas en un gesto de sumisión que tenía algo de burla. Tenía por costumbre ver hasta qué punto podía presionar a Aden.

—Que no vayas a mi casa, Garrett.

Su tono fue más firme y más amenazador.

—Seguro que tus padres te arrancaron la diversión del culo cuando te metieron en la academia —resopló el otro, apoyándose contra la pared.

—En realidad fue cuando nací —secundó Aden, para demostrarle que no estaba enfadado pero que no permitiría que el soldado se paseara a sus anchas por Elmhurst. Tenía mucho que perder si alguien entraba allí—. ¿Para eso me traes aquí? Tengo trabajo que hacer. Tú también deberías tener trabajo que hacer.

—Solo quería hablar contigo un rato. Sé que mi padre te llamó a despacho el otro día—. El capitán se tensó. ¿Lo habían hablado? —Quiero saber qué te dijo.

—Es confidencial.

Garrett lo analizó. Aden advirtió el mismo rasgo en padre e hijo: ambos sabían arrinconarlo contra la pared. ¿Qué podía decirle? Cambió el peso de una pierna a la otra para enfocar el torso al paisaje y poner cierta distancia entre ambos.

—¿Dices que es confidencial porque tiene que ver conmigo?

El capitán lo miró fugazmente. ¿A qué venía su preocupación?

—No —respondió finalmente—. No diré nada más.

—Está bien —Garrett volvió a levantar las manos y a sonreír, aligerando la pesada carga del ambiente.

El resto del día transcurrió sin mucho incidente. Aden observó con intensidad a dos reclutas que estaban carcajeándose en uno de los pasillos hasta que éstos advirtieron su presencia, se callaron y decidieron escabullirse a cumplir con sus quehaceres. El mal humor de Quentin se había disipado considerablemente, incluso le ofreció a Aden parte de su almuerzo. Éste lo rechazó con educación, comentaron sin profundizar la situación política de Londres. El capitán opinaba que era inestable, porque el gobierno tenía que hacer frente a muchas demandas cuyo volumen y exigencia crecían por días. Quentin opinaba que eran movimientos influidos por otros países europeos y que terminarían por ahogarse si no les prestaban atención, como era el caso de las mujeres que pedían votar.

—Es una idea socialista —gruñó, limpiándose las migas del bigote—. El socialismo es el sinsentido que algunos terroristas están metiendo en la cabeza de los jóvenes.

Aden quiso contradecirle, el sufragio universal femenino tenía otras raíces, pero prefirió no discutir y tomarse con calma lo que quedaba del día. Se adormeció en algún punto de la tarde. Le dolía la espalda con frecuencia por pasar horas sentado en la silla en su habitación, y a veces se reflejaba en la forma en la que movía la cabeza a un lado y a otro, intentando destensar los músculos. Podía ser que sus últimos dolores de cabeza vinieran de ahí también.

El aliento frío de Londres los recibió al salir fuera. El periódico también hablaba de la subida de los precios de algunos bienes de consumo: Inglaterra no tenía suficientes campos de cultivo para alimentar a su propia nación. Iba pensando en el precio del pan y los huevos cuando puso los pies fuera del cuartel y, en ese mismo instante, la sintió. Se tomó unos instantes, para detenerse, buscar el cigarro que le había dado Garrett y encendérselo, antes de levantar la mirada al otro lado de la calle. A ese otro lado en el que siempre estaba Darya, de todas las cosas, encerrada en su grandísimo abrigo, con esa ropa de hombre varias tallas más grandes y el pelo caótico en su intento de recogerse en la cabeza. Le devolvió la mirada y además le regaló una bonita sonrisa.

Garrett estaba comentando algo con Quentin que dirigió a Aden, solo que éste no lo escuchó y por ello siguió la dirección de su mirada para averiguar qué era tan importante que le había robado la atención de su capitán. Se sorprendió al descubrir que la chica estaba allí otra vez, y que no llevaba ninguna clase de pañuelo o sombrero para cubrirse el cabello. No sabía que era lo que elegía ella, por un acuerdo no hablado entre los dos: las señales que no puedo borrar por la señal de tu pelo que no puede ser escondida, Whelan. y Darya había aceptado, porque así debían ser las cosas.

—¿Dónde la has encontrado?

—En Londres.

—Gracias —ironizó Garrett, pero se reía. Cruzó la calle para reunirse con Darya. La mirada del capitán lo siguió en la distancia—. ¿Te acuerdas de mí?

—Garrett —afirmó ella.

—Garrett Silas —le tendió una mano con confianza y cuando Darya extendió la suya, algo

sobresaltada y algo recelosa, le besó los nudillos en una presentación formal—. Lamento mucho mi comportamiento el otro día. No pretendía insultarte. Déjame invitarte a cenar para compensarlo.

Aunque Darya mantenía la mirada en el soldado, no podía evitar que su atención se desviase al otro lado de la calle, ahí donde Aden todavía estaba de pie. Había un cierto frío en el verde de sus ojos.

—A algún sitio bonito, si te parece bien, donde te traten como a una reina —Darya pestañeó y ese fue su único gesto de sorpresa. Quiso decir que *oh no, yo no sé portarme en un sitio así*, sin conseguir decir nada. Garrett pareció encontrar gracioso y adorable que estuviera tan sobresaltada que no acertaba a contestarle. A ella no le pareció nada bonito, arrugó el ceño—. Insisto. ¿O te gustaría ir a algún sitio en especial?

Darya enfocó el rostro al otro lado de la calzada, a la puerta del cuartel. Aden ya no estaba allí.

—No conozco mucho de Londres —contestó al final.

—Hay un pequeño pub irlandés no muy lejos de aquí. Puede que ese sea un buen sitio —le ofreció el brazo y ella lo aceptó, otra vez sobresaltada ante su asociación—. El acento —explicó Garrett, de buena gana y con una muy amplia sonrisa—. Es y no es irlandés al mismo tiempo. ¿De dónde eres exactamente?

—Nací en Irlanda, pero mi abuela vino de muy lejos. Muy lejos en Europa.

—Tiene sentido. Dices algunas cosas como las dice ella, ¿no? De ahí la particularidad del acento —Darya asintió, la sorpresa ante la tenacidad de Garrett muy presente en sus enormes ojos negros. Dirigió, no obstante, una última mirada a su espalda para cerciorarse de que Aden no estaba—. Eres una chica muy interesante...

—... Darya —suplió ella.

—También un nombre muy interesante.

—Significa océano en la lengua de mi abuela —pareció que Darya se hinchaba un poco al decir aquello, con orgullo. Garrett se llevó unos dedos a la barbilla un instante, pensativo.

—También se parece al nombre de unos emperadores que existieron hace muchísimo tiempo, ¿lo sabías?

No, la verdad es que no. Garrett rompió a reír. Era la primera vez que Darya conocía a alguien con tanta facilidad para la risa. Era la primera vez, en general, que Darya conocía a alguien que sonreía de buena gana.

El pub era un sitio muy pequeño que tenía el suelo muy sucio y un hombre muy huraño

atendiendo a la gente que había allí. La chica no se sorprendió, pues era un lugar en la periferia y en la periferia no había mucho dinero para nada, aunque sí se sintió curiosa, era la primera vez que estaba en un pub. Reconocer la comida que le sirvieron le llenó el pecho de tal forma que no pudo comer al principio. Ni ella misma sabía lo mucho que añoraba su hogar.

—Luego te acompaño a casa —le dijo Garrett con ánimo, mientras daba un gran bocado a una de las salchichas. A Darya le gustó aquello, a pesar del mal pie con el que habían comenzado: la trataba con naturalidad y cercanía, de forma muy parecida a como lo hacía Nevil. Si bien de Garrett sonaba mucho más descarado, al ser mayor que ella y tener mejor posición social.

—¿Sabes dónde vive Aden?

—Claro, bonita —tenía una sonrisa tan atractiva que Darya sintió cómo se relajaba en el asiento y su estómago se destensaba ligeramente, para permitirle que se llenara la boca de puré de patatas con carne con la misma avidez con la que Garrett degustaba las salchichas—. Conozco a Aden muchos más años de los que puedas imaginarte.

—¿Cómo?

—Estudiamos en la misma escuela para cadetes. Aden me adelantaba cuatro años, pero eso no fue ningún impedimento para que saliéramos todas las noches.

—¿Salir? ¿Aden?

El joven volvió a echarse a reír.

—Entiendo que parezca imposible. Pero Hardy te lo podrá contar mejor que yo, cuando se recupere—. *¿Cuando se recupere?* —. El maldito Hardy lo seguía a todas partes, parecido a como los perros se huelen el culo. En la academia todos se reían de él porque se quedaba siempre en una esquina, solo. Perdona —añadió apresuradamente, cuando cayó en la cuenta de su propio lenguaje—. Es difícil no ser natural contigo.

—¿Hardy no salía con vosotros? —Darya mostró cautela, intentando cubrir el interés que sentía. Quería beberse todo aquello que Garrett pudiera contarle sobre Aden y su pasado.

—Sí, pero no le gustaba demasiado la fiesta. Prefería esperar fumando a que Aden volviera. Creo que alguna vez se tomó algo, no es muy sociable. Seguro que ya te has dado cuenta.

Sí, Darya ya se había dado cuenta.

—Pero... ¿A qué edad entró Aden en la escuela?

—¿Dieciséis? No estoy muy seguro —se rascó detrás de una oreja distraídamente, y le gesticuló al hombre de la barra para que le trajera otra pinta.

—¿Cómo estáis los dos en el mismo cuartel?

—Mi padre es el lugarteniente del Tercer Batallón. Puedes suponer que movió algunos hilos para tenerme allí—. No dio muchas más explicaciones. Darya observó con atención su atuendo militar, intentando descubrir si tenía distinciones—. No salí graduado como oficial, estudiar no se hizo para mí. De hecho, ahora que lo recuerdo, tu Aden es tan inteligente que podría haber acabado antes que todos nosotros juntos.

—No es *mi* Aden, Aden no es de nadie.

—Por supuesto, por supuesto —concedió Garrett, con una sonrisa perezosa. La chica tuvo entonces la terrible sensación de que ella no era la única que intentaba descubrir secretos. El soldado estaba inspeccionando el terreno de la misma forma.

—¿Y qué pasó con Hardy?

—No entró en la academia para oficiales. Supongo que no le interesaba.

Tenía el estómago deliciosamente pesado cuando volvieron a salir al exterior. Era de noche y gemía el viento frío, se arrebujó un poco más en la pesada chaqueta, agradeciendo que hubiera dejado de llover. Se embarró hasta los tobillos patinando por las calles encharcadas y estuvo a punto de caer al suelo varias veces, hasta que Garrett le ofreció su brazo y le dijo que así, al menos, podían caerse los dos. Aquello también le gustó y, con las farolas detrás justo de su cabeza a la orilla del río Támesis le sonrió. El contraste de luces iluminó la maraña de su cabello en dorados, la dulzura de sus rasgos se acentuó con las sombras. El soldado sonrió también: era imposible no hacerlo.

—Este lugar es maravilloso —el río desprendía un fuerte olor a humedad a pesar de estar congelado, la capa de hielo casi invisible en la oscuridad. Parecía haber un grandísimo espacio entre este lado de la ciudad, y el otro—. Me encantaría meter los pies en el río. O en el barro.

El viento aullaba con fuerza a lo largo del río, Darya intentaba sujetarse los mechones en torno a las orejas, sin ningún resultado. Así que Garrett se quitó la gorra y se la tendió.

La chica la miró largos segundos sin cogerla, y luego otros largos segundos a él sin hablar. Le ofrecía la gorra sin reparos igual que le ofrecía su sonrisa, y Darya no podía rechazarla. La aceptó y peleó durante dos minutos con su espeso cabello rizado, hasta que consiguió recogerlo todo en el interior del sombrero militar sin saber que esa escena se había repetido semanas atrás, cuando un hombre la recogió del suelo y caminó con ella millas enteras hasta el hospital.

Continuaron caminando mientras Garrett le comentaba, divertido, las hazañas que él y sus amigos, en la infancia, habían emprendido en las calles londinenses. Darya parecía sinceramente interesada en cada trozo que el soldado quería mostrar de sí mismo: se reía cuando tenía que reírse y preguntaba cuando tenía que preguntar, era buena oyente. El comentario de él sobre cómo iba a quitarse la suciedad si a lo mejor pasaba media hora frotándose las pecas creyéndose que eran barro la hizo reír. Se despidió riéndose y subió riéndose y volvió riéndose al apartamento, donde olía a la colonia de Aden,

pero no había nadie.

Horas más tarde, la puerta de entrada volvió a abrirse. Nevil estaba allí, en su habitación, cuando salió arrastrando los pies para ver quién era. No se movió del pasillo, no hizo falta. El alumbrado público incidía en sus ojos lo suficiente para que Hardy supiera con qué cara lo estaba mirando.

Hubo un tenso silencio.

—He venido a traer esto—. Depositó con desprecio un paquete envuelto en feo papel marrón sobre la mesa. Estaba torpemente atado con cuerda.

Nevil continuó sin contestar y sin moverse. Sabía lo que le había hecho a Darya, aunque no conocía la exacta extensión del daño. Ella misma se lo contó.

—¿Qué quieres que haga? —Le increpó Hardy, incómodo—. No sé arreglar lo que estropeo.

—¿Por qué lo haces todo tan difícil?

—Porque la vida no es un puto campo de flores niño—. El hombre caminó con pesadez y renqueando de vuelta por donde había venido, aunque se detuvo antes de marcharse.

—Tiene una nota, ¿podrás leerla?

Nevil sacudió con la cabeza. Nunca había aprendido a leer del todo. Le dolía la cabeza cuando intentaba entender las letras juntas.

—Léela tú mismo.

Hardy no replicó. No merecía la pena. Ya estaba abriendo la puerta otra vez cuando Nevil avanzó un paso en la estancia.

—Léela tú mismo —insistió, con voz pequeña—. Quédate. Aden siempre te espera.

Quería que volvieran a ser una familia otra vez. Sobre todo ahora que aumentaba, con Darya. El gesto de Hardy se torció.

—El paquete es para la chica. Dáselo y dile lo que se te ocurra.

Allí se quedó el paquete, hasta que Darya se levantó demasiado temprano a la mañana siguiente y en busca de un vaso de agua se tropezó con un somnoliento Nevil que se estaba terminando de poner las botas.

—Hardy ha dejado eso para ti —le informó, señalándoselo. El estupor de la chica fue perceptible. ¿Qué podía querer Hardy de ella para hacerle un regalo? ¿Qué podía ofrecerle a

cambio? Darya había llegado a Londres con apenas la ropa que llevaba puesta—. Lleva algo escrito.

—No sé leer, ¿me lo lees tú?

Le ofreció una sonrisa bonita. Una sonrisa sin miedo. Nevil negó con la cabeza y se incorporó, picando con la punta de las botas en el suelo de madera, había algo en su zapato izquierdo que le molestaba.

—Mejor que lo haga Aden. ¿Quieres abrirlo? Quiero saber qué es.

Darya le dejó espacio junto a ella para que entre los dos pudieran abrir el paquete y revelar un ceñido vestido dorado oscuro que descendía hasta la mitad de las pantorrillas. Un cuello bajo, vuelto, de un dorado más claro y un cinturón blanco para ajustarse la caída.

Lo sostuvo entre los dedos, sin creer que pudiera haber una tela tan suave como aquella. Le gustó que el ruedo no fuera bajo, así no se llenaría de barro.

—Si ves a Hardy, dile que acepto el vestido. Dale las gracias, ¿lo harás?

Nevil lo prometió con solemnidad, y la ayudó a abotonarse el vestido a la espalda. El hombre tuvo buen ojo para las medidas, porque por fin Darya tenía algo que se correspondía con el volumen de su cuerpo. Giró sobre los pies y el vestido levitó junto a ella. Después se cepilló el pelo con los dedos, dejándolo suelto. El dorado le hacía un buen color de cara, resaltando la tonalidad naturalmente tostada de su piel.

Darya nunca había tenido nada como el vestido. Cuando se miró al espejo no vio a la Darya sucia, consumida y hambrienta, vio a una reina. Fue con esa alegría con la que salió dando vueltas por el pasillo para que Nevil también pudiera admirar lo bonito que era el vestido a pesar de que llegaría tarde si no corría todo el camino.

—Es como si fueras el sol.

Ella le ofreció una sonrisa deslumbrante a cambio. Entendía lo que era este vestido: una disculpa, un arrepentimiento, una pertenencia. Hardy buscaba una pelea y Darya se la había dado, lo había entendido y lo había aceptado.

—¿Te vas tú también?

—Ayer no pude hablar con Aden. Me gustaría hacerlo.

Envolvió unas tostadas y varios trozos de jamón ahumado en un paño y salió a toda prisa a la calle, dispuesta a correr las cinco millas que la separaban del cuartel. Allí un soldado le informó que Aden estaba haciendo la ronda y que se dirigía a la colina Primrose, más allá de los jardines que visitaron juntos.

La joven continuó sin resuello hasta que llegó a *Prince Albert Road* y ante sus ojos se abrió una vasta extensión de naturaleza. La nieve se había fundido para permitir respirar a la hierba, dejando a la vista unas trémulas flores de invierno y descubriendo las copas de los árboles y los setos. Había gente paseando, los oteó con ansiedad, pensando que nunca encontraría a Aden, sobre todo si había continuado con la ronda.

Aún así reanudó la marcha. Lo reconocería enseguida por la manera de caminar del soldado, aquella zancada segura que a veces parecía costarle arrancar del suelo, el fusil al hombro, la gorra, si estiraba el cuello un poco...

Aden ya la había visto. Había hecho un alto al cobijo de un altísimo abeto, cerca del corazón de la colina, por donde ella había pasado, toda mejillas rojas y toda piernas rápidas. Fue más o menos entonces, cuando le clavó la mirada que Darya se detuvo en mitad del camino de golpe, como si hubiera presentido que había dejado atrás lo que buscaba y se giró despacio sobre los talones. Un cuarto, dos cuartos- le dio el perfil- tres cuartos, ¿dónde estaba Aden? Quedó de frente y la mirada de ambos se encontró.

El capitán se sacó de la boca el cigarrillo sosteniéndolo con los dedos de la mano izquierda, dejando que el humo se uniera al vaho de su respiración en el frío del mediodía. Luego esperó a que la gravedad entre ambos actuase y Darya se acercara a él, con pasos cortos y lentos.

—No sabría que vendrías —se excusó.

—¿Cuándo he dejado de venir?

Y al mismo tiempo, ambos se pusieron de acuerdo para reanudar la marcha. Se encaminaron hacia lo más alto de Primrose Hill.

Al llegar allí, lo único en lo que Aden pudo concentrarse fue en que Darya estaba pegada a él. La tenía tan cerca que podía respirarla, igual que podía sentir su asombro vibrando en la atmósfera. Contempló todo el abanico de emociones que cruzó su rostro: una absoluta admiración y una inquietud profunda, dado que la distancia hasta cualquier punto era tan brutal que los sonidos quedaban ahogados en el vacío. Y después, paz. Londres se erguía en la distancia de forma tenue, apenas podían vislumbrarse los edificios más altos sobre la copa de los árboles. Estar allí era como estar en medio de ningún sitio.

El viento era cruel en la grandísima explanada, Darya levantó un poco el semblante, formó un gesto decidido y salvó el paso que los separaba, hasta que pudo cobijarse en el costado de Aden. Él se quedó inmóvil tanto tiempo que se quemó con el cigarrillo las puntas de los dedos. La chica inspiró hondo y se movió otro poco más, hasta que pudo sentir el cuerpo tenso del capitán contra el de ella. Lo sintió a través del abrigo, del vestido, del uniforme: cada músculo y cada surco. Quizás fue su imaginación, quizás que el aliento del soldado le caía sobre la cabeza y que su barbilla se podía apoyar en su cabello.

Un lento estremecimiento le recorrió la columna. Un segundo. Dos segundos. Aden bajó los ojos para mirarla a la cara. Tres segundos.

El joven carraspeó y se desplazó ligeramente, todavía cobijándola del frío al tiempo que ponía distancia entre ambos, toda la piel de su cuello erizada.

—He traído comida —aventuró Darya, rompiendo el silencio.

La joven contempló la hierba unos instantes, contemplando cómo podría sentarse sin mancharse todo el vestido. Fue al inspeccionarse el ruedo del nuevo vestido que comenzó a tiritar y comprendió que no temblaba solo por el frío: Aden se erguía en toda su altura sobre ella, con aquella mirada terrorífica en su vestido.

—¿De dónde has sacado eso?

—Ha sido un regalo. ¿Puedes leerme esto? —contestó, incapaz de mentir, tendiéndole la nota. En el rostro del capitán se concentró una cólera abismal al reconocer la letra. Avanzó hacia ella a la par que ella retrocedía. La distancia metafórica entre ambos desapareció con violencia: el soldado la estaba cercando. Como si no estuviera allí, en la colina con ella, si no librando una guerra, y Darya tuviera que ser sitiada hasta su rendición.

—Quítatelo —ordenó, ciego de ira.

Darya se encogió sobre sí misma, un poco, y dejó de moverse. Le plantó cara.

—Es un regalo. Es mi regalo.

—Del hombre del que viene no hay nada con buena intención. ¿Crees que un puto vestido —aferró el vuelo conforme lo decía y tiró de él bruscamente, provocando un desgarrón en la costura donde se unía con la parte superior —compensa lo que te hizo? ¿Crees que esta mierda arregla algo? ¿De verdad lo piensas, Darya Whelan, o solo eres imbécil?

El labio de Darya tembló. Aguantó que se rompiera el vestido, que era la única posesión que había tenido nunca y el único regalo que le habían hecho.

—Pienso —dijo con lentitud, marcando las sílabas—... que arrepentirse tiene valor venga de quien venga. Pienso que Hardy tiene derecho a arrepentirse. Pienso que le he perdonado lo que hizo porque lo entiendo.

El arrebato de ira creció con esa admisión. Aden tiró con más fuerza del vestido, ciego en querer quitárselo de encima, en que la estaba manchando, en que ella lo había aceptado como si fuera compensación suficiente, y las puntadas de la espalda comenzaron a deshilacharse. Darya levantó por primera vez la voz desde que estaba en Londres en un *¡no!* que quedó ahogado en el silencio, tratando de zafarse de la férrea garra del soldado. Cuanto más se revolvió más la atraía el capitán hacia sí.

—¿Crees que un puto vestido es suficiente? ¿Qué es lo que no entiendes de todo esto?

—¡Eres tú el que no entiende nada! —Le colocó las manos en el pecho y trató de empujarlo lejos de sí. Aden no se movió un milímetro—. ¡Suéltame, no lo rompas!

No la escuchaba. Ni siquiera la estaba mirando en realidad.

—Estaba. Encima. De Ti. Te había roto la ropa, te estaba asfixiando. ¿Y TÚ LO ACEPTAS? ¿Y SI TE HUBIERA VIOLADO? Si fuera yo quién te desgarrase la ropa, te estrellara contra la mesa, me bajara los pantalones y me metiera con tanta fuerza en ti que no pudieras soportarlo —la estaba aferrando con tanta fuerza que le hacía daño—¿me lo perdonarías si después te regalase otro vestido?

Darya apretó la boca.

Bajó la cara.

Y lloró.

No lloró por sí misma, ni porque se hubiera metido en fuego cruzado y todas las balas la encontrasen, lloró por Aden, y por Hardy, por la historia que habían enterrado entre ambos ignorando tener las manos llenas de astillas y bombollas por el esfuerzo. Lloró porque no sabía cómo ayudar, porque Aden la tocaba solo cuando se sentía superado por la ira. Lloró por el vestido que estaba roto.

—Para de llorar —sonó vacilante e inseguro, y también culpable. Darya obedeció. Se restregó los ojos y apreció que Aden había dejado de invadir su espacio. Le estaba intentando recolocar el vestido más o menos bien colocado a pesar de los desgarrones. Después le abrochó uno a uno los botones del abrigo, ajustándole las solapas y sacándole el pelo fuera del abrigo—. Te llevo a casa, vámonos.

Ella no se movió.

—¿Por qué? ¿Por qué eres tú el que no quiere entender? Hardy solo —Aden levantó un brazo para hacerla callar, que ella ignoró —quiere provocarte para saber hasta dónde te duele. Si es mucho, todavía te importa. Y estás vivo, aquí, con nosotros. Todos —avanzó un paso y las tornas cambiaron. Ahora era el capitán el que se sentía sitiado—, intentan saber si todavía te importan. Estar vivos nos duele. Nos duele.

Hubo un silencio espeso entre los dos.

—Por qué estás aquí, Darya Whelan.

—Para arreglar las cosas, Aden Savage. Y me quedaré, con ropa o sin ella.

C4.

El techo se derrumbó sobre sus cabezas. Fue hacia el final de Enero, que se acumuló tanta nieve que se desplomó una sección. Nevil no reaccionó a tiempo, algunos de los escombros cayeron directamente sobre su pierna, arrancándole un grito. Aden había estado en su habitación, salió ante el estruendo al tiempo que Darya se arrodillaba junto a un Nevil que intentaba contener las lágrimas.

—¡Está rota! Darya mi pierna está rota.

—No —contradijo ella con voz serena, mientras la tocaba. No fue hasta que llegó al pie que el chico se encogió de dolor y se aovilló en el suelo—. Creo que son los dedos. Si te entablillamos la pierna para que no la muevas puede que los huesos curen bien en su sitio.

Aden contempló la escena con fijeza. ¿Cómo sabía tanto?

Del interior de su armario sacó la mochila de campaña, que tenía vendas y cuerdas y regresó para tendérselas a Darya. La chica no había advertido que el soldado estaba allí cuando regresó de hacer la compra y se quedó un instante muda, mirándolo. Aceptó lo que le ofrecía, dejándole libre para poder acucillarse junto a ella e inspeccionar su trabajo.

—¿Cómo sabes qué hacer? —Consiguió decir Nevil con un hilo de voz, una vez Darya bajó el rostro para que ambos estuvieran al mismo nivel y con una mirada y un apretón en el hombro le dio toda su fuerza y ánimo. Aden se había incorporado, y trabajaba en cubrir el agujero del techo. Darya lo miraba de reojo, preguntándose cuánto tiempo llevaba allí, si diría algo. Desde aquello de la colina Primrose, el soldado evitó con hincapié el apartamento y la chica no se atrevió a ir a buscarle al cuartel.

—Por el campo —se encogió de hombros, sin que tuviera una gran importancia—. Es fácil darte con la azada en el pie y romperte algún dedo. Mi familia no tenía animales para la tierra.

—¿Tú trabajabas la tierra? ¿No había hombres en tu casa que lo hicieran? —Nevil se incorporó un poco más, apoyándose contra una de las paredes. Se le veía fatigado y sudoroso.

—No.

—¿Nadie te ayudaba?

—Nadie.

—¿Labrabas y sembrabas la tierra sola? —Preguntó una vez más, para asegurarse—. ¿Siempre?

—Desde que pude levantar la azada—. Darya no quiso continuar con la conversación. Se incorporó y, preocupándose en mantener una cierta distancia con Aden, comenzó a recoger los trozos de escayola desperdigados por el suelo. El soldado no tardó en unirse a ella. La chica llevaba el vestido de algodón basto con el que la había conocido, el que le caía demasiado ancho de los hombros y le dejaba las clavículas al descubierto. El cabello le resbaló precipitándose a ambos lados de su rostro y Aden se tropezó con la cordillera que formaba su columna bajo la piel tostada. No la miraba pero sí la miraba. No podía dejar de hacerlo.

—No puedo ir a trabajar a la fábrica —los dos lo miraron. El chico volvía a llorar, esta vez sin retener las lágrimas—. Voy a perder mi trabajo.

—Haré el turno por ti—. Darya fue rápida, Aden no pudo intervenir y prohibírsele antes de que ella continuara hablando—: Al principio se te hinchará el pie y luego comenzará a curarse. En dos meses podría estar bien.

El soldado crispó las manos. Ahí estaba Darya otra vez: sacrificándose por el resto. Exponiéndose por el resto. La gravedad de su mirada en Nevil hizo que el chico se encogiera, y solo rompió el contacto visual cuando percibió que ella le apoyaba un efímero instante la mano en la rodilla, su cara una advertencia. Estaba bien, decía. Ella elegía esto. Aden no tenía derecho a intervenir, ni a juzgarla. Como con el vestido.

Sintiéndose reprendido, el capitán le dio la espalda, entreteniéndose en usar un cubo para echar la nieve a la calle. Por eso estaba allí en realidad, por eso había pasado la tarde en su habitación. Cuando acabó, decidió que enfrentaría su propio error y con voz algo estrangulada, se detuvo junto a una Darya que hablaba con Nevil y entonó:

—Darya. Ven un momento.

El camino de vuelta a su habitación le pareció tres eternidades. No podía dejar de mirar las clavículas de Darya. Deseó que ella volviera a estar cerca, tan cerca como en Primrose.

—No se lo echas en cara —la advertencia lo sorprendió antes incluso de que pudiera decirle por qué estaban allí—. Yo hago mis elecciones. Tú haces las tuyas. No me apartes los ojos. Sabes que es así.

—¿Y cuáles son tus elecciones en las que te eliges primero a ti misma?

Abrió la boca, volvió a cerrarla. Aden se concedió la victoria, dándole la espalda para descubrir la razón por la que la había traído hasta allí. Le tendió el vestido doblado, que cosió durante el día. No lo soportaba. Odiaba que Darya aceptara eso para sí misma. Sin embargo- apretó los dientes- podía vivir con ello.

La chica sostuvo el vestido casi con reverencia, apretandoselo contra el pecho y mirándole en un mudo agradecimiento. Y entonces, aceptando la disculpa y ofreciendo una reconciliación:

—¿Quieres un cigarrillo?

No supo de dónde había sacado un cigarrillo, se lo mostró tras depositar el vestido en la cama. Aden se inclinó hacia ella, consciente de cada pulgada que los separaba, y entreabrió los labios. Darya se colocó ligeramente de puntillas, para estar más cerca, para olerle. Se lo encendió después de varios intentos bajo la mirada afilada del capitán. Sentía su aliento en el rostro.

Mis elecciones, había dicho ella, como si dijera *las elecciones que hago por ti*, como si se hubiera quedado con partes que componían a Aden. Quizá fuera así, porque aceptó aquel vestido de Hardy, igual que aceptaba trabajar por Nevil. Darya había venido de ninguna parte y sin embargo, se quedaba algo de todos. Esa certeza le asestó un puñetazo al estómago: ya no imaginaba volver a casa sin que ella estuviera allí.

Después de eso no volvieron a encontrarse. Hubo varios altercados en el norte de Londres que mantuvieron al capitán atareado, quizás también huía, y, aunque no fuera así, Darya se levantaba antes de que saliera el sol y caminaba las millas que la separaban de la Fulham para hacer el turno que le correspondía a Nevil. Volvía de noche. El rector la rondaba de cerca, se acordaba de ella por mucho que ella intentara esconderse en un pañuelo negro y una boina sucia. Nunca llegó a decirle nada, pero su aliento a huesos podridos era suficiente como para que la chica sintiera náuseas de estar allí de pie. Había siete niños trabajando con ellos. Las sombras negras de agotamiento bajo los ojos inyectados en sangre ahogaban a Darya en pena, apartando la cara cada vez que se los cruzaba para no vomitar el dolor. Aquellos niños no eran muy distintos a los que ella no había podido salvar en su otra vida antes de Londres. Después, volvía a casa, temblorosa. Un poco menos Darya cada vez, un poco más hundida en el frío inglés. Su abrigo ya no la cobijaba del invierno en aquellos días tan fríos, comenzó a consumirse. Al terminar la tercera semana la chica se encontraba en un estado similar a cuando Nevil y Aden la habían encontrado. Era el día a día que tenía que hacer entre personas que vivían todavía una existencia más miserable que ella. El día a día entre personas que agonizaban y que no podía salvar lo que la estaba matando.

No importaba lo mucho que se esforzaba por distanciarse de todos ellos, por hacerse invisible, pequeña, una esquina, una sombra más en este mundo tan grande: nunca lo conseguía.

Nine siempre le dijo que nunca tuviera miedo. La gente que pasa frío solo se acerca a la hoguera a calentarse un poco las manos; el fuego trae consigo la casa.

Pero lo cierto era que Darya Whelan temía que aquellas personas se acercasen.

Estaba tan atrapada en refugiarse que cuando la cercaron en un callejón oscuro para robarle se odió a sí misma, un poco: no vio al lobo hasta que se coló debajo de su puerta. Sí que no odió a aquellos dos chavales que la golpearon, la derribaron y le quitaron el jornal, a pesar de que ella les preguntó qué sentido tenía, si era tan pobre como ellos. Le costó ponerse en pie una vez se quedó sola, a los veinte minutos un cardenal muy feo le floreció en un lado de la cara. Nadie se detuvo, nadie la ayudó.

Darya se sacudió la nieve del abrigo, se abrazó el cuerpo y caminó lo que la separaba de su fuego.

Su fuego: aquella estufa en el apartamento de la calle Elmhurst, a 3,3 millas de la fábrica.

Se colocó estratégicamente los rizos, el pañuelo y la boina y aprovechó que llevaba todo aquel tiempo yéndose a dormir sin decir nada para agachar la cara y entrar en la casa, pensando que ya le encontraría solución al cardenal mañana.

El plan salió bien hasta que tres pares de ojos se clavaron en ella. La chica pestañeó con el único párpado que podía y miró con curiosidad al que estaba más cerca de ella: un hombre recto y delgado como un palo, de ojos pequeños y azules. Ni las manos, ni los zapatos, ni los ojos de él le dijeron nada. Aquello no le gustó en exceso, pero la intrigó lo suficiente como para olvidarse de los sucesos de la tarde.

Justo detrás de Bastian estaba Hardy. Hardy, evaluándola, recorriendo con aquella mirada todo su rostro. El único que desvió la vista fue Nevil.

—¿Qué pasa? —Consiguió articular ella, después de la sorpresa inicial. Tenía el cuerpo entumecido y congelado, pequeñas gotas brillantes se le habían adherido al cabello, el abrigo empapado: nevaba cuando regresó.

Sintió que de repente la casa la había escupido y ya no era parte de aquello. Pudo percibir inmediatamente el lazo que unía a los tres hombres con una claridad que la excluía a ella. Podía imaginarse a Aden allí, cerrando el círculo, con todos sus fantasmas a la espalda.

—Hemos coincidido —le informó Hardy. Su voz le raspó el calor que le quedaba. Darya consiguió fingir que no le tenía miedo. Se evaluaron mutuamente.

—¿Eres Darya? —Interrumpió Bastian. No hizo amago de preguntar en el cardenal, quizá ni siquiera se fijó en él. Darya sería Darya siempre llevase la piel como la llevase—. Hay patatas cocidas y algo de carne si quieres.

No quería. Quería encerrarse en la habitación de Aden, con las cosas de Aden y esperar a que la herida en la cara desapareciera lo antes posible. Lo antes posible no: antes de que la viera el capitán. No necesitaba cargarle un peso más sobre los hombros.

Y, sin embargo, aceptó quedarse. Fue en pos de la manta del soldado y se envolvió en ella, acercándose a la estufa y quedándose cerca de un Nevil silencioso, guardando un espacio por respeto al lugar que debía ocupar Aden. Nadie comentó nada, si bien ella no lo necesitaba. Quería refugiarse allí, esconderse, desaparecer. Se permitió cerrar los ojos un instante, agradeciendo que, al menos, conocía a aquellas personas, y eso la reconfortaba.

Consiguió comer mientras Hardy terminaba de poner al día a Bastian, quien, a su vez, les informó de que tenía un nuevo trabajo y que era a las afueras de la ciudad, así que se hospedaba en una posada hasta que pudiera encontrar algo más barato. Por eso estuvo ausente del apartamento. Darya alternaba la mirada entre uno y otro. Le parecía que Bastian tenía un color peculiar amarillento de piel y que había algo distinto en Hardy. Su sonrisa seguía siendo como el

filo cortante de un cuchillo pero parecía- más calmado.

Más calmado, se repitió. Esperando a su oportunidad, en lugar de forzarla a que sucediera.

Darya se estremeció varias veces y decidió que se acostaría. Se arrastró hasta la habitación y se desplomó sobre el colchón, acurrucándose sobre un costado.

Se incorporó con un sobresalto. La estancia debía rondar los cero grados, podía ser que por eso tiritaba, o quizás de lo rápido que le latía el corazón. La habitación estaba oscura, vacía y fría.

No: no estaba vacía.

Había una figura sentada en la silla. Supo inmediatamente quién era, el sudor le descendió por la espalda. Tensó el cuerpo. No desvió los ojos.

—No pretendía asustarte, lobezno. ¿Sabes que tu apellido significa la que viene de lobos? — Ella no reaccionó, no se movió. Estaba segura de que él podía escuchar sus latidos frenéticos en la distancia. *Nunca pasará nada que no quieras que pase, Darya Whelan*, se rigió toda la vida por ese principio, por mucho que fuera utópico, porque era una manera distinta de pedirse que nunca se resignara. Que se dejase hasta los huesos por aquello en lo que creía. Darya eligió creer que no pasaría nada en aquella habitación que ella no quisiera, aunque en cuanto el tullido se inclinó hacia delante, ya no lo tuvo tan claro—. ¿Has encajado el golpe? Es importante no caer, le da ventaja a tu oponente. Encajas el golpe y lo devuelves—. Hardy adoptó una postura defensiva, movió el brazo y le mostró cómo—. No te olvides de dejar el dedo fuera o te lo partirás.

—Eran más altos que yo —consiguió decir al final, con voz muy pequeña.

—No importa. Con un buen golpe tumbas a cualquiera.

No quiso preguntarle por qué estaba allí, qué esperaba de ella. Cuánto tiempo la había estado mirando. No quiso ni pensar en que lo único que la separaba de la bestia era la manta que apretaba entre sus manos.

Lo que sí pensó fue que a lo mejor, si estaba allí era porque, esta vez, no quería una pelea. Y ella siempre fue una valiente:

—¿Cómo os conocisteis?

Las facciones de Hardy se agriaron. El hombre se apoyó las manos en las rodillas y se las deslizó por los muslos varias veces, en un acto reflejo mientras ganaba tiempo.

—Yo trabajaba en una fábrica cuando se coló una vez. Tenía curiosidad por saber cómo funcionaba todo, se lo expliqué mientras trabajaba. Al día siguiente volvió con más preguntas. Así día tras día. Yo no hacía nada más que trabajar, él fue el único amigo que tuve.

Una pausa.

—Te ayudaba, ¿no? Fue así como empezó tu deuda.

—Chica lista —se mofó. Fue un sí. Sí. Aden me ayudaba—. Éramos muchos en casa. Poca comida, poco dinero, poco espacio, la misma mierda de siempre, mientras que él tenía demasiado solo para sí mismo—. No le hizo falta añadir más detalles, Darya podía hacerse una idea de lo mucho que Aden dio a Hardy. Por mucho que el tullido la aterrara, tuvo que reconocerse que era un hombre honesto, y aquello no la disgustaba. No había veneno en su voz cuando reconoció que tenía una deuda, de manera que el problema entre él y Aden sería más reciente. La sonrisa del inválido compitió con el frío—. Qué pasó para que una amistad así se rompiera, ¿no? La guerra.

Darya lo miró con franqueza. Eran demasiado jóvenes para haber participado en ninguna guerra, ¿a qué se refería? ¿Al dolor, al duelo-

—A la pérdida —comprendió.

La sonrisa del hombre se ensanchó. Era una sonrisa que dolía.

—A ti dónde te han encontrado.

—En la calle, como a ti.

Hardy se carcajeó sin voz. Supo, desde que ella le plantó cara, que merecía la pena hablar con aquella chica. Ahora solo lo estaba confirmando. Quizá era por eso estaba ahí, quizá fue un intento desesperado de supervivencia: libraba una batalla con el mundo por matarse e iba a la habitación a hablar con Darya, por si ella pudiera arrancarle los monstruos.

—Quiero saber por qué miras a las personas como si fueran especiales. Ya sabes, como si merecieran la pena. Nadie lo hace en esta vida. ¿No te parece un chiste que hayas venido a parar precisamente a aquí, y que hayas hecho que Aden *te crea*? —Hardy se inclinó hacia delante, amenazador. La alarma saltó con estrépito en la cabeza de Darya, que se desinfló y retrocedió al mismo tiempo que él avanzó—. Deja las cosas estar, Darya Whelan, porque no las entiendes.

¿Estaba protegiendo a Aden? ¿Protegiéndolo de ella, que no era ninguna amenaza? ¿Por qué? No, no podía ser eso. Había algo en aquella casa que todos callaban, un secreto que Darya no conseguía ver. Lo sentía, la estremecía.

—Quieres que Aden sea infeliz.

Era eso, ¿no? El dolor de Hardy tenía un matiz distinto al que veían el resto. Su odio arraigaba en el afecto. ¿Qué cosa tan horrible había pasado entre ambos, algo que todos sabían y que ninguno quería decirle?

—Mira esta casa. Mira lo que tienes. No estaría aquí, de no ser así. Deja las cosas estar o vete.

Quería decirle que mentira. Que no era justo. Pero qué sabía ella, ¿verdad? Apretó la boca.

—Si quieres que me vaya, ¿por qué el vestido?

Nuevamente Darya le aventajó. Ya tenía la certeza de por qué se había ganado tan rápido un hueco en aquella casa. Incluso Hardy reconocía que, ese momento compartido entre los dos, iba a ser un buen recuerdo en años de miseria.

¿Qué respuesta podía ofrecerle? Una que no fuera sincera.

Una que no fuera mentira.

Una que hiriese.

Hardy hería de la mejor manera que sabía: con la verdad. La verdad sobre sí mismo era su bala más certera.

—Fue un pago —esa no lo era, dolía igual. A Darya le tembló el labio—. Pago mis deudas—. Esa sí era la verdad sobre sí mismo.

—Entonces ya la has pagado, y me has avisado. Vete.

Era, también, la segunda vez que le echaba. Y como la primera, Hardy se incorporó, arrastró la pierna por el suelo, ya que esa noche le dolía más de lo que era frecuente, y le concedió la tregua.

La segunda vez en la noche que despertó fue porque sintió unos dedos en su mejilla, apartándole un mechón de pelo. Abrió los ojos de repente, otra vez sobresaltada aunque no se hubiera movido. Le latía el corazón con mucha fuerza. La claridad del día que comenzaba filtraba una luz en la habitación apenas suficiente para que la cara del hombre inclinada sobre ella fuera visible, aunque jamás le hubiera hecho falta. Sabía que era Aden, reconocería esa forma de erguir los hombros en cualquier parte, le había quitado rizos de la cara para poder mirar el cardenal.

No supo descifrar su expresión. Y aquello la aterró.

—No es n...

Aden había salido del apartamento. Lo último que escuchó fue los escalones crujir y la puerta de entrada cerrarse con estrépito.

Se le ocurrió que podría pensar que era cosa de Hardy. Darya tensó la boca mientras pestañeaba con fuerza, intentando diluir las lágrimas. ¿Qué podía hacer? Arrancó la manta de la cama y salió corriendo del apartamento, escaleras abajo, la puerta de entrada, el patio, la calle, pero el capitán ya no estaba. No podía ir a verle al cuartel porque perdería el turno en la fábrica y Nevil saldría perjudicado.

Tuvo ansiedad todo el día. Sus tripas estaban bien anudadas, le temblaban las manos mientras trabajaba. Apenas prestó atención a lo que hacía o a lo que tenía alrededor. Cuando acabó el turno

fue de las primeras en salir, en lugar de las últimas, y lo hizo casi corriendo, llegando al cuartel tan cansada que tuvo que apoyarse contra la pared. El soldado de la entrada le dijo que Aden no estaba allí desde el mediodía y Darya sintió que el mundo daba vueltas. Cerró los ojos, respiró con fuerza.

Lidiaría con las consecuencias, en lugar de intentar controlar la situación.

Fue aferrándose a ese concepto como regresó, mucho más pesada y mucho más lenta, queriendo desplomarse en la siguiente esquina a la que consiguiera pasar. Así, contando los edificios, llegó hasta el apartamento.

El muro que precedía al edificio era viejo y mohoso, la humedad ennegreció toda la piedra. La puerta estaba podrida abajo, hacía un ruido curioso al abrir. Justo antes de entrar detuvo la mano sobre la madera, con el corazón encogido de angustia. Estaba abierta, alguien entró hacía poco.

Sus pasos eran cautelosos escaleras arriba, Darya siempre subía levantando los talones para hacer el menor ruido posible. En el apartamento de los Alby miró hacia arriba, por si así pudiera descifrar quién estaba en la casa y, sin lograrlo, se resignó a avanzar el resto del camino.

Aden estaba sentado en el comedor, de perfil a ella. No había encontrado la silla en el comedor, y solo él podía mover la puta silla porque solo él podía mirar a Darya dormir. El resultado de su ira era la mesa volcada.

Cuando el soldado la miró, la chica advirtió que tenía varios raspones feos en un lado de la cara, una mancha de sangre en su camisa, en el hombro, y los nudillos ensangrentados. Pensó *por favor no a Hardy*, pero de su boca no salió nada. El capitán que ella había conocido se esforzaba por escudar sus expresiones, por mantenerse impertérrito. El hombre que tenía ante sí era tan expresivo que la fuerza de su mirada dolía.

—He faltado a mi promesa —rabió, el dolor evidente. El verde de sus irises era candente en sus ojos enrojecidos. Aden Savage nunca había faltado a una promesa. Era, precisamente, por ellas que estaba ahí.

Darya quería preguntar. En lugar de eso, tomó aire y:

—No pasa nada, Aden.

No pasa nada, Aden. Eso y ni siquiera tuvo que decirlo muy fuerte, el capitán perdió toda la fuerza y la cólera que arrastró hasta el apartamento. Fue así como terminó de agrietarse su muro: ya no podía escudarse delante de Darya. Siempre poniendo distancia entre él y el mundo, siempre apartándose y de repente, ella estaba allí. Sin más, estaba allí y Aden perdía hasta el último resquicio de su control.

Gruñó, desde el fondo del pecho.

—No te atrevas, Darya Whelan —la voz eligió traicionarlo.

La chica le sostuvo la mirada unos instantes más, determinó que ella ganaba y se ausentó a llenar un cubo de agua fría.

No pasa nada, Aden, decía la mano con la que lo empujaba para que volviera a sentarse, las cosas siempre suceden por un motivo. Era lo que ella elegía creer. Inclinandose sobre él tan cerca que podían compartir el mismo aire, le desabotonó con unos dedos temblorosos el primer botón de la camisa. El segundo. El tercero. Cuando la abrió para inspeccionar la herida del hombro descubrió un pecho musculoso y firme, donde el corazón latía con tanta fuerza que si miraba con atención podía verlo latir. Le pareció que el capitán inhalaba aire, agitado, y ella misma sintió el nudo en el estómago.

Las manos le temblaban más todavía cuando apoyó las yemas frías cerca del corte y lo analizó con atención, intentando concentrarse. Sabía que él la estaba mirando.

—Agua con jabón —su voz le sonó demasiado chillona mientras se apartaba para desinfectar la herida, desesperada por poner distancia entre ambos. ¿Qué estaba pasando? Notó que toda su cara enrojecía del sofoco, se avergonzó más todavía. Aden eligió mirarse la rodilla y encontrarla muy interesante mientras ella volvía a acercarse. Era Febrero, y ninguno de los dos notaba el frío.

Cuando Darya volvió a inclinarse su vestido se holgó y Aden se olvidó de rabiarse por haberse prometido protegerla y no haberlo cumplido cuando no pudo evitar mirar las cornisas de esas clavículas anunciando el inicio de sus senos. *No tendría que estar mirando*. No era la primera vez que veía un escote accidental y mucho menos era la primera vez que veía el de Darya pero no podía apartar la vista. *No podía*.

Cambió de posición y carraspeó, metiendo una mano en el bolsillo del pantalón estratégicamente y volviendo a contemplarse la rodilla por pura fuerza de voluntad. Ella terminó de limpiar la herida y se acuclilló en medio de sus piernas para continuar desabotonándole la camisa, buscando comprobar que el resto de él estaba entero. Toda la temperatura de su cuerpo aumentó conforme ella le dejaba las manos en la piel y comenzaba a mover los dedos hacia los costados en una caricia suave, leve, tímida. Había algo, *había algo* que no quería que nadie viera, que no conseguía recordar en ese instante mientras Darya se levantaba, pegada a él, respirándole, retirándole la camisa, deslizándole los dedos por el costado, por los brazos, por cada relieve de los huesos y los músculos bajo la piel.

Supo qué cuando Darya le apoyó la palma de la mano derecha entre los omoplatos y Aden terminó de rendirse a que no quedara una parte de él que Darya no conociera.

Al conocerse la pecosa dijo *tienes una cicatriz en la nuca que no termina ahí*, ahora ya sabía dónde terminaba: en el final de la espalda, cruzándosela entera e irregularmente.

Sintió a la chica temblar mientras pasaba la palma de la mano por ella, desde su nuca hasta el borde del pantalón. Rugosa, rojiza, fea. Mantenía la mano firme, a pesar de la sensación húmeda que le bañó el rostro. Se pasó la manga del vestido por la cara, para borrar las lágrimas.

—Para.

La voz ronca de Aden. Fue el matiz ronco, y no la orden, lo que la detuvo. Después solo apoyó la otra palma, cubriendo un trozo más de cicatriz con ella. Darya se plegó sobre su propio estómago y apoyó la frente entre los hombros desnudos del soldado. Cerró los ojos, porque no podía seguir mirando tanto dolor y dejó que le cayeran las lágrimas. Sentía los relieves de la piel desgarrada y mal unida contra sus manos y contra su frente: las sentía dentro de sí misma.

¿Qué había tenido que pagar con una cicatriz tan grande?

—Para.

El capitán se había encendido un cigarro. A pesar de que Darya no podría estar haciéndole daño, tenía la sensación de que sí. De que todavía tenía la espalda en carne viva. No quería que le tocara ahí, no quería que ella hubiera visto eso por nada del mundo.

—No quiero —fue la débil respuesta. Había notado cómo Aden se hundía de momento a momento en el que se encontraban: la derrota de sus hombros, la tensión en su espalda, la mandíbula tensa. Parecía que cuanto más humano se mostraba, más evidente eran aquellos grilletes en sus muñecas de los que Darya no sabía nada, y que, sin embargo, debían haberle dejado aquella cicatriz en la espalda. También le habían dejado al cargo de tres personas diferentes (y ahora, ella). No tenía que ser así. Aden también merecía. ¿Qué? ¿Perdonarse? ¿Escogerse? ¿Ser feliz? Todavía no lo había visto reírse.

El soldado se apartó de ella e impuso distancia. Había vuelto a levantarse defensas, por frágiles que fueran. Darya aceptó que el momento se acabó. Había visto algo que no debía ver y no tenía que hacer preguntas sobre ello. No tenía *permiso* para hacerlas.

Se movió con lentitud, con suavidad, para terminar de limpiarle las heridas de la cara junto a las del nudillo. Pensó que esas las podía curar, pero las psicológicas no.

Y quería.

Con el paño húmedo le apartó un poco el pelo de la frente. Lo miró. *Lo siento*, decían aquellos ojos negros, *pero no lo siento, Aden*. Aden no decía nada. Terminó y volvió a acuclillarse, entre las piernas de él. Sabía cómo funcionaban aquellas cosas, era un intercambio. Así que buscó las palabras adecuadas:

—Mi abuela murió de hambre.

El soldado la observó con esos iris verdes de primavera naciente. A Darya se le ocurrió pensar que debía ser así que la primavera florecía entre tanto invierno porque volvía a sentirse acalorada bajo la intensidad de aquella mirada, pero no lo dijo. Después, él aceptó el intercambio.

—Nos pasó un coche por encima.

Nos pasó un coche por encima. ¿A quién, además de a él? No necesitaba una respuesta, por el momento, entendía lo que había detrás de su afirmación: las personas que convivían en aquel apartamento compartían años de experiencias. No todas las familias eran de sangre, sabía, Hardy y Aden no podían verse y aún así, se guardaban lealtad. La lealtad de ambos estaba por encima del aprecio, y del respeto. El uno se rompía y el otro rompía y aun así los dos terminaban volviendo al mismo sitio: Aden no había echado a nadie y Hardy tampoco se había marchado. Era por eso que podían llamar al apartamento en la calle Elmhurst hogar, ¿no? Y por lo que ambos eran familia. Continuaban encontrándose.

Solo esperaba que las marcas de los golpes en el cuerpo de Aden no fueran de Hardy. Quizá sí, y tenían que ser de esa forma las cosas. Era así como se querían.

—Por qué —murmuró sin voz.

Aden encogió el hombro que no tenía herido. No importaba el por qué, importaba que lo había hecho y que no se arrepentía, a pesar de todas las consecuencias.

—Hay cosas que *tienes* que hacer —y aquella mirada ironizó un: *¿no era eso de lo que hablabas, Darya Whelan?* Tus elecciones son tuyas, mis elecciones son mías. Tú me dijiste, vive con ello. Y ahora que has visto con qué tengo que vivir tiembles. *Lloras.*

Era cierto que no entendía por qué, si no se arrepentía, escondía aquella cicatriz. Igual que no supo asumir el conflicto que le planteó el soldado: que siempre hablara de respetar las decisiones y, sin embargo, ella no quería respetar las de Aden. Quería sacudirlo, gritarle, pedirle que no tenía que hacer aquello. Que porque el mundo le hiciera daño a Darya él no tenía que hacerle daño al mundo de vuelta.

Quizá era que ella le recriminaba *elígete a ti mismo* y Aden replicaba *¿y quién te elige a ti?*

A lo mejor, Darya Whelan, es que no sabes aceptar que alguien te elija.

Se hizo pequeña ante la incertidumbre. Quería defenderse, argumentar que podría aguantar cualquier cosa, que había pasado años de hambre y de pobreza antes de enterrar a *Nine*, que los inviernos eran cada año más fríos, que Londres le robaba el alma tanto como descubrirla con Aden se la devolvía. Que solo tenía un abrigo y diecisiete años. Pero que estaba allí con todo eso y que sobreviviría a una guerra entera: si alguien podía absorber el daño de Aden, era Darya.

No esperaba que Aden quisiera hacer lo mismo por ella.

De repente entendió. El coche le había pasado por encima porque había intentado salvar a alguien, *y no había podido.*

Por eso estaba allí. Por eso Hardy se quedaba. Porque uno cumplía sus promesas y el otro pagaba sus deudas.

Un dedo tibio bajo su ojo le enjuagó una lágrima. Darya pestañeó, preguntándose si el capitán la había tocado de verdad o lo había imaginado. El rostro de Aden era inexpresivo. La joven tuvo el impulso de pedirle que no volviera a huir, aunque también entendía que cada persona necesitaba su propio refugio. El de ella estaba en la habitación del soldado, arrebujada en la manta y sabiendo que su sueño era guardado por él, por mucho que deseara que, en su lugar, se tumbara a su lado en la cama. No quería volver a la Fulham, no quería tener que pasar semanas regresando a una casa que estaba vacía.

Otra lágrima le cayó por la mejilla.

El capitán se incorporó y comenzó a abotonarse la camisa, con la piel erizada por el evidente frío a pesar de la estufa. Le concedió unos minutos para reponerse mientras le daba la espalda a la morena y se entretenía en recoger las cosas y el abrigo, volviendo a colocar la mesa en su sitio y en su posición original, como si le hubiera molestado en un principio verla tan entera. Después cogió la silla y la llevó a la habitación, y el aire inundó los pulmones de Darya otra vez. Se quedaba. Pese a todo. Pese a que quizás ella no tendría que haber descubierto las cicatrices, al menos no todavía, y pese a que el propio capitán sintiera la necesidad de resguardarse de ella, se quedaba.

Por ella.

¿Qué significaba que la escogieran, que alguien estuviera dispuesto a enfrentarse a Darya con sus mismas condiciones? No lo sabía. Tiró de la manta para esconderse bajo ella, confusa, asustada. Pero también con el pecho tan lleno que le dolía al respirar. Tenía las yemas de los dedos aún tibias de la piel de Aden, la sensación de su mirada recorriéndola, *devorándola*.

C5.

¿Qué significa que te escojan?

La forma en la que lo trataban en el cuartel cambió. Todos veían los raspones de su cara y de sus nudillos y sabían que si él estaba así, el otro estaría mucho peor. Nadie tenía ganas de murmurar sobre él y sus privilegios, mucho menos se atrevían a enfrentarse o cruzarse en su camino. No había motivo real para aquello más que añadir a la ya existente mitificación de la figura del capitán Savage. Empezó a rumorearse que se había peleado con un soldado de otro batallón y de repente, todos comenzaron a dejarse llevar por el miedo, y a aumentar las habladurías.

Aden pretendía no ser consciente. Cuando Quentin le preguntó si le molestaba encogió un hombro, la diferencia para él no existía entre el antes y el ahora. Antes tenía que molestarse en callar a las tropas, ahora nadie se atrevía a comentar nada mientras él estuviera presente. Una mejora, le contestó. Menos dolores de cabeza.

Las habladurías no iban muy desencaminadas, tampoco, sí se había peleado con otro soldado, solo que de su mismo batallón. Encontró a Hardy en el tercer pub en el que lo buscó, uno de los que frecuentaban cuando eran más jóvenes.

El resto estaba escrito en sus heridas.

Delante de él, Jared Silas se paseaba de un lado al otro de su despacho en un gesto nervioso y poco frecuente. Aden miraba el vaso de whisky que tenía en la mano sin decidirse a beber, pensando que era muy temprano, y que lo que necesitaba era un analgésico para el dolor del hombro, no alcohol.

—¿Cómo te has hecho eso? No quiero a mis soldados en peleas callejeras.

—Tenía una cuenta pendiente —contestó, con calma. Sabía que no era eso por lo que estaba allí, al lugarteniente Silas no le importaba lo que se dijera de él en el cuartel.

El oficial se paseó un rato más, bebió de su vaso, y finalmente eligió sentarse en su silla. El ceño fruncido.

—¿Qué piensas de la situación en Europa?

Era una pregunta difícil. Jared Silas era nacionalista y clasista, venido de generaciones de militares de grandes rangos dentro del ejército británico. Conservaba los trajes de sus antepasados, con todas las condecoraciones. Aden los había visto un par de veces, en sus vitrinas. Siempre se sentía impresionado y, al mismo tiempo, asqueado. Al final aquellos trajes hablaban

de darle más importancia al prestigio que a la familia en sí, y de eso, él sabía suficiente.

—Parece que los Balcanes siempre será el talón de Aquiles de Europa. El tratado de alianza con Rusia puede poner a Inglaterra en una situación muy precaria de cara al futuro. Sobre todo si el zar decide que le interesa construir sus palacios de verano en los Balcanes.

—Esa es una afirmación atrevida —el bigote de Jared tembló levemente cuando frunció la boca, considerando lo que decía el capitán. Él mismo era de opinión parecida, aunque estaba convencido de que, si resultaba que se libraba una tercera guerra balcánica, Inglaterra aplastaría la oposición. Incluso si participaba empujada por su alianza con Rusia—. Rusia es una gran aliada. Si se produjera un nuevo conflicto, sin ninguna duda sería fácil aplastar la rebelión.

Aden no replicó. No creía que fuera tan fácil como enviar a mil hombres a los territorios del este a enfrentarse a terroristas e insurgentes en apoyo a la decisión que tomase Rusia y a fin de mantener las fronteras de los nuevos países surgidos de anteriores conflictos, porque no era una cuestión de poder militar, era más bien poner atención a los intereses que cada presencia europea tenía en ese territorio en concreto. Y a la posibilidad de que, por el apoyo de Rusia e Inglaterra, se granjearan enemigos igual de poderosos.

Con la yema de los dedos acarició el cristal pulido del vaso. Tenía las manos sudorosas y ásperas, le costó arrastrar el dedo. Estaba frío.

¿Qué significaba que le escogieran?

Recordaba su infancia con Hardy, hombro con hombro. Lo mucho que corrían por las calles, el perro que se encontraron, al niño que también se encontraron junto al perro. Luego la adolescencia a través de la instrucción, lo mucho que peleó para que todos pudieran seguir juntos. Se pasaban los atardeceres viendo quién cargaba más rápido la recámara, acostumbrándose a las nuevas armas que desarrolló Inglaterra en los últimos cinco años. Las noches en un pub, con Bastian, quien más tarde trajo a Nevil, un niño desastrado al que le faltaban dos dientes y estaba sucio de los pies a la cabeza. Claro que había aceptado que se quedase, igual que le ofreció su piso a Bastian cuando éste se quedó sin ningún lugar al que ir.

Y entonces pensó en Darya. En Darya cuando la encontró desvanecida en el suelo bajo la sombra de la Fulham, y la cargó hasta el hospital. Fue cuando la desnudó por primera vez y le vio la galaxia de pecas que le adornaban el cuerpo. Todos los picos de los huesos por el hambre que la roía.

Si forzaba la memoria, puede ser que Nevil hubiera hablado de *la primera mujer trabajando en una fábrica de carbón*, luego quizá añadió un *es tan bonita*. Aden sabía que él había pensado algo parecido al verla tendida en su cama, de pie en su apartamento, a la salida del cuartel. El soldado nunca le había dicho que en el cuartel tenía dos raciones diarias porque no quería que la chica dejara de acudir a traerle la cena. Cenaría siete veces si era necesario. Tampoco le había enseñado Londres como le gustaría: la catedral de San Pablo, la abadía de Westminster, el Parlamento, la torre del reloj, el parque Hyde. Le hubiera gustado poder llevarla al Támesis cuando todavía estaba helado para que pudiera patinar. Le hubiera gustado no romperle el vestido

dorado, comprarle chocolate para ver su expresión. Le hubiera gustado conocer la respuesta a todas las preguntas que tenía en la cabeza sobre Darya Whelan. Le gustaría tenerla allí delante diciéndole, en voz pequeña, *Aden mírame*, y le hubiera gustado levantar la vista y mirarla.

—¿Has encontrado a mi ahijado?

Contrajo los labios a una fina línea.

Nunca estuvo en la posición de negarse a aquello. Lo sabía. Apretó el vaso entre los dedos.

Era una orden directa de su superior, incluso si era un asunto extraoficial. Le debía a aquel hombre muchísimo.

Le dolía el estómago.

¿Qué significaba que le escogieran?

Quizá:

—Su ahijado no se reúne con comunistas,

porque no era Raymond quien lo hacía, sino Garrett Silas. Aden conocía a Garrett prácticamente desde que era un crío que se sorbía los mocos. Elegir a alguien era aquello, ¿no? Protegerle. Desde el momento en el que se lo llevó aparte para preguntarle sobre la conversación con el lugarteniente Silas, incluso si Aden no cayó en la cuenta entonces, pronto se hizo evidente. Luego no tuvo más que seguirlo un par de veces por las noches, advirtiéndole que todos sus caminos acababan en las inmediaciones de la Fulham. No era solo una cuestión de honor en su carácter al no poder vender a un amigo, también se trataba de entender que Garrett no quisiera seguir los pasos de su padre, es más: los rechazara de la forma más absoluta. Si su forma de combatir valores tradicionalistas era juntarse con socialistas, Aden no podía opinar.

Tampoco iba a descubrirlo.

Jared suspiró con alivio. El joven le había quitado un peso de encima, para cargárselo él mismo: otro secreto más sobre sus hombros.

Cuando salió del despacho advirtió que Garrett estaba en un extremo del pasillo. Pretendía leer un informe, su nerviosismo le traicionaba. Cuando levantó la cara al escuchar la puerta abrirse sostuvo los ojos terribles de Aden dos segundos.

Fue suficiente.

Ambos sabían las implicaciones de aquella mirada.

Se refugió en su despacho, le encargó a Quentin que llevara la supervisión de los entrenamientos. El sargento se lo quedó mirando largos instantes, calibrando si el capitán de

verdad quería que lo dejaran solo o, por el contrario, necesitaba compañía. Estaba preocupado por él, no le había visto perder los papeles nunca. El Aden que tenía delante de sí parecía una persona diferente. Se preguntó qué estaba pasando en su vida que lo llevaba de cabeza, si bien nunca llegó a formularlo en voz alta y terminó por dejarle espacio.

Aden también se lo preguntaba. De repente lo único en lo que podía pensar era en volver al piso, en pasear con Darya, en. No lo sabía. ¿Esconderla de Londres? ¿Del mundo? O enfrentarse a ambos con ella. Quizás era esto último, quizás- dejó caer la cabeza entre las manos y aspiró con fuerza- estaba enloqueciendo. Su vida era así: se la debía a su padre, a Jared Silas. No podía huir de eso. El uniforme lo había escogido para sí mismo, pero fue pagado con un dinero que no le pertenecía. Lo único que de verdad le pertenecía a Aden era el apartamento en Elmhurst, y las personas que había dentro. Él las escogió.

Eso significaba elegir, se dijo. Construir un refugio con las personas que quería.

Se sentía culpable, sin embargo. Darya estaba ahí pidiéndole que eligiera vivir su vida y disfrutarla y él se escondía en el agujero que conocía. Como las ratas. Era una rata, Darya, lo sentía tanto. No estaba a la altura. Ni siquiera había podido protegerte, *y lo prometió*.

Era la segunda promesa que incumplía. Si la primera le dejó una cicatriz en la espalda, se preguntó qué pasaría esta vez.

Fue casi un acto reflejo: se escudó en lo que conocía, en cómo se había construido a sí mismo toda su vida. Le daba miedo volver al apartamento y enfrentar los ojos de Darya, la forma en la que ella podía leer todas sus luchas internas. La forma en la que pretendía *salvarlo* de ellas. No puedes, quería gruñir, nadie puede. Y para ratificárselo a sí mismo, que estaba donde merecía estar, cuando salió del cuartel sus pasos lo llevaron por un barrio que conocía tan bien como las líneas de la palma de su mano. Este es mi origen, quería señalar, es de aquí de donde salí y es de esto de lo que no puedo librarme. Como había dicho Darya: no podía quitarse las marcas de los huesos. A lo mejor todo él era una herida, y nada más que eso, por mucho que Darya dijera lo contrario.

El atardecer comenzaba a pincelar los edificios de Londres. Recorría las calles con las manos en los bolsillos del abrigo, contemplando la opulencia de todas aquellas casas. Ese era el verdadero conflicto que tenía: decía que el apartamento era suyo, y su hogar, y que las personas dentro su familia, y, sin embargo, debía su existencia a la figura que más repudiaba: su padre.

Su orgullo se desinfló conforme se acercaba al lugar de su niñez. Aden no pertenecía a aquel mundo, pero tampoco a ningún otro del todo. Sus ideas empezaron a cambiar el día que entró por primera vez en una fábrica y se encontró con un niño sucio y arisco que le dijo que se llamaba Hardy Bay y que estaba allí para poder dar de comer a sus hermanos.

Por mucho que intentara raspase de los huesos su origen, tenía que volver allí. Puede que al final Darya tuviera razón y, si se escogiera a sí mismo, nunca tendría que regresar. No le debería nada a nadie. No tendría que proveer por nadie, más que por sí mismo. Pero no era justo, ¿no? Eso significaba elegir, también: no podías descoger a nadie. No se lo permitiría, no podría vivir

consigo mismo. Incluso si quererlos le mataba.

A Darya no podía quererla. Ese era el otro conflicto: *no la merecía*.

Era así como había sido criado, como había aprendido de Hardy: querer equivale a sufrir. Al sacrificio, a la herida. Hardy y él se odiaban, pero se tenían. Darya, sin embargo, Darya estaba por encima de todo. Era intocable, irrompible. ¿Cómo podía querer a alguien que prometía que nunca le heriría de vuelta, si él nunca podría hacer la misma promesa? ¿No sufría Darya porque él la había dejado entrar en su vida? La había expuesto al egoísmo adolescente de Nevil, al dolor de Hardy. Al orgullo de Aden. A los lobos de su casa.

Fue en ese instante cuando bajó el rostro para cobijarse de una ráfaga helada que olió su propia camisa y supo quién se la había puesto además de él. Y fue eso mismo lo que lo llevó a superar la distancia que lo separaba del portón y llamar.

(Lo siento Darya, la verdad es que al final, Aden es tan egoísta como el resto. Te quiere para sí, aunque no pueda tenerte).

La sirvienta que lo recibió era demasiado joven como para haberle conocido en otro tiempo, pero la tensión con la que Aden se sostenía, los hombros firmes, los rasgos afilados, el cabello oscuro desordenado y los terribles ojos verdes eran herencia paterna. Se apartó inmediatamente para dejarlo pasar. Le pidió que aguardase hasta que ella diera aviso de su presencia. Aden ya se dirigía hacia la estancia principal sin escuchar. Los resquicios de luz que iban apagándose incidían sobre una mesa de caoba ricamente ornamentada, acompañada de plantas de exportación y manteles de puntillas confeccionadas a mano. La chimenea era la joya de la habitación: la repisa fue cincelada con precisión en el dibujo de un querubín encerrado en una ojiva, con una espada llameante entre las manos y una serpiente enroscándosele en los pies. Era majestuosa, de madera y alabastro. Se acercó para templarse al fuego, girando entre los dedos el cigarro que sacó del interior de su chaqueta. Contemplaba las llamas, con una mano en el bolsillo y la otra sin decidirse a encender el tabaco, el cuerpo tratando de templarse.

—El señor irá a su despacho en breve, pueden reunirse allí. Ha solicitado que se quede usted a cenar.

Aden la ignoró, pasó de largo y subió las escaleras al segundo piso antes de que ella pudiera guiarle. En el despacho se amontonaban los libros. Muchos de ellos los leyó en su adolescencia, de algunos incluso tenía copias en el armario en su apartamento, viejos y manoseados. Era la verdadera riqueza de la habitación, en contraste con el resto de la casa, la mesa era sobria y simple, carecía de cualquier ornamentación. Advirtió también un montón de papeles: registros y cuentas de la propiedad y capital de los Savage, además de la administración del partido, entre otras cosas. Advirtió también una pequeña Biblia.

—Está prohibido fumar en este despacho.

No se apagó el cigarro. Observó a su padre caminar con severidad hasta el otro lado del escritorio, frente a él. No era tan alto como Aden, sin embargo su porte lo hacía parecer parte de

la realeza.

—Solo mi hijo tendría el descaro de presentarse a esta hora de la noche a cuestionar mi autoridad dentro de mi propia casa—. Decidió tomar asiento, después de servirse alcohol en un vaso de pesado culo. Lo movía en círculos, con lentitud, evaluándolo. El escritorio se erguía entre ambos diferenciando la posición de uno y otro, Aden había pasado muchas tardes allí, aguantando interminables discursos y horas de estudio. Lo estaba evaluando con aquella mirada de ave rapaz—. ¿Tienes deudas financieras? ¿Te han expulsado del ejército?

—No me han expulsado del ejército —gruñó, sin poder contenerse. Su padre era especialista en conseguir que su orgullo sangrara. Se obligó a una pausa y a tomar aire de forma discreta, formulando lo que tenía que decir a continuación—: Estoy aquí porque he de pedir algo más grande que dinero.

La atención de su padre estaba en él, afilada como la hoja de una bayoneta. Aden sabía que había ido por su propio pie a las garras del león, y, desde esa perspectiva, le veía todos los dientes. Intentó no hacerse pequeño, levantando la barbilla y estirando la espalda todo lo que pudo.

—Accederé al precio que me pida a cambio.

—Está bien —accedió, rápido. Nada que su hijo pudiera pedirle sería equiparable al sacrificio que Michel Savage le exigiría en pago.

—Quiero su palabra.

—Tienes mi palabra.

Aden asintió y cambió el peso de una pierna a la otra, distrayéndose un instante en contemplar los libros para ganar tiempo.

—Quiero un puesto en las filas del partido para el doctor André Palmer.

—La militancia en un partido tiene su coste.

—La familia Savage cargará con el gasto. Tengo... una deuda con él.

Sabía que era una gran petición. También que no era el primer médico que estaba en política, y que, aunque no reconocieran su apellido, el doctor Palmer había tenido una educación a la que la mayoría de ciudadanos ingleses no podían aspirar. Podía exponerlo como un enfoque concienciado con el ejército, lo que significaría satisfacer a la mayoría de políticos del Partido Conservador. Al menos, así se lo había planteado Aden cuando le hizo la propuesta al médico. Si era una buena posición, podía considerar que todas sus deudas con él estaban saldadas. Incluso la primera por la que se conocían el uno al otro.

En los ojos de Michel brilló un destello peligroso.

—A cambio entrarás de nuevo en los círculos sociales que representan nuestros estatus. Dentro de dos noches vendrás a presentar tus respetos a Ivan Smirnov, mi futuro socio, y su hija Anastasia, al teatro Lyceum. Asegúrate de vestir para la ocasión, nada del uniforme militar.

Aden estiró las comisuras de la boca y le enseñó una sonrisa hiriente. Fue su manera de replicar que por supuesto, pero sería *a su manera*.

—Acepto.

—En Marzo y Abril vendrás a las reuniones del partido conmigo. Ya veremos en Mayo. No consentiré que continúes rehuyendo tus obligaciones como mi heredero.

—Acepto.

Michel asintió, y esa fue su manera de despedirle. Aden estuvo cerca de hacer sonar el tacón de sus botas por costumbre y, conteniéndose en el último momento, salió del despacho. Escaleras abajo pasó delante del gran salón de reuniones y advirtió sentada allí a una mujer de elegante pelo rubio. Ella levantó los ojos y abrió la boca para llamarle, no llegó a hacerlo. Aden ya cerraba tras de sí la puerta de la calle.

El frío del invierno lo abofeteó. Cerró los ojos para respirar con fuerza, la espalda contra la puerta, agradeciendo el segundo para reducir los latidos de su corazón. Le dolía el estómago.

Se preguntaba si había ido hasta allí para rebelarse contra Darya, o para darle la razón y desatar uno de los nudos que le ceñían la soga al cuello. ¿Qué hora era? Si corría, tal vez llegase a Harrods a tiempo.

—¿Puedo ayudarle?

La tienda no era especialmente grande, pero sí luminosa. El dependiente estaba a punto de cerrar cuando Aden irrumpió en ella.

—Quiero un vestido azul.

—¿Algún detalle más? ¿Podría indicarme las tallas de la dama en cuestión? Una aproximación.

Aden se lo planteó unos instantes.

—Las más pequeñas y sáqueme todos los vestidos azules que tenga.

El dependiente le trajo muchos demasiado recargados, que obedecían a modas de épocas pasadas, más que las actuales, a juzgar por los cortes. Descartó los que exhibían los tobillos, una mala elección para alguien que no sabía llevar zapatos. La mayoría de los que vio estaban tapados hasta el cuello con encajes y puntillas, se ceñían en sobremanera a la cintura. Mangas largas y estrechas de satén o tul, no le agradaban esos tejidos. Continuaron así durante veinte minutos hasta

que por fin el hombre le puso en las manos el vestido que sabía que tenía que ser. Era de corte imperio ajustado justo debajo del pecho, un brocado simple de diminutas perlas blancas recogía la seda del vestido a la cintura. Las mangas eran de gasa añil bordada, se sostenían en el borde de los hombros y se unían en el brocado bajo el pecho. Le gustaba eso, especialmente, porque podría mirar las clavículas de Darya. La misma gasa bordada con pequeños detalles plateados caía a ambos lados de la cintura, abriendo el vestido justo en su mitad y añadiéndole un ligero vuelo a la pesada caída de la falda. En su conjunto, Darya parecería una noche estrellada.

No le hizo falta mirar la etiqueta del vestido para saber que no podría pagarlo, así que fingió no tener interés en ninguno de ellos.

—No todos los vestidos que poseo están aquí. Si espera unos instantes, iré al almacén, creo tener el adecuado para usted. ¿Por qué no mira los abalorios mientras tanto? Igual uno de los collares le interesa para acompañar el vestido—. Lo condujo hasta una pequeña sección de joyería y lo dejó allí, mientras iba en busca de la prenda prometida. En cuanto desapareció, Aden se apresuró a meter el vestido en una de las bolsas de tela y a salir todo lo rápido que pudo sin correr de los almacenes. La hora era tan tardía que prácticamente estaban vacíos. Ya estaba saliendo a la calle cuando escuchó gritos del interior. Apuró el paso, torció la esquina y echó a correr.

No robaba desde... desde su adolescencia, con Hardy. La adrenalina le hizo sudar y le aceleró el pulso, lo llevó hasta la calle Elmhurst casi sin ser consciente de las millas de distancia. No se sintió culpable. Nadie que tuviera una tienda en los almacenes Harrods se empobrecería por la pérdida de un vestido. Lo único que lamentaba era no haberse podido llevar también un abrigo.

Caminaba a su habitación quitándose el uniforme cuando frunció el ceño pronunciadamente y volvió sobre sus pasos. El agujero del techo estaba mucho mejor arreglado de lo que hizo él en su momento. Abrió la habitación de Bastian y Nevil para encontrarla limpia, ventilada, ropa recién lavada doblada sobre las camas cubiertas con gruesas mantas de invierno que no recordaba que hubieran estado allí antes. Estaban cosidas a trozos. Averiguó que la habitación de Hardy era lo mismo.

Darya volvía con tres nabos, pan ácido negro, harina, siete patatas, y carne ahumada, para tres personas en dos días. Sabía cómo conseguir otras cosas, como leche y mantequilla, gracias a llevar los bolsillos llenos de cajetillas de tabaco. De todas las cosas que podría esperar encontrarse ninguna fue a Aden sentado en la única silla, los brazos cruzados y los ojos fríos.

Ninguno de los dos habló. Se miraron el uno al otro por un período de tiempo indefinido, hasta que el oficial fue el primero en romper el silencio:

—Sé lo que has estado haciendo.

El primer impulso de la joven fue defenderse, ante el tono acusatorio. En realidad si tenía tela para hacer más ropa de invierno para las camas era gracias a la familia Alby, igual que lo era el techo. Darya había descubierto por casualidad que la más pequeña de los Alby tenía alguna clase de problema, que le impedía hablar o comunicarse. Hacía cosas extrañas que la familia no

comprendía y, sin embargo, con Darya estaba tranquila. Le encantaba pasar tiempo con ella si podía después del turno de la Fulham, y los domingos, se aportaban paz la una a la otra. A partir de entonces se descubrió conociendo al resto de miembros de la familia y aceptando que no eran mala gente. Solo muy desconfiados. ¿No eran así todos los londinenses?

—Lo necesario —afirmó al final, con rotundidad.

—Estás costeando todo esto a tus expensas, de dónde has sacado el dinero para las mantas.

—Son trozos de tela vieja.

—No me mientas, Darya Whelan.

Darya levantó la cara un poco más.

—Mi abuela me dio las porcelanas de mi madre. Las empeñé, y con ellas compré tabaco. Cambio el tabaco por cosas en la fábrica.

Dejó la bolsa de papel con la comida en la mesa con decisión.

—¿Has empeñado las porcelanas de tu familia?

—No importa, Aden.

Se volvió para hacer frente al militar, que estaba muy cerca. Ambos se sostuvieron la mirada, de hito en hito, hasta que finalmente Aden se desinfló.

—Está bien. Arreglaremos eso después. Tengo que pedirte una cosa —la llevó a la habitación. Había encendido la estufa, la casa tenía una tibieza agradable, le permitió a Darya descalzarse. El desliz de las plantas de sus pies era un sonido conciliador y pacífico. El capitán ojeó aquellos pies que siempre estaban limpios, de alguna forma, y consideró que si no había perdido un dedo todavía, no lo haría. Le indicó con un gesto la bolsa de tela sobre el colchón y ella se acercó con cautela, casi pidiéndole permiso. Como le disgustó aquello consigo mismo fue él quien sacó el vestido azul y se lo enseñó.

—... No lo entiendo —consiguió susurrar ella, sin atreverse a extender las manos y tocarlo—. No entiendo de dónde... sacáis vestidos.

—¿Quién piensas que enseñó a Hardy a robar? Necesitaré que me acompañes, dentro de dos noches.

Me acompañarás porque no puedo hacerlo solo, Darya Whelan.

Darya levantó los ojos negros, lo miró y entendió. Se iría con él a cualquier parte, incluso al fin del mundo.

Tal vez eso significaba escogerse.

C6.

La gasa se arremolinó entre sus piernas y emitió un suave murmullo. Eso hizo que Aden levantara la vista, y le clavara una mirada famélica. Pareció bebérsela entera: todas y cada una de las pecas del rostro, de los hombros, del inicio de los senos que el escote del vestido exhibía. Darya llevaba un recogido en la cabeza, cuando sus ojos se detuvieron ahí, sabía qué necesitaba: se soltó todas las horquillas y lo dejó caer libre por la espalda. Era ella misma, el universo, con todas aquellas pecas como estrellas, el vestido azul como el cielo y el pelo negro como todos los secretos que aún no habían descubierto.

Se permitió acercarse unos pasos para a recolocarle las solapas del traje que llevaba, dejar las manos en sus hombros un instante y descansar la frente justo sobre el esternón del capitán, un solo segundo.

Fue su manera de decirle que, fueran a donde fuesen, ella sería su trinchera en la batalla. Es así como él lo entendió, era el único lenguaje que conocía.

Estaban listos. Se encaminaron por la noche cerrada de Londres. Las nubes se perseguían las unas a las otras, acompañadas por un suave llanto. Aden cobijaba a ambos bajo el paraguas negro. Darya se apretaba contra él, refugiándose en su olor, en la temperatura de su cuerpo. Sabía que era indecente llevar el pelo suelto, que ella misma era indecente al lugar al que iban a acudir, a juzgar por cómo se había vestido el soldado, pero él se lo había pedido y ella lo haría. Siempre.

El camino los llevó a la calle Wellington, en la que se alzaba un edificio de corte clásico como Darya nunca vio antes: un pórtico se sostenía sobre columnas majestuosas, con el nombre del teatro grabado en la cornisa. Había carteles colgados en toda la fachada de dibujos bonitos que anunciaban la obra que el Lyceum exponía. Se sintió conmovida y emocionada por tener el privilegio de poder entrar allí. También ojeó con curiosidad la multitud congregada fuera a pesar de la lluvia, con más motivo aún cuando a su lado, Aden ralentizó el ritmo.

Terminó por detenerse al inicio de la calle, como si no pudiera avanzar un paso más. Pasaron así varios minutos, sin que Aden pudiera seguir y sin que ella tuviera prisa por continuar. Pareció que necesitaba mirarla, anclarse en ella, porque Darya ladeó el rostro para ofrecérselo. Era así de valiente, siempre, con ese vestido azul, con la chaqueta vieja, con el pelo suelto y salvaje, con los ojos brillantes, manteniéndose irrompible por los dos. La pequeña Darya que no sabía nada y que no tenía miedo de Londres, de Hardy, de la diferencia de clases, ni del hambre, ni del sufrimiento. Darya que nunca tenía miedo de Aden.

Darya que abrió los labios y le ofreció una sonrisa deslumbrante, coloreándosele las mejillas un poco.

Y así, el uno colgado del otro, cerca y lejos, avanzaron hasta la entrada del teatro.

La muchedumbre en principio no les prestó atención, pero pronto las miradas se centraron en ambos. Una de ellas fue acompañada de una figura alta y desgarbada que se acercó a saludarlos, Darya reconoció en él el dolor de la guerra:

—Capitán Savage —el hombre sonrió, un acordeón de arrugas se formó en torno a sus ojos. Pese a la agresividad de su postura al andar, había algo amable en aquella mirada.

—Wilson. Qué bien verle de nuevo.

—No sabe la suerte que tengo de verlo. Me había traído el libro que me pidió, la autora está aquí. Me gustaría poder discutir algunas cosas con ella, tenga —le tendió un pequeño libro de color verde oscuro—. Su padre está dentro, conversando con dos presencias del partido.

Al entrar en el teatro, Darya y su chaqueta vieja, Darya y su pelo suelto, Darya y sus pechas, Darya y el intensísimo añil de su vestido fueron inmediatamente el centro de atención. Ella no mostró ninguna emoción. Solo devolvió cuantas miradas pudo con intensidad, sin pestañear, que debía hacerse siempre así cuando a uno lo miraban. Inmediatamente después de reparar en ella, el centro de atención iba a Aden, la viva imagen de su padre. Éste se inclinó hacia ella, manteniendo el aire solemne y frío.

—El hombre que ves allí tan condecorado es el, ya retirado, general Charles Warren. ¿Conoces los asesinatos de Jack el Destripador? Él era la mayor autoridad en la policía en ese tiempo. Ése de ahí es Henry James, un escritor estadounidense. No he podido leer ninguna de sus obras, pero el hombre que has conocido antes, Wilson, es un gran admirador —susurró. Darya siguió la dirección de su mirada todas las veces, identificando a aquellas personas—. Está hablando con Andrew Bonar Law, forma parte del partido junto a mi padre, aunque son de ideas muy diferentes. Mi padre se ha convertido en un conservador rancio.

—¿Se ha convertido? —Aventuró a preguntar, tímidamente. Era la primera vez que Aden hablaba de su familia.

—Su único objetivo es la fortuna. Se casó con mi madre solo por sus títulos, después buscó a la gente indicada para invertir capital en la industria de Londres y así llegó hasta el partido. ¿Ves ese hombre con la gran barba? Es-

—Imagino que usted es Aden Savage —les interrumpió una voz aflautada. La mujer era un revuelo de rizos rubios y el vuelo de un vestido rosa palo. Durante lo que pareció un largo minuto solo se quedó allí, contemplándolo, para incomodidad del capitán, hasta que, intencionadamente, la desconocida se giró para reparar en Darya—. Disculpa mis modales, soy Anastasia Smirnova, no te había visto nunca. ¿Eres londinense?

Aden se tensó a su lado cuando la mujer le faltó el respeto a Darya tan descaradamente. A la aludida no pareció importarle, le apretó un poco el brazo, para decirle que estaba ahí y que no pasaba nada.

—Soy irlandesa.

—¿Irlandesa? —Anastasia levantó las cejas—. Conozco a todas las familias influyentes en Irlanda y no he escuchado hablar de la hija de nadie con un color de piel tan poco frecuente. ¡Y qué caballo tan largo y tan rizado! ¿Es tu pelo de verdad?

Antes de que Aden se envarase y la cortara por su descaro, una tercera voz medió en la conversación, tan fría y autoritaria que Darya sintió un nudo en las tripas:

—Aden, no seas irrespetuoso.

Fue casi como pulsar un botón. El joven se encogió un instante y luego se tensó en toda su altura conforme levantaba el mentón y sostenía el acero de los ojos de su padre. Darya volvió a apretarle el brazo, acercándose más aún con decisión.

—Oh, Michel —se quejó dramáticamente Anastasia—. Déjelo, es un hombre tímido. Estaba presentándome a su... acompañante—. Michel Savage miró directamente a Darya a la cara y ella le sostuvo la mirada con la misma firmeza. Tenía un increíble parecido con Aden: los mismos iris, la misma mandíbula, la misma textura del cabello, el mismo hoyuelo en la barbilla. Los hombros firmes para sostener el peso del mundo. La espalda erguida. La cabeza erguida.

—Darya Whelan —se presentó ella, suave, con una pequeña inclinación de la cabeza. Le hubiera gustado añadir que no se sentía intimidada por aquel hombre, pero la ausencia de expresión en su cara ya lo dijo por ella. Le pareció que Michel Savage estaba labrado con la punta roma de una tosca navaja, tal era el primitivismo salvaje de sus rasgos. Que también resultaran elegantes le confería un aspecto peligroso, aristocrático. Era un hombre insultantemente atractivo.

—Es propio de pueblerinas presentarse con el cabello expuesto.

Aden le clavó las uñas en el brazo. Despegó los labios para hablar, ella vaticinó la catástrofe y se adelantó hábilmente:

—Le agradezco el cumplido.

Michel Savage torció la boca y apretó los dientes. Exactamente igual a su hijo en ese instante. Anastasia se había retirado de la pelea para observar con ojos cautos.

—No ha sido un cumplido.

—Me ha llamado pueblerina, y es como me siento entre figuras tan distinguidas. Nunca hubiera sido tan descarada de considerarme a su mismo nivel, señor Savage—. Incluyó a continuación la cabeza, dando por finalizada la conversación. Los ojos de Michel Savage ardieron prometiendo el infierno. Nadie lo ridiculizaba. La espalda de Aden pareció temblar.

Fue Darya quien lo arrastró hacia el final del vestíbulo sin saber a dónde iba, y sin despedirse

de Anastasia. No le gustó la mujer. Ni el rosa pegajoso de sus labios ni aquellos ojos que no podía leer.

—¿Quién es la mujer? —Preguntó en un susurro, cuando hubo distancia entre ellos y el resto del mundo, incitando a soldado a reaccionar. El joven se tomó varios momentos más todavía, congelado, hasta que finalmente contestó:

—Su padre y el mío están manejando finanzas juntos. Te llevaré a los palcos, necesito fumar.

Intentó esconder sin éxito esa expresión que dolía. Darya le aferró la manga, no quería que se fuera. No podía ayudarlo si se iba. Pero Aden solo la miró en silencio. Y ella le dejó ir.

—¿Puedo servirle un refrigerio?

La joven se sobresaltó, no había advertido que en el palco había un camarero. Le ofreció una copa de sidra y un aperitivo de salmón, queso y pepino que cuando se lo metió en la boca no pudo evitar cerrar los ojos. Estaban *tan* deliciosos. Casi se comió la bandeja entera, acompañado de suaves tragos de bebida.

—¿Quieres más?

La voz sonó distinta a la del camarero. Se volvió de nuevo, sobresaltada, con la prueba del delito en los dedos a punto de metérselo en la boca. No supo dónde esconderlo y más importante, no supo dónde esconderse ella. Garrett se echó a reír con ganas.

—Pienso que un vino le iría mejor al salmón —le tendió entonces una copa. Darya la aceptó, pestañeando con confusión. ¿Qué hacía Garrett allí? Tenía sentido, claro, porque su padre era una importante figura militar en Londres y además tenía lazos con los Savage. El chico se sentó a su lado sin esperar invitación, brindó con ella y ambos bebieron—. No esperaba verte aquí, eres una apuesta muy arriesgada.

Aden me necesitaba, quiso decirle, aunque sentía los pensamientos demasiado ligeros como para que tuvieran sentido. Ella era su forma de desafiar a su padre, aunque se viera obligado a tener que someterse. Lo sabía. Lo aceptaba. Garrett se inclinó, con aquella bonita sonrisa, para atraparle un rizo y colocárselo detrás de la oreja.

Darya se apartó de improviso y el joven soldado quedó desconcertado.

—Lo siento, no me gusta que me toquen.

—Está bien, me parece aceptable. Deja que te ofrezca otra copa, aún me siento culpable por haber sido tan maleducado contigo en nuestro primer encuentro—. Darya temió mancharse el vestido cuando volvió a beber, porque una gota se le deslizó por la comisura. Los ojos claros de Garrett siguieron su recorrido hasta que ella se la limpió—. Creo que eres una mujer extraordinaria, Darya Whelan. Me gusta pasar tiempo contigo.

—Pero no sabes nada de mí —protestó ella, era injusto que Garrett le hiciera un cumplido tan grande. El chico se rio.

—Está bien, empecemos por el principio. ¿Has viajado?

—Solo del pueblo en el que vivía a Londres, no tengo mucho de ninguna parte.

—Eso es así para los viajeros, ¿no? No tienen una casa.

Darya frunció el ceño y se escondió detrás de la copa, apurándola. Le gustaba Garrett, de verdad, se sentía cómoda con él. Le gustaba averiguar facetas nuevas de Aden. Sin embargo, nunca le había contado a nadie nada de sí misma- no del todo cierto, porque el capitán ya sabía demasiado- y allí estaba, revelando una de las cosas más importantes que se guardaba dentro. ¿No había bebido demasiado?

—¿Cuánto tiempo os conocéis Aden y tú? O, más bien, ¿cuánto tiempo lleváis juntos?

Otro trago. Tenía la mente entumecida y le costaba entender en ese instante qué quería Garrett de ella, si es que la había seguido al palco o la había encontrado ahí por casualidad. Invasión del espacio personal de Darya, incomodándola.

—¿No estamos juntos? —Consiguió decir, aunque eso ni la propia Darya lo sabía. Vivía en la casa de él, compartía la cama de él, la ropa de él, la había visto desnuda, la había tocado desnuda, ¿podía considerarse que estuvieran juntos? Desde luego, tenían una vida juntos. ¿Qué era lo que entendía Garrett exactamente por juntos? —. Depende de lo que quieras decir.

El otro exhibió una sonrisa deslumbrante.

—Sin ninguna duda, extraordinaria —brindó con ella—. Por estas convenciones sociales tan aburridas. Por los nuevos amigos.

—Por los nuevos amigos —asintió y bebió, complacida de que alguien la considerara una amiga. Era la primera vez.

—Aden está siendo un ciego o un tonto. Van a robarte, Darya Whelan —le guiñó un ojo. Aquello la desconcertó. No podían robarla porque ella no era de nadie. ¿No estaba Garrett aún más cerca? Podía sentir su suave aliento dulce por el vino contra una de las mejillas. De improviso se incorporó y se mareó, teniendo que aferrarse al respaldo de la butaca, aún más confusa. Se había quitado los zapatos en cuanto tomó asiento y se levantó el vestido un poco para mirarse los pies, responsabilizándolos de aquella pérdida de equilibrio.

—Creo que necesito un poco de aire frío.

Garrett se había incorporado también, y su cuerpo bloqueaba la salida del palco. Darya lo miró largo, largo rato. No sabía dónde estaba Aden, quería ir a buscarlo. Salir de allí. Entendía de repente que Garrett había encauzado la conversación para llevarlos a ese mismo momento, sus

intenciones estaban claras.

¿Le importaba?

Continuó mirándolo. ¿Le importaba que un joven como Garrett hiciera con ella lo que hacían otros hombres con otras mujeres? Era atractivo, estrecho de cintura, de ojos sinceros, de sonrisa bonita. A lo mejor estaba bien, ¿no? Porque la verdad es que Aden no parecía tener interés en ella *de esa forma*. Tenían una vida juntos, pero no estaban juntos. ¿Verdad? Fue su silencio lo que empujó a Garrett a salvar la distancia que los separaba, dejarle las manos en la cintura y descender el rostro para besarle la nariz pecosa, después la boca. Se estremeció. Garrett lo interpretó erróneamente, como mueca de placer y no de desagrado, y la estrechó contra sí. Descendió las manos para acariciarle las redondeadas nalgas antes de volverlas a ascender, para bajar una de las mangas de su vestido.

Darya volvió a estremecerse y quiso apartarse. La estaba *tocando*. No podían tocarla, era así de simple. Le apartó el rostro con un jadeo.

—Garrett.

Fue todo lo que dijo. No necesitó nada más. El joven le recolocó la manga del vestido, solícito, y se apartó varios pasos.

—Lo siento.

Y, como sus ojos, fue sincero. Ella aceptó la disculpa y decidió que de verdad tenía que salir de allí, que todo daba vueltas. Cogió sus zapatos sin acertar a ponérselos y corrió la tupida cortina del palco. Tuvo que pestañear por la iluminación del pasillo y mirar en derredor, buscando por dónde había venido. Del palco contiguo le llegaron unos sonidos que al principio no asoció con nada, y que posteriormente reconoció como el sonido de la voz de Aden. No estaba solo, Darya se detuvo donde estaba. No alcanzaba a escuchar de qué hablaban, pero sabía que la voz de la mujer era la de Anastasia Smirnova. Se sintió pequeña. Muy pequeña. Y decidió sentarse cerca del palco, en parte porque quería estar sola, y en parte porque esperaba que quien saliera del palco no fuera Aden.

Sí fue Aden, airado, con el pelo revuelto y la ropa desajustada. Se estaba intentando colocar el pañuelo al cuello y, el momento en el que puso un pie en el exterior, *la sintió*. Sus ojos eran feroces.

Detrás de Aden emergió una indignada Anastasia Smirnova, que llevaba el cabello en el mismo estado que el capitán.

—¿Por qué te detienes?

—Vete.

Vete, su voz no admitía réplica alguna. Anastasia se ofendió.

—No tengas la cara de hablarme así.

Aden se volvió lo justo para que viera la rabia en su gesto.

—Largo.

Y con el orgullo herido, Anastasia levantó la cabeza todo lo que el cuello le permitió y descendió las escaleras con la magnificencia de una reina. Aden renunció a arreglarse el atuendo y, con pasos muy lentos, se acuclilló frente a ella, mirándola con atención.

—¿Has bebido sola?

Llevó una mano a tocarle la barbilla para levantársela y poderla mirar mejor a la cara. Estaba asegurándose de que estaba bien, comprendió Darya, porque no debía ser normal encontrarse a una chica tirada en el suelo sin zapatos, con la cara tan roja y tan triste. Quiso contestar que sí. Que había bebido con Garrett, que el chico estaba ahí también, contemplando la escena. Quería preguntarle por qué estaba solo con Anastasia Smirnova en un palco. ¿Estaba él bien?

Tensó la boca y le tembló un poco el labio. Bajó la cara para que los dedos de Aden estuvieran en contacto con más de su piel y cerró los ojos un instante.

—Yo he estado con ella —informó Garrett, decidiéndose a salir de su escondite. El capitán pareció sorprendido un instante, luego frunció el ceño con profundidad—. Era una pena que estuviera tan sola.

—No es asunto tuyo —casi gruñó, incorporándola consigo. Darya se cobijó a su lado y se permitió que Aden la sostuviera. Quería su consuelo, su refugio. Su olor, su cercanía, su familiaridad. Quería... que estuviera con ella—. Vamos a irnos a casa.

Garrett avanzó unos pasos y se interpuso en la salida de nuevo. Aden estaba... Darya no lo sabía. ¿Fuera de sí? Parecía muy alterado. Lo suficiente como para dejarse amilanar por el soldado de menor rango, que aprovechó la coyuntura para inclinarse y dejar un beso en la nariz de Darya.

—Nos veremos pronto, chica de ninguna parte —le dedicó esa sonrisa tan deslumbrante y tan bonita y el gesto de quitarse el sombrero. Consiguió lo que pretendía: dejar al capitán sin autoridad ninguna. Aden reanudó el paso, arrastrándola, la mirada al frente, no le permitió más que volverse y levantar una mano para despedirse. Le tomaba la palabra, porque la había tocado tres veces sin su permiso y tenía que decírselo esa próxima vez.

El golpe de aire helado llenó los pulmones de Darya. Se permitió cerrar los ojos cuando él dejó de arrastrarla. Sintió que le quitaba los zapatos de la mano y clavaba una rodilla en el pavimento embarrado para colocarle los calcetines y las botas. Tenía los pies congelados, aunque no le importaba.

La joven lo contempló desde arriba, con los ojos entrecerrados. Las luces del teatro a su espalda incidían parcialmente en la cara de Aden, le derritieron los ojos verdes cuando los levantó para mirarla con una disculpa muda. Darya no estaba segura de querer escuchar una disculpa. No le importaba haberse quedado sola, le importaba que él se hubiera quedado solo.

El capitán se incorporó, con lentitud, irguiéndose sobre ella. La tocaba, de alguna forma, con la intensidad de aquella mirada. Después, en un gesto muy lento, le deslizó un dedo a lo largo de la nariz, borrándole el beso de Garrett.

—Llévame al Támesis.

—¿Ahora?

—Quiero ir al Támesis, Aden.

Está bien. Está bien, el capitán la llevó a la orilla del Támesis. Había algo allí, en esa negrura absoluta que parecía una brecha en la tierra, en los destellos tenues de Londres en la distancia, en el viento a lo largo del canal, en la atmósfera vibrante. A la derecha, en la distancia, como un fantasma recortado contra el cielo podía verse el Big Ben. Los dos contemplaban al mismo punto, en un silencio respetuoso, respirando el aire húmedo y frío de la ciudad, sabiendo que Londres les pertenecía.

Le preguntó en silencio si estaba bien. Si la necesitaba.

Y la forma en la que Aden desvió la vista del Big Ben para mirarla contestó que sí. A ambas.

—Léeme un poema —le pidió. Quiero que me leas aquí un poema todos los días de mi vida, Aden.

Eso no lo dijo.

El soldado continuó mirándola con la misma intensidad, devorándola, estrellándose en ella, porque aunque Darya no lo hubiera dicho en voz alta, él acababa de prometerlo. Todos los días de la vida que le quedasen te leería un poema, Darya Whelan. Incluso si tenía que ir al frente y ya sus manos no recordaran otra cosa que amartillar su arma, incluso entonces se pararía Dios sabe dónde y de los borrones de su memoria te leería poesía.

Y quizás tú, al otro lado, lo oirías:

THE WAVES

We may sink and settle

on the waves.

The sea will drum

in my ears.

The white petals

will be darkened

with sea water.

They will float

for a moment

and then sink.

Rolling over

the waves will

shoulder me under.

Everything falls in a

tremendous shower,

dissolving me.²

C7.

—No voy a abandonar el apartamento en Elmhurst.

La afirmación fue precedida de un denso silencio. La forma en la que se curvaba hacia delante revelaba el peso que cargaba sobre los hombros: los años renegando de su condición y origen, el coste de la independencia que tanto luchaba por mantener. El orgullo, la terquedad y los silencios con los que se escudaba como única defensa frente a su padre. La inclinación de su espalda era evidencia del cansancio, pero le daban una actitud amenazante.

—No voy a abandonar el apartamento —repitió, con algo más de fuerza y los ojos enrabiaados.

—No ibas a abandonarlo —concedió su padre, la voz fría y aplastante como el granito —hasta que te atreviste a evidenciarme.

Era cierto. No había pretendido evidenciarlo, solo marcar un límite. No aceptaría las cosas tal cual las imponía su padre, hacerlo lo despojaría de toda su identidad. La que él se había construido. No podía tolerarlo. ¿Quién era Aden, si volvía a someterse? Más importante aún: se había llevado a Darya consigo porque la necesitaba. Necesitaba tenerla cerca, necesitaba mirarla y anclarse a ella, pensar que había una esperanza en todas las cosas. Darya era mil estrellas en un cielo oscuro y así es como Aden daría pasos siempre con la cabeza levantada. No había contado con que Garrett estaría ahí, ni que Anastasia lo acorralaría hasta perder los papeles. Él, Aden, que ponía tanta cautela en guardarse de todo y de todos desmoronándose a trozos día tras día. Al principio culpó a Darya de ello, ahora ya no lo sabía. Tal vez los años construyéndose a sí mismo no eran suficientes para evitar que su padre lo barrera de un ademán del brazo. De unas palabras, las que salían en ese instante de su boca:

—Serás enviado como delegado del partido a los Balcanes. Operarás allí como diplomático, al tanto del nuevo auge de las tensiones e informándonos. En el momento en el que determinemos que puedes regresar, te pondrás al frente de las fábricas y la administración de la hacienda, cumpliendo con tus obligaciones como heredero. Anoche cerré el trato con Smirnov, nuestras familias quedarán enlazadas por tu unión y la de su hija, Anastasia. De lo contrario, el apartamento prenderá fuego una noche y el gobierno tendrá que enterrar cadáveres en una fosa común, ¿he sido claro?

Aden no respiraba.

—Sí.

—Repítelo, Aden, no he creído oírlo bien.

—Sí.

—Bien. Ya puedes darle al médico la bienvenida al partido. No vuelvas a desafiarme, no te conviene tentar mi compasión de ti.

Y como si aquellas palabras no fueran un balazo comiéndole un agujero en su corazón, su padre desvió la vista y se ocupó en los papeles que tenía en el escritorio. Aden no supo cómo sus piernas lo sostuvieron el tiempo suficiente para salir de la casa y poner una calle, y otra, y otra de distancia entre él y la casa de sus progenitores.

Consiguió sacarse un cigarro con dedos temblorosos del bolsillo del abrigo y lo encendió al tercer intento, consumiendo hasta casi la mitad de una larga calada. Se forzó a respirar en ese momento en el que exhaló todo el humo, viendo cómo se disolvía en el aire. Ya estaba, eran así las cosas. No podía hacer nada. No podía dejarlo todo y huir.

Quería dejarlo todo y huir.

Cerró los ojos.

No huyó. Se encaminó hacia el lugar que él mismo había conseguido y el que había cedido para que fuera cobijo de otros, pensando que podría encontrar ahí la única persona que le daría un sentido a tener que sacrificarse. Se iba al otro extremo de Europa por ella. Si ella podía vivir, Aden no volvería. El dolor de su estómago era tan intenso que le blanqueó la vista unos instantes cuando por fin consiguió llegar y sentarse. Se quedó así: la espalda totalmente inclinada hacia delante y los pulgares sobre los párpados, intentando borrar la expresión de su padre anunciando su futuro. Si la muerte tenía un rostro, era el de Michel Savage.

Escuchó las voces por la calle cuando Londres estaba quieta y guarecida, la risa de Garrett y la suavidad de las palabras de Darya. La escuchó decir *muchas gracias por todo*, y se tropezó con Aden escaleras arriba. Pareció que era lo último que la chica esperaba ver: boqueó varias veces y abrió los ojos mucho, sin decidirse a decir nada. Debió ser lo que fuera que había visto en la mirada de Aden.

—¿Estás bien? —Fue lo que sonó en el silencio, cuando fue evidente que el soldado no se apartaría para dejarle pasar. A Darya no le importaba quedarse allí de pie el resto de la noche, si era con él.

—Solo necesito un poco de aire.

Oh, entendió Darya. No estaban allí parados porque él no le permitiera volver al apartamento, sino porque ella tenía que dejarlo ir. Se hizo a un lado con una mala opresión en el pecho, la respiración entrecortada de no entender de dónde venía la tensión en la espalda del capitán. Lo siguió escaleras abajo, quieta y pequeña, tratando de hacer el menor ruido posible, de ocupar el menor espacio posible. La forma en la que Aden se sostuvo de pie junto a ella era para que Darya supiera que estando a su lado, no habría nadie en Inglaterra que no pudiera verla. Era esa confianza con la que se mantenía erguido. Con la que caminaba. Con la que hablaba. Era esa seguridad de que todo podía arreglarse porque Aden se encargaría de ello. No tenía ninguna duda

al respecto de por qué Hardy y Nevil seguían allí, en aquella casa que siempre estaba vacía aunque estuvieran todos.

Había matices en su postura, no obstante, Darya estaba aprendiendo a leerlos todos. Este hombro que estaba un poco más bajo que el otro lo inclinaban un poco más hacia ella, como si buscara su contacto y, reuniendo valor, Darya levantó los brazos y le rodeó la cintura, apretándose contra su costado. Pudo sentir el momento exacto en el que el aliento de Aden se interrumpía y creyó que tal vez, era porque estaba apretando demasiado. Dejó los brazos inertes, sin ejercer presión, todavía ahí, rodeándolo. Protegiéndolo. No sabía de qué ni de quién y no le importaba, Darya lo protegería de toda Inglaterra.

Estaban en el pequeño patio exterior del edificio, el suelo embarrado camuflado por la nieve, el frío era tan agudo que mordía. Una ráfaga de viento entre los dos portones abiertos revolvió los rizos que habían escapado del recogido de Darya y los abrigos de ambos, levantando una leve polvareda húmeda de la capa superior más tierna de la nieve, de haber nevado durante la noche. A contraluz podía ver los copos que zigzagueaban con furia cuando los zarandeaba el viento, podía sentirlos empapándole la piel como pequeñas gotas de agua. Levantó la cabeza un poco y encontró los ojos de Aden clavados en ella. Por la luz o por el momento el verde estaba tan vivo y a al mismo tiempo tan derretido que Darya se estremeció. El capitán levantó una mano con lentitud para coger uno de esos rizos que bailaba delante de su cara y una vez lo atrapó lo fijó detrás de su oreja. El roce de las yemas cálidas de sus dedos la llevó a entrecerrar los ojos. No lo abrazaba ya, pero continuaba con ambas manos apoyadas en él, sin, realmente, querer dejarle ir del todo. Se iba con él, decían aquellas manos, a donde fuera.

—Suéltate el pelo.

Obedeció, solícita, y el cabello oscuro cayó sobre ella como un manto. Sabía el aspecto que tenía: el de una chiquilla sucia y rebelde que acababa de salir de debajo de un arbusto en mitad del bosque. Lo que no sabía es que eso se ganaría que Aden tirara la comisura izquierda un poco hacia abajo y la derecha un poco hacia arriba y se le abriera un pequeño hoyuelo en la mejilla.

—¿Tienes buena puntería, Darya Whelan?

No supo por qué lo preguntaba hasta que él se agachó rápidamente y le arrojó un pequeño puñado de nieve. Darya se apartó automáticamente, pestañeando con rapidez y sin atreverse a protestar el frío porque Aden todavía sonreía, y ella no podía dejar de mirarlo. Había algo forzado en cómo había propiciado la situación pero estaba bien. Si era lo que necesitaba ella podía cumplir. Hizo una pequeña bola de nieve irregular y se la tiró de vuelta, acertándole en un hombro. El siguiente proyectil aterrizó en su pecho, y el tercero, en su vientre. El capitán levantó mucho las cejas, averiguando que, en efecto, Darya Whelan tenía muy buena puntería. Ella se echó a reír cuando el siguiente proyectil fue a su cara directo, y tuvo que escupir nieve.

—¿Te quedas hoy?

—Sí.

—¿Me dejarás dejarte la cama?

La miró, levemente divertido.

—No.

Darya asintió. Se esperaba la respuesta.

—Entonces yo tampoco duermo.

—Eso es imposible, se te cierran los ojos.

—Puedo dormir si no quiero —contravino, molesta. Aden le tironeó de un rizo en lo que emprendían el regreso al apartamento, para que no se lo tomara en serio. Una vez en la habitación del militar, Darya se mostró más tímida con él de lo que él la había visto nunca.

—Uso tus camisas para dormir —expuso, cuando fue evidente que iba a desvestirse para meterse entre las mantas. El soldado quiso darse la vuelta, por respeto, pero fue incapaz. A ella no pareció importarle—. Nunca te he preguntado si te molesta.

Se refugió todavía un poco más en sí misma, apartándole la mirada, cuando fue evidente que Aden no podía despegar la suya.

—Nunca te he dejado hacer nada que me molestase —contestó al tiempo, en un susurro.

Ella le dio la espalda, abotonándose la camisa y aprovechando para recuperar su habitual templanza. Notaba las orejas ardiendo.

Cuando se giró fue más por el sonido de algo al ser arrastrado. Aden le expuso lo que tenía debajo de la cama: una pesada manta rellena de plumas. Era suave al tacto y olía a limpio. Debía haberlo traído durante la semana, cuando ella no estaba.

—¿Por qué? —Murmuró, casi sin voz—. ¿Por qué tantos regalos?

—Te encontré medio muerta de frío. Me gustaría no volver a encontrarte así —extendió la manta por encima de ella hasta la barbilla.

—Esto no es justo —Darya ahogó la voz contra el edredón. Necesitaba decirlo y no quería que el oficial la escuchase.

Aden, claro, lo hizo. Su mirada se endureció.

—La vida no es justa. Unos tienen más, otros tienen menos. Has empeñado lo que tienes de tu familia, por personas que a ti no te han dado nada. No me mires con esa cara. Ellos no son tu responsabilidad. Son la mía. Yo los escogí, y yo proveo. Tienen una casa con luz, agua, una cocina, y habitaciones donde dormir. Es más de lo que tendrían por sí mismos. Además: es mi

regalo para ti.

Darya escondió la cara un instante porque le ardía la sangre en el rostro. Había tenido Un Pensamiento y haciendo acopio de ese valor que la caracterizaba susurró:

—Si te tumbas conmigo también habría calor suficiente. Así Nevil puede dormir con la manta hoy.

Silencio.

Darya solo escuchaba su propia respiración, demasiado rápida. También se escuchaba el aleteo del corazón, claro. Rezaba para que nadie más lo hiciera. Cuando Aden le retiró el edredón de la cara para mirarla descubrió que la piel de Darya tenía el mismo color que las manzanas. Eso la ruborizó aún más.

—¿Es eso lo que quieres?

—Solo por hoy.

Porque estás tú, que no dijo. Aden tensó la boca y enrolló el edredón, desapareciendo hacia la habitación de Nevil. Darya sabía que el chico andaba sorbiéndose la nariz últimamente y tenía la voz fea, probablemente de haber cogido frío. El horror de Londres es que siempre se tenía los pies mojados y fríos.

Aden volvió con las manos vacías y se quitó las botas. Se quitó los abrigos y cuando abrió las sábanas, Darya se deslió de la manta en la que se arrebujaba y los cubrió a los dos. Se acurrucó sobre sí misma, con las rodillas, los brazos y la frente contra el costado de él.

Los músculos de Aden comenzaron a relajarse, una paz que llevaba semanas sin sentir extendiéndose por todo su cuerpo. La voz adormilada de Darya llegó hasta él al cabo de unos instantes:

—Si la almohada está dura es que Virginia Woolf está debajo—. El capitán sacó el libro, cuestionándose su propia cordura al no haber notado que la almohada estaba muy elevada y era incómoda y en la penumbra encendió la lámpara de aceite que descansaba en la mesilla. Un poema por día, ¿no era así, Darya Whelan? Ese era el trato.

No pudo dormir. Ni siquiera después de leerle un poema y que la respiración de la chica se volviera profunda como debían ser las fosas debajo de los océanos, ni siquiera cuando decidió continuar leyendo mucho después, para alejar las pesadillas, y se reencontró con todas ellas una vez su mente divagó entre versos y se perdió conjurando imágenes de una vida lejos de Londres.

Quería estar aquí. Aquí: tumbado en la cama con Darya acurrucada a su lado, cerca pero sin llegar a tocarse. Aquí: donde existía paz. Aquí: donde no necesitaba nada más.

Hasta ese punto podía reconocérselo.

Dejó reposar la cabeza contra la pared para poder mirar el techo. No sabía qué iba a pasar con el apartamento en Elmhurst, a quién podía confiarle su protección. Sabía que a su marcha no habría oposición de sus superiores porque el único superior que tenía una palabra sobre el asunto era amigo de su padre, miembro del partido y padrino de Aden. Él mismo se había ocupado de que Aden pudiera haberse preparado para la oficialidad. Se marchaba, y dejaba solos a Nevil y Hardy. Dejaba sola a Darya. Sin su intervención, la próxima persona de confianza que Jared enviara para investigar qué soldados estaban reuniéndose con socialistas y anarquistas no tendría reparo en decirle que su propio hijo era uno de ellos.

El mismo Garrett que había besado una de las mejillas de Darya, que la había hecho beber.

Le frunció el ceño al techo, sabiendo que aquello no era una muestra de desafío, era un empujón para que reaccionase. Algo en lo que Garrett se especializaba: encontrar las llagas donde meter los dedos. Aden se cansó hace mucho de intentar corregir esa actitud, se limitaba a lidiar con las consecuencias que tuviera. También estaba acostumbrado a que todos intervinieran en su vida de la forma que mejor les pareciera, por mucho que él no estuviera de acuerdo.

Estaba cansado.

No quería irse. No podía dormir.

El suspiro le vació el pecho y le inclinó la cabeza hacia la derecha, para que sus ojos encontraran por hábito el rostro de Darya. Cogió uno de sus rizos con cuidado y tiró un poco de él, soltándolo un segundo después y viendo cómo recuperaba su forma. Era increíble no solo la cantidad de rizos sino también lo voluminosos que los tenía aquella chica. Parecía salvaje. Le gustaba que fuera así. Le sonrió un poco, en la oscuridad, porque Darya Whelan era una caja llena de sorpresas y él, Aden, había sido el afortunado de encontrarla.

E igual que la había encontrado tenía que dejarla.

Esta vez cerró los ojos por no tener que afrontarlo, sabiendo que tampoco podía esconderse. Su padre podría retenerlo lejos el tiempo que considerara que sería suficiente para que se le bajasen los humos y eso podía ser indefinido.

Tampoco podía arreglarlo. No había nada que Aden pudiera hacer. No podía decidir sobre sí mismo, ni su destino.

Con ese sentimiento de derrota pesado en el pecho y tirante en el estómago terminó por aovillarse sobre un costado, de cara a Darya. Se permitió acercar el rostro lo suficiente al de ella como para que las frentes de ambos se rozasen. La miró con intensidad en la penumbra, queriendo grabarse sus rasgos a fuego y cuando tuvo la sensación de que la recordaría en todas sus vidas, por fin lo venció el sueño.

C8.

La madrugada de Londres vomitaba niebla sobre los edificios. Era una niebla densa y húmeda, le empapaba el abrigo. La poca luz que se filtraba era fantasmagórica, contrastaba los edificios como un estampado sobre un fondo grisáceo.

Estaba muerto de frío. El invierno en Inglaterra era lúgubre y eterno. Ansiaba la llegada de la primavera, por mucho que no fuera a estar ahí para verla.

Con un peso en los hombros recorrió la calle que lo separaba del cuartel y entró casi tiritando, sin quitarse la gorra, ni la bufanda, ni los guantes. Sabía que la mañana se haría eterna, que contaría las horas hasta que tuviera que coger un tren que lo llevara a la costa, y de ahí un barco hasta Francia. El resto del trayecto lo haría en transbordos de trenes y le llevaría varios días. Nunca había tenido la ocasión de ver Europa, no le sorprendía que no le emocionase la perspectiva. Tenía la boca tensa y estaba agotado. La única noche que de verdad consiguió dormir algo fue aquella en la que compartió cama con Darya, el resto, en el cuartel, había permanecido despierto.

A media mañana un soldado le anunció que Jared quería verlo en su despacho. Cuadró los hombros lo que pudo y construyó con cautela una fachada de indiferencia. Las intenciones de Jared nunca fueron malas, tampoco fueron tenían en consideración a nadie más que a sí mismo. Las dos horas de diálogo tras su entrada al despacho se centraron en cómo la posición que se le había otorgado lo privilegiaba y beneficiaba, en tanto que servir al partido era una obligación encomiable, y Aden tenía que enorgullecerlos a todos. Hacía mucho tiempo que Michel no delegaba algo tan importante en nadie, etcétera. Aden se ahorró contarle que esta era la forma en la que su padre elegía castigarlo que, también era, por supuesto, esa en la que mayor beneficio obtenía él. Y, no tenía ninguna duda acerca de cómo un emisario del partido granjeándose favores entre grandes políticos de países europeos convenía a todos.

A todos menos a él.

Aden inspiró hondo. Aguantó el tiempo que duró el sermón, obvió comentar sobre la idea que tenía su superior acerca de la percepción que tenía el mundo de Inglaterra y sobre la que Aden no estaba de acuerdo y regresó a su propia oficina, deseando que le dejaran en paz. Se encontró a un nervioso Garrett por el camino y decidió hacerle saber que si todavía estaba ahí, en el cuartel, era gracias a él, y que ahora ya no podría continuar encubriéndole. Por mucho que Jared lo pretendiera, Aden no podía salvar a nadie del socialismo. Ni siquiera a su propio hijo.

Le hubiera gustado ser él quien se lo dijera a Darya. Lo que sucedió, en realidad, es que el rumor de que se marchaba se extendió por el cuartel y llegó a los oídos de Hardy. Fue Hardy quien le esperaba cuando Aden abrió la puerta del apartamento en Elmhurst. Estaba de pie, apoyado sobre su pierna sana, los ojos inyectados en sangre.

El capitán miró los puños crispados del que en otro tiempo fue su amigo, levantó la mirada con lentitud y decidió que aceptaría el golpe. No se lo merecía, pero era lo que Hardy necesitaba. Era así de simple. Él también quería destrozar algo a golpes.

—Abandonas. Te largas y nos dejas aquí. Después de todo, nos dejas aquí. Ni siquiera sabes si vas a volver.

Tensó la mandíbula. No tenía que justificarse. No tenía que confesar ante Hardy, de todo el mundo, que era un títere en las manos de su padre como lo había sido siempre, y como Hardy se esforzó tanto en recordarle todos aquellos años. Era una cuestión de amor propio: ante el enemigo no se admiten las debilidades.

De dos males, prefería que Hardy pensara que les abandonara a admitir que se había quedado sin opciones. Él, que prometía que arreglaría el mundo. Él, que prometía que siempre tendrían un hogar al que volver. Él, que no podía mantener ninguna de las promesas.

Hardy no llegó a golpearle. Tal vez eso le dolió más, porque hablaba de una herida más profunda que la rabia. Lo sabía de sus ojos grises, de la forma en la que lo miraban como si no lo reconocieran aunque Aden quisiera gritarle que lo que pasaba es que veía al que había sido hacía años, y no sabía reconciliar ambas versiones. La verdad es que él tampoco. La verdad es que él mismo se golpearía. Se había decepcionado tanto que la mirada de Hardy no le hizo sentir peor.

—Espero que te mueras.

Y pasó de largo. Fue así de simple: espero que te mueras. Se quedó sin aliento y llegó a pensar que tal vez se llevó un empujón pero no, era el propio peso de las palabras en su pecho. No había mayor insulto viniendo de Hardy: fue el que sostuvo el cuerpo de la persona que más quería mientras moría.

Luego le quedó Aden.

Ahora no le quedaba nada. Él mismo acababa de despedirse.

El corazón del capitán se anudó tanto que tuvo que hacer un sobreesfuerzo en poder respirar. Cerró los ojos. Hardy era brutalmente honesto, esa era una de sus mejores cualidades, o de sus peores defectos. Al menos, era en lo único que era valiente. Hacía falta coraje para expresar lo que se piensa, y por eso mismo Aden sabía que no había un después para ellos. Se aferraron a los trozos de lo que una vez tuvieron antes de que Hardy viera morir el futuro que quería para sí mismo y responsabilizara a Aden de ello. Aden lo aceptó, alguien tenía que cargar con las culpas. Era así de sencillo: nadie está preparado para asumir la muerte, no hay un manual sobre cómo aceptar la pérdida. No le podía pedir a las manos de ambos manchadas de la sangre intentando tapar una herida que le dieran la fe de creer que aquello había pasado porque existía un plan en el universo. No existía un plan. La muerte se llevó consigo lo mejor que tenían y les dejó los destrozos.

Hardy le culpó.

Aden decidió que vivir con sus demonios era más tolerable que vivir sin él.

—No lo entiendo.

Abrió los ojos. Darya estaba justo en frente de él, en el centro del pasillo, con el largo y sucio vestido, el abrigo aún más largo y sucio, las manos cortadas por el frío, los labios cortados por el frío. Los ojos muy, muy abiertos.

—No. Lo. Entiendo —le costó oírlo bien. Luego *vio* las lágrimas que comenzaron a brillarle en los ojos.

No lo entiendo.

Aden estaba tan acostumbrado a ver las cosas derrumbarse que cuando la boca de Darya tembló porque intentaba no sollozar, no hizo nada. A veces funcionaba, quedarse allí. Tampoco podía decirle a Darya que era lo que entendía él: este es su deber. Está por encima de todas las cosas. Se iba. Y ya está.

Eso sí se lo dijo: ya está, Darya. Ya está hecho o ya está terminado. No llores más o ya está, llora.

Lo que no le dijo: lo mucho que lo sentía.

Lo que no hizo: tocarla. No se atrevía. No tenía permiso. Él le estaba causando este daño. La chica se tapó la cara restregando las lágrimas y lloró con todas sus fuerzas. Luego se abrazó con fuerza los costados, comprimiéndose en el mínimo espacio.

Aden avanzó un paso. Tenía la boca tan tensa y los puños tan crispados que su cerebro recibía señales de dolor de ambas zonas. Tuvo que pestañear varias veces para aclararse la visión. Tal vez, si les estaba hiriendo, no les merecía.

De verdad que lo sentía, Darya. Tú que eras intocable, indestructible, y él continuaba haciéndote llorar.

Al escuchar su paso ella levantó la mirada, esos ojos más negros que nunca, más apagados que nunca, y tomó aire.

Ella, que lo había prometido.

Lo había prometido, había dicho *déjame arreglarlo*.

Así que se irguió, se secó las lágrimas, y esta vez en su cara hubo una determinación muda. Las narices de ambos se rozaron un instante cuando ella le sostuvo el rostro y le bajó la cabeza para que sus frentes se apoyasen. Mantenía los ojos abiertos con una furia desconocida, prometiendo

que fuera lo que fuera por lo que Aden tenía que marcharse, ella lo arreglaría.

No todos podemos ser salvados, Darya Whelan, es lo que Aden tendría que haber dicho.

No lo hizo, porque la creía.

—Si no vuelves —consiguió decir, entre dientes —si no vuelves, iré a buscarte.

PROMETO, ADEN, QUE IRÉ A BUSCARTE.

Había sufrimiento en sus ojos negros. Aden se apartó para poder mirarla mejor, para quitarle varios rizos de la cara y dejárselos detrás de la oreja. No le hizo falta tocarle la barbilla para que ella mantuviera la cara levantada, enfrentándole. Así era como quería recordarla el resto de noches de su vida: no llorando, hecha pedazos, en el suelo de su apartamento. Quería verla, inmortal, en Inglaterra.

Por eso la estaba mirando.

—No puedes hacer eso. Todo esto te pertenece ahora, y tienes que quedarte aquí. Tienes que cuidarte a ti misma, tienes que velar por ellos. Tienes que aceptar que hay cosas que no pueden arreglarse.

Lo dijo con suavidad, procurando herirla lo menos posible. No sabía cuándo volvería, ni si volvería. No podía vivir consigo mismo sabiendo que Darya estaría esperándole. Le volvieron a brillar los ojos. No llores más, Darya, no lo soporta.

Le tembló el labio y tras una pausa infinita, asintió. Asintió, si era lo que Aden necesitaba, ella lo haría.

Tal vez, aquella era de las cosas más difíciles que tuvo que hacer. No quería despedirse, y tenía que hacerlo. Le costó tres miradas al techo y tres respiraciones hondas, le costó evitarle la mirada mientras reunía el valor para decirle que se sentía agradecido de haberla tenido allí, por breve que fuera. Que sabía que nadie cuidaría tan bien del apartamento en Elmhurst como ella, que no la merecían. Ninguno de ellos se merecía a Darya, y sin embargo todos la querían para sí mismos. Lo único que hizo al final fue apoyarle la boca en la frente tres segundos largos, en una bendición parecida a la que le había otorgado ella. Quiso prometerle que volvería, y eso es algo que tampoco hizo.

No se lo podía hacer a sí mismo. No podía albergar la esperanza de que, si renunciaba a ella por cumplir con su deber, ella estuviera ahí cuando regresara. Sabía que Hardy no lo estaría, y contó toda su vida con tenerle. Incluso si se aguantaban por no saber hacerlo de ninguna otra manera, incluso si era porque ya no tenían nada nuevo que construir juntos, nunca se imaginó un futuro sin Hardy. Hasta a eso, que era suyo, tenía que renunciar.

—Por favor

por favor, vuelve.

Aden se apartó y la miró una última vez a los ojos.

Aferró la mano con la que ella le estaba reteniendo de la chaqueta y le besó los nudillos. No lo prometió, pero lo intentaría.

Se marchó con la sensación de que se dejaba la vida atrás. Era una emoción de desplazamiento tan fuerte que lo dejó ausente el resto del día. Tenía sus pertenencias en el cuartel listas, el billete de tren hasta la costa. El de ferry. Jared se despidió de él estrechándole la mano con fuerza. Quentin quiso decirle muchas cosas y no dijo ninguna. Tensó la boca y se le movió el bigote y casi le hizo sonreír un poco, era un gesto muy típico en él. Era en el que se estaba esforzando por esconder sus sentimientos. Aden ya lo sabía. Él también le echaría de menos. Le dedicó un asentimiento de cabeza como despedida en un gesto de tocarse el sombrero y el bigote de Quentin volvió a temblar en respuesta. No se dijeron adiós, como el capitán necesitaba.

Tampoco se lo dijo a Nevil. Anduvo hasta la Fulham, sabiendo que estaba retrasando el momento todo lo posible, y también pensando que al menos le debía a Nevil decirle que no sabía cuándo volvería. No creía que el chiquillo lo aceptase. No quería más enfados, no quería que su relación con él terminase de la misma forma en la que lo había hecho la de Hardy. Se arrepintió y nunca llegó a entrar en la fábrica. Le pidió disculpas a Darya, por dejar aquello sobre sus hombros también, y finalmente partió hacia la estación de tren. Llevaba menos equipaje del que le habría gustado: un cuaderno de tapas de cuero ajadas, mudas de ropa, un abrigo, un paraguas, dos pares de zapatos. Una colonia. La navaja y la brocha para afeitarse. Una corbata. El poemario de Virginia Woolf. El olor de Darya en todas sus camisas.

Sabía que echaría de menos la tristeza de Londres. Era fácil habituarse al gris plomizo de sus calles. A la belleza discreta de los parques. Se perdería la primavera, con todas sus flores en Primrose. Se perdería a Darya con solo el vestido que dejaba a la vista sus clavículas y el inicio del esternón y todo su pelo una cascada sobre su espalda, fiero y salvaje. Se perdería la intensidad de sus ojos honestos enmarcados por los rizos oscuros cuando se volviera para mirarle mientras le acompañaba haciendo la ronda, con esos pasos pequeños y ligeros, sin prisa.

Entendió que esto que le dolía era el corazón en el pecho y que ya estaba echando de menos Londres incluso cuando lo veía en la distancia a través de las ventanillas del tren. El resto se sucedió en borrones de vastas extensiones de campos con salpicones de ovejas y de árboles, la niebla acomodándose sobre el verde conforme iban acercándose al mar. Le parecía que el día lloraba también. Junto a los acantilados de la costa caía un suave aguacero como una cortina. Intermitentemente, los rayos de sol asomaban. No era la primera vez en su vida que veía el océano y sin embargo se quedó con la misma sensación de intranquilidad que todas las anteriores. Estaba ante lo incognoscible. La línea del horizonte se extendía amplia hasta llenarle la vista, en engañosa calma a juzgar por cómo se estrellaban las olas contra la roca. Se le revolvió el estómago de saberse navegando con el mar tan embravecido.

Tampoco tendría las tardes de verano en Londres. Las mangas arremangadas de la camisa, dos botones abiertos al pecho, el pelo ligeramente despeinado de tanto mesárselo por el calor, un té frío en la terraza de Burgh House en Hampstead High, los pies estirados debajo de la pequeña

mesa de hierro forjado pintado en blanco, la maleza cerrándose sobre su cabeza para ofrecerle un pequeño cobijo. Un trozo de quiche, el sol cálido y anaranjado de las ocho de la tarde. El canto de los grillos. Volver a casa con las últimas luces del cielo, tomando el camino más largo para dar más rodeo y pasar por el Támesis, el olor a humedad fría del río. Los barcos navegando con tranquilidad. Los edificios en un mosaico en el horizonte junto a los desgarrones de las nubes púrpura y los rosas que oscurecían en añiles. Del verano le gustaban los artistas callejeros a lo largo de las calles principales en el centro, la música. El barullo. Se preguntó cómo sería el sol en la piel de Darya, si se la tostaría más de lo que ya era. Si sus ojos brillarían diferente, si parecería que su pelo era de otro color. Si tendría más pecas. Si es que sus labios eran de ese rojo natural. Si se uniría a bailar si alguien tocaba un instrumento. Si recogería flores y hojas mientras caminaba para secarlas en libros o para llenar vasos con ellas. ¿Bebería té frío? ¿Llevaría sombrero? ¿Y un vestido amarillo?

También se la imaginó allí, vestida del color de la espuma en contraste con el intenso azul del mar, esa sonrisa grande en su rostro a juego con las lunas de sus ojos, todos sus rizos una furia por el viento, el sabor del salitre en su piel, *nunca antes había visto nada tan increíble* y cómo le gustaría contestarle que él sí, porque la estaría mirando a ella.

Le salpicó una ola en la cara de lo alta que llegó hasta la cubierta del barco y decidió que no le convenía estar fuera contemplando la tierra que dejaba atrás. El ferry olía a cerrado y humedad por debajo de un fuerte olor a producto desinfectante que le quemó las fosas nasales. Su camarote era apenas lo suficientemente espacioso como para que cupiera una persona de pie y no se diera contra la cama al caminar. El barco se mecía con furia de un lado a otro, y él se mecía al compás, tumbado sobre un costado, los ojos fijos en el pequeño ojo de buey que dejaba entrar parte de aquella luz plomiza. Se dibujaban sombras tenues en el suelo que observaba mientras anhelaba y se dolía, soñando a Darya despierto.

Se dijo que si no tenía nada más, al menos tenía aquello: la sonrisa de la chica junto al Támesis, una noche de invierno.

C9.

A finales de Marzo todavía nevaba copiosamente. La nieve parecía maravillosa cuando comenzaba a aparecer a finales del año, cansada y aburrida cuando aún se prolongaba a principios. Vivía con los zapatos mojados, tiritando de frío dentro de su abrigo. El peso que recuperó desde que la acogieran lo perdió en tanto que la asignación de Aden dejó de llegarles. Nadie pagaba el piso. No tenían luz. No tenían agua. Hacía frío.

Sorbió por la nariz congelada. Al menos todavía no les habían desahuciado, aunque fuera una cuestión de tiempo.

Ascendió los peldaños con las manos debajo de los brazos, preguntándose si mañana tendría la misma suerte que hoy, si podría volver a correr detrás de los carros con carbón esperando los trozos que cayeran al suelo. Consiguió llegar arriba y se permitió apoyarse contra la puerta, exhausta. Cerró los ojos unos instantes, respiró, y compuso su mejor expresión neutra al abrir. Nevil la recibió con un foganazo de esperanza en sus ojos al advertir sus bolsillos abultados. Darya le mostró una pequeña sonrisa vacía.

—¿Podemos echarlo ahora?

Ella negó. No tendrían para la noche. Nevil lo aceptó con resignación muda y se escondió un poco más en la manta que tenía echada por encima. Sus ojos azules la seguían por la cocina mientras Darya sacaba el pan duro negro y lo reblandecía en leche. El primer mes que dejaron de recibir la asignación y se quedaron sin electricidad Nevil le dijo, con mucha decisión, que apartaría una parte de la suma que le enviaba a su familia para que ellos pudieran comer. Darya sabía que no sería suficiente para no pasar hambre. Se lo agradeció de todos modos y su sonrisa prometió una mentira.

Tenía huevos con los que acompañó el pan dulce y ambos comieron sentados en el suelo, junto a una estufa que apenas entibiaba la estancia. Habían arrancado prácticamente toda la madera bajo el papel de pared. Ya no existía la mesa de la cocina. Darya nunca pensó lo difícil que sería partir la madera cuando solo se tenían dos manos desnudas. Pasó una hora golpeándola contra el muro fuera para conseguir resquebrajarla, y luego se astilló parte de los dedos intentando desprender trozos que pudieran caber. Todavía tenía uno de aquellos hilos de madera en el dedo corazón atravesado contra la piel. Se había frustrado intentando arrancarlo y, tras días, se rindió. Ahora vivía con ella y a veces pasaba el pulgar por encima, sintiendo el escozor a la par que el relieve.

Los días se entrelazaban los unos con los otros. Todos le parecían igual, corría detrás de los carros de carbón, andaba millas dando vueltas buscando un trabajo, regresaba a casa. Uno de los días de aquella semana simplemente llegó, se sentó en el suelo, se abrazó las rodillas y se quedó así, escondida dentro de su abrigo. Estaba exhausta. Le dolían los huesos. Quería que se acabara el frío. Quería no tener que hacer aquello sola. Bastian, descubrió una tarde, se había quedado sin

trabajo. Estaba en una de las habitaciones, tumbado en su colchón. Nevil le dijo que era normal, que Bastian tenía momentos como aquellos en los que se perdía y no sabía qué hacer. Estaría bien, le dijo, Darya no estaba tan segura. Nunca había visto a un hombre con los ojos tan amarillos. Los primeros días intentó hablar con él. Los siguientes días desistió. Todavía lo visitaba una vez por la tarde, para llevarle parte de la cena y desearle una buena noche. Nunca tuvo la suerte de que Bastian le contestara. Algunas mañanas salía y no volvía hasta el día siguiente. Darya no tenía claro qué pasaba en aquellas ausencias, pero sí que Bastian parecía tan consumido como ellos dos.

No sabía cómo iba a encargarse de dos personas si no podía encargarse de sí misma.

Hundió la cara un poco más en las rodillas. Estaba cansada, quería dormir. No pasaba nada, se dijo, por cerrar los ojos un momento. No faltaría a su promesa si lo hacía, que se había quedado y estaba allí, entera, luchando por sobrevivir y que todos lo hicieran con ella. Estaba cansada.

El movimiento de su cuerpo no se correspondía con la oscuridad que la rodeaba. Había estado soñando con los campos de flores blancas de Irlanda, la abadía en ruinas en el horizonte. Con su abuela, que paseaba a la sombra de los robles, con su sombrero de paja y su bastón lleno de muescas, el vestido lila que había comprado tras casarse y con el que siempre paseaba los domingos. El pastar de los caballos, el aire meciendo los campos de cereales. Los pájaros trinando en la distancia.

El golpe que sintió en la espinilla fue lo suficientemente doloroso como para que la conciencia volviera a su cuerpo y se forzara a abrir los ojos, con pesadez. Le costó enfocar la vista.

—Hardy —susurró, su voz una mezcla de derrota y alivio. El aludido la sostenía con firmeza, hundiéndole los dedos en los brazos. A su lado, Nevil parecía muy asustado. Tenía los ojos brillantes de las lágrimas.

—Ya está consciente. Dónde está ese puto carbón, échalo a la estufa—. Notó aquellos dedos en su cuello y durante un instante de pánico intentó apartarse, rememorando aquella escena meses atrás—. Eh, lobezno, relájate. Solo te estaba comprobando el pulso, tu corazón tiene un ritmo muy bajo, tienes que moverte—. Darya no obedeció, se quedó simplemente, sostenida por la mano de Hardy—. ¡MUÉVETE!

La incorporó de un brusco tirón. La chica se tambaleó y dio unos pasos vacilantes. Solo quería volver al suelo, a esconderse. A su lado Nevil se consumía en nervios. Había decidido intentar hacer un té, le temblaban las manos. Caminaba hacia ella y luego regresaba al fuego y así veinte veces, sin decidirse a hacer nada. Darya tenía el pensamiento tan lento como el corazón, el cuerpo dolorido y entumecido. ¿Qué estaba pasando?

—No conseguía despertarte —ofreció el joven, advirtiendo su confusión. Sorbió ruidosamente, intentando esconder que estuvo llorando de miedo. Darya se miraba los pies. Se mantenían en su sitio, tenía las rodillas erguidas. Luego: no. Era el brazo de Hardy por su espalda lo que la estaba manteniendo entera. Giró el rostro para mirarlo. Tenía las mejillas más hundidas de lo que recordaba, una cicatriz en la barbilla nueva y fea en ese hueco en el que no le crecía la barba, el

pelo apelmazado y mojado, fuera, vio entonces, estaba nevando con fuerza. Sus ojos grises carecían de veneno cuando la miraron de vuelta.

Aquello también se lo permitió a sí misma. Se apoyó en él hasta que estuvo segura de que podía prepararse el té ella misma y se reunió con Nevil, descansando una mano sobre su brazo, para decirle que se lo agradecía. Que lo sentía, también, porque no era todo lo fuerte que tendría que ser. Nevil ya la había encontrado dos veces en el suelo, no habría una tercera. Lo prometía.

Se restregó la cara y durante los minutos que sucedieron este sentimiento que comenzó a llenarle el pecho venía de saberse acompañada. Protegida. A su izquierda Nevil llenaba las tazas con el té, a su derecha Hardy cortaba patatas. Trabajaban en silencio, sin estorbarse, como si en realidad hubieran hecho aquello muchas veces. Puede que lo hicieran, en el pasado. Por primera vez, Darya era también parte del momento. Estaba en medio de los dos y aunque no hiciera nada, tenerlos cerca fue lo que le devolvió la fuerza, le aceleró el corazón, su cuerpo dejó de estar tan entumecido. Se sentía más despierta. No sabía cómo había encontrado Nevil a Hardy, cuánto tiempo había estado ella dormida. Si todo en su cuerpo estaba bien. No estaba preocupada. Sabía que aquella noche, ambos se quedarían. A lo mejor ahí estaba la verdadera fuerza: en no tener que ser fuerte en todo momento.

Se sintió tan agradecida que se le llenaron los ojos de lágrimas. Y luego se echó a reír sin sonido. Fue un momento de delirio: las lágrimas le barrían la cara mientras reía, hundida en su abrigo, en una casa desnuda, con hambre, con frío. Lloraba su corazón con ella.

—Siempre lo he hecho todo sola —confesó, al intercambiar Nevil y Hardy una mirada alarmada—. Cuando llegué aquí pensé que tendría que aprender a vivir sola otra vez. Como después de que *neni* muriera.

Se restregó la nariz en la manga de la chaqueta y después los ojos, sin que ninguno de los dos hiciera comentario alguno. Nevil fue a intentar despertar a Bastian mientras Hardy se dejaba caer con pesadez sobre la pierna sana en el suelo. Estiró la que tenía rígida con una mueca. El chico rubio se reunió con ellos no mucho después, seguido de Bastian. La conversación fue breve y distante, fuera el viento golpeaba contra los cristales y les arrojaba los copos de nieve. De vez en cuando crujía el techo de la casa. Con el estómago lleno y debajo del pesado edredón de plumas, Nevil dormido contra la pared, Darya dejó caer los hombros y apoyó la cabeza en el brazo de Hardy. Sintió que se tensaba un instante, antes de relajarse. Esa era la mayor concesión de un hombre como él. Quiso decirle que ya no le tenía miedo, porque le tenía miedo a otras cosas. A que el invierno no acabara nunca. A que Aden no volviera. A que murieran de hambre.

Se quedó dormida escuchando la voz de Hardy: *el miedo hace más fieros a los lobos*.

Al llegar la mañana se sentía con algo más de fuerza, aunque igualmente exhausta. Le ardía el estómago. Por la falta de alimento, había señalado el tullido, antes de obligarla a comer el puré de patatas.

Darya no tenía muy claro que las cosas pudieran ir mejor para ellos, pero ahora que Hardy estaba allí y no parecía ir a marcharse, estaba decidida a intentar cualquier cosa. Por eso estaba

recorriendo las millas que la separaban del cuartel con pasos lentos. Al llegar no tuvo que presentarse ante el soldado en la puerta, porque éste la miró de arriba abajo y le indicó que aguardase. Al cabo de unos minutos, del interior del edificio emergió Garrett, cuya expresión angustiada la encogió. No estaba allí para mendigar ni dinero, ni compasión. Solo quería saber cómo recuperar el dinero del apartamento.

—No puedes hacer nada—. Darya no creyó que no pudiera hacer nada, pero sí la tristeza que asomó a la cara del soldado—. ¿Me odiarías si te invitase a cenar algunos días todas las semanas?

La chica lo sopesó un instante. No, no le odiaría, pero tampoco le parecía justo. Eran cuatro en Elmhurst, no solo ella. Garrett debía saberlo, contaba con que negase con la cabeza.

—Pero si quieres comprarme lo que sería una cena, acepto.

—Pensaba que a eso también te negarías —la comisura de su boca inició una sonrisa que no llegó a cuajar del todo—. Siento no poder hacer más.

—No te he pedido que hagas nada —constató ella, que le parecía importante. No había ido hasta allí para pedir nada a nadie—. Solo quiero saber dónde vive el padre de Aden.

—Esa es, con toda posibilidad, la peor idea.

—Necesito saberlo.

—Darya, te meterás en un lío muy grande. A ese hombre es mejor no enfrentarse.

—Mi familia no va a morirse de hambre —determinó, muy segura y muy tranquila. Habían tomado asiento bajo el portón, Darya respiraba con pesadez, concienciándose con el camino que todavía la esperaba de vuelta. Garrett volvió a mirarla, su expresión turbulenta.

Terminó por ceder y darle una dirección, que era todo lo que ella quería de él. Cuando se incorporó se colocó los rizos detrás de las orejas, dedicándole una mirada honesta que decía que estaban en paz y que no se debían nada y se marchó, sin estar segura de si podía considerarle un amigo. Garrett era un buen chico. Era uno que no tenía por qué ser generoso con ella, mucho menos por obligación. Porque creyera que se lo debía. No era así, Darya quería estar segura de que si mantenían algún tipo de relación era porque se llevaban bien, no porque Garrett se sintiera en deuda con Aden. Nadie tenía que cuidar de ella: ella se cuidaba sola.

Repitiéndose esa certeza fue como consiguió regresar al piso, encontrándolo vacío. No, vacío no, se asomó a la habitación del fondo y descubrió a un Bastian cuyo cuerpo estaba muy frío. Se quedó allí de pie, vacía, un largo rato.

Consiguió sentarse a su lado y sonreírle, dulce. Le acarició el cabello.

Ya sabía qué venía después. Había estado esperando ese momento.

—¿Quieres que llame a Dios, Bastian? —El hombre tardó largo rato en abrir los ojos—. Vendrá y se quedará contigo.

Separó los labios. Al principio no emergió ningún ruido.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Darya continuó acariciándole el pelo y sonriéndole, susurrando una nana en turco.

No había nada que pudieran hacer. No podían pagar a un médico. La joven sabía que aquella enfermedad no era producto de la mal nutrición, estuvo ahí desde hacía tiempo, devorándole por dentro. Lo veía en la hinchazón de su abdomen, las veces que lo escuchó vomitar, el amarillo de sus ojos. Terminó con una oración y cuando la respiración de Bastian fue tenue y casi inexistente, guardó silencio y esperó.

No supo cuánto tiempo estuvo así, cuando regresó al comedor fue torpe y lenta encendiendo el fuego dentro de la estufa. El carbón olía de una manera muy peculiar. Se recogió las rodillas al pecho y se perdió contemplando los brillos del fuego.

—Échate el plumas por encima —gruñó Hardy, horas más tarde. Lo desplegó y se lo tiró encima sin muchos miramientos. Ella no se movió—. ¿Dónde coño está tu abrigo, Whelan?

—Se lo he dejado a Bastian, por si arriba es invierno también.

Hardy tardó unos instantes en entender, la miraba como si no quisiera creérselo. Después echó a andar hacia la habitación. Cuando regresó su expresión era sombría y traía de vuelta la chaqueta con la que Darya había cubierto el cuerpo de Bastian.

—Los muertos no necesitan abrigo.

Como si por eso no merecieran un gesto de despedida. La chica se resistió a aceptarlo de vuelta. Cuando su abuela falleció pudo cubrir la tumba de flores. No podía hacer lo mismo por Bastian. Ni siquiera estaba segura de poder hacer algo más que sacarlo de la casa antes de que comenzara a pudrirse.

—Tendrá que ser cuando llegue Nevil, no puedo cargar peso en la pierna.

Ella negó. Nevil era un niño. No le importaba ser quien lo hiciera. Salió del edredón con pesadez y llevó los pasos de vuelta, cubriendo a Bastian todo lo bien que pudo con las sábanas. Lo arrastró escaleras abajo intentando golpearlo lo menos posible, y una vez en la calle, sin aliento y sin fuerzas, lo arrastró calle arriba, en la dirección contraria a la que tomaría Nevil volviendo de la Fulham y dejó el cadáver contra el muro bajo de uno de los edificios que no conocía, sabiendo que los carros pasaban para recoger cadáveres y quemarlos.

Sentía no poder hacer nada mejor. Dejó reposar una mano ahí donde estaba la cabeza del hombre y le dio las buenas noches para siempre.

Regresó, vacía, al cobijo del fuego, a la presencia conocida de Hardy. Se escondió y sus ojos volvieron a buscar las llamas.

—Aden se hizo el héroe —el nombre la descompuso, le partió el frágil alejamiento. Vivir era más fácil si Darya salía de Darya. Hardy acababa de regresarla con brusquedad, le dolió el aterrizaje. Pestañeó con lentitud, enfocándole. Le dolía saber de Aden y, al mismo tiempo, sabía que escucharía aquella historia—. El coche les pasó por encima igual. Solo que si no hubiera hecho, Egon estaría vivo.

La estufa emitía un leve chasquido de vez en cuando. Fuera aullaba el viento con furia.

Egon.

Sostuvo ese nombre para sí como un secreto, un susurro que no se atrevió a repetir. Su mirada estaba completamente enfocada en el rostro en agudas sombras del soldado. Sus pómulos eran más afilados de lo normal, sus ojos estaban más hundidos. Había muchas pequeñas arrugas de expresión en su frente.

—¿Intentó salvarle? —Preguntó al final, en un murmullo. Hardy se encogió de hombros.

—Llámalo como quieras.

Quiso decirle que lo sentía, aunque sabía que el hombre no aceptaría las condolencias. De verdad lo sentía: le dolía el pecho. Por eso inhaló con fragilidad y se atrevió a decir:

—¿Quieres contarme su historia?

Hardy volvió la cara para mirarla, y estiró una parte de la boca en una sonrisa de verdad, una sin veneno. Se le ocurrió pensar que tal vez, era la noche más adecuada para los recuerdos. Era recordando como se mantenía vivos a aquellos que ya no estaban, neni siempre lo decía.

Nevil asumió la muerte de Bastian con más entereza de lo que Darya y Hardy le dieron crédito. Hundió los hombros y miró el suelo ahí en la punta de sus zapatos con remiendos un instante tan largo que se convirtió en minutos, y luego enderezó la espalda, asintió con lentitud, comunicándoles que había entendido, y no dijo nada más. Su silencio también contaba otra historia: en la familia de Nevil eran muchos, no todos habrían podido sobrevivir a la pobreza. Le dolía el corazón porque alguien tan joven hubiera tenido que enfrentar las consecuencias de la pérdida y, sin embargo, ¿no tenían que hacerlo todos? Ella había perdido a su abuela. Nevil a alguno de sus hermanos. Hardy a Egon. Puede que los tres también perdieran a Aden. Darya no podía leer el periódico, así que escuchaba lo que se rumoreaba en la ciudad. Había tensiones encontradas en los países del este de Europa. Tensiones que podían granjearle enemigos a Inglaterra.

¿Qué significaba que Inglaterra tuviera enemigos?

—No.

Fue firme y decidido: no era no.

—Podrían pagarte una fortuna —le aferraba con tanta fuerza el brazo que le hacía daño—. Whelan, podríamos comer una semana más.

—No puedo —y luego, más débil—: no le gustaría.

—Que le jodan a Aden, se ha largado y nos ha dejado aquí sin nada. No va a volver.

—¡No! —Tironeó para desasirse, Hardy la tenía aferrada con tanta fuerza que iba a amaratarle el brazo. Darya intentó retener las lágrimas. La vieja que tenían delante tenía solo un diente de color amarillo y feo, babeaba a consecuencia de ello con frecuencia y tenía una mirada fea y ansiosa, cautivada con el cabello voluminoso de la joven.

—Os he hecho mi última oferta, no tengo todo el día.

Hardy le gruñó y luego llevó una mano al pelo de Darya, retorciéndoselo hasta formar un único tirabuzón. Le tiró para echarle la cabeza hacia atrás, extrayendo una navaja del bolsillo.

—Lo siento Darya —murmuró en su oído, de forma que la vieja no les escuchase—, tenemos que sobrevivir.

Encontró sopa de cebolla y patata de la noche anterior en la cazuela cuando regresó al piso. Se sentó a comérsela con lentitud, sabiendo que a la hora tendría hambre, y que el hambre convirtió su estómago en un dolor constante. Llevaba el cuello del abrigo alto, intentando esconderse en él. Intentando desaparecer en él. Se frotaba el pecho de vez en cuando, ausente, los nudillos contra los huesos marcados del esternón, también le dolía. Darya se dolía mucho aquellas semanas, lo llevaba en silencio, en los labios apretados y lo muy grande que parecía calzarle la chaqueta.

—Me gustaría poder traerte más, es lo que he podido robar de la despensa.

—Gracias —consiguió decir, con aquella voz pequeña. No quería la caridad de Garrett. Ella no era responsabilidad de nadie más que de sí misma. No podía pagarle nada de aquello de vuelta. Pero gracias. En la cesta había cuatro huevos, dos cebollas, cuatro o cinco nabos y patatas, leche en polvo y pan. Encontró también chocolate. Era todo un tesoro. Tensó los dedos en torno al asa de la cesta, sabiendo que allí en el portal del edificio de su propia casa nadie podría quitárselo. El miedo la había vuelto cautelosa.

Pasó el resto del día tumbada. Quería que se acabase el invierno. Añoraba la calidez del sol y de la primavera, de la naturaleza floreciente y de los gatos callejeros. Quería que el fantasma que vivía en aquella habitación con ella volviera a ocupar la silla junto a su cama. Que se tumbara con

ella.

A cambio, se llevó un apretón en un tobillo. Podía interpretarse como una caricia, considerando que provenía de Hardy. El hombre estaba sentado en la cama y parecía que le estaba constando un verdadero esfuerzo estar allí, lo llevaba escrito en el rostro. Darya no se movió una pulgada de la postura encogida en la que se hallaba, sepultada bajo las mantas y dispuesta a contemplar los días pasar hasta que todos se diluyeran, lejos, y ella no tuviera que vivirlos.

—Háblame —le pidió en un susurro quebradizo—. De ti. De Egon.

La expresión del hombre se tornó mucho más violenta y mucho más oscura. Fue un instante, una conclusión a la que llegó consigo mismo, ya que al segundo siguiente tenía un gesto más abierto en el rostro. Aceptó. Le hablaría de aquello y de todo cuanto pudiese, porque ella llevaba la nuca desnuda por él.

—Egon era solo un bulto tembloroso, poco más que un perro. Todo huesos y abandono. Tardó tres meses en hablar. Cuando por fin lo hizo supimos que no era exactamente igual a nosotros. Igual a una persona convencional. No sé qué, pero sí sé que hubiera muerto de seguir en las calles. Aden propuso que usáramos uno de los almacenes de su familia para que el niño pudiera dormir en algún sitio. Al principio estaba completamente solo. Yo tenía que trabajar en la fábrica y Aden era el juguete de su padre. Era un niño raro, abandonado y triste, y aún así siempre se reía por todo. Cualquiera cosa le hacía reír. Nunca he visto la cara de nadie iluminarse de la misma forma cuando nos veía llegar por el camino desde una de las ventanas—. Tomó aire un instante y luego se encogió de hombros—. Tal vez la tuya lo haga a veces. Aden era igual de orgulloso e igual de imbécil de lo que es ahora, solo que más temerario entonces. Nos la jugamos más de una vez por todo lo que robaba.

—¿Robaba?

—Sí. No iba a pedírselo a su padre, siempre quiso mantenernos al margen. Daba igual, Michel sabía que existíamos. Me echó de la fábrica por ver qué hacía Aden. Y probablemente también para hacerle ver que sus ilusiones de poder e independencia eran solo eso: ilusiones. Al final él tenía la última palabra. Podía hacernos la vida imposible si quería.

—¿Qué hizo entonces?

—Buscó un sitio donde pudiéramos estar lejos de su padre. Así fue como estamos aquí, en el apartamento en Elmhurst. Supongo que el dinero lo sacó de pedírselo al capullo de Silas—. Eso, entendió, conectaba muchos hilos. Si Aden tuvo que recurrir a alguien que no fuera su padre sería a la siguiente figura de autoridad que conocía en su vida: su padrino. También explicaba todos los lazos que lo unían a él y a su hijo. E incluso la animadversión que le profesaban el resto de soldados en el cuartel, habiendo un claro vínculo más allá de la profesionalidad entre uno y otro.

Se quedó pequeña en ese lado de la cama, con la presencia de Hardy, dejando que en su corazón se destaparan todas las penas. Le hubiera gustado haber conocido a ese Aden. El que era un chiquillo serio y maduro, de pelo revuelto y brillantes ojos verdes. Le gustaría seguir

conociéndole, si algún día volvía.

Apretó la cabeza contra la almohada para que Hardy no la viera. Él no se fue. Ella no le pidió que lo hiciera. Solo que:

—Llévame lejos de aquí.

Quería volver a sus campos de patatas. Quería volver a las doce millas que caminaba todos los veranos hasta que el aire estaba cargado de humedad y salitre y a lo lejos escuchaba el bramido de las olas contra los acantilados. Hasta que llegaba a lo alto de la colina, podía mirar las rocas despuntando entre las aguas furiosas y el sol asomaba entre las nubes grises, los rayos sobre los parajes verdes de Irlanda un paisaje dramático. Quería coger huevos de gaviotas para llevárselos a *neni*, si tenía suerte y podía alcanzar alguno sin trechar por el acantilado. Quería las flores blancas que crecían en la pared norte de la abadía en ruinas cuando empezaba a asomar la primavera. El olor dulce de los ciruelos de vuelta a la finca. La brisa feroz de la cumbre de las colinas. La piel besada por el sol, por el viento y por la sal. Que *neni* la riñera al volver porque ese cabello iba a ser imposible de desenredar y por ello le permitía estar en el baño un poco más, usar el jabón de oliva y después cerrar los ojos plácidamente en el suelo, mientras la abuela le peinaba todos los rizos, se los secaba bien y le tejía una trenza en torno a la cabeza, para que ella pudiera adornarla con flores al llegar la noche, antes de que fueran al pueblo a unirse a la fiesta del verano.

Hardy le contestó:

—No puedo, lobezno.

Y era verdad: no podía. Ni él, ni Dios.

Lo último que se llevó del invierno fue la dura voz del tullido, un miércoles, diciéndole que:

—Darya Whelan. Levántate, y mira esto.

No quería moverse, ni mirar. Apretó con fuerza los párpados.

—DARYA.

Y Darya abrió los ojos.

—Ha llegado una carta de Aden.

Febrero 27, 1914.

Hardy:

No hay gran ocupación por aquí: políticos y tropas para entrenamiento. La comida es desagradable en general, el tiempo invariable. Confío en que la misiva os llegue. Podéis contestar a la misma dirección del remite. Dadle la correspondencia a Garrett, él se encargará.

Estoy seguro de que mi padre encontrará formas de haceros la vida imposible.

Lo siento.

A Darya:

“That was the strange thing, that one did not know where one was going, or what one wanted, and followed blindly, suffering so much in secret, always unprepared and amazed and knowing nothing; but one thing led to another and by degrees something had formed itself out of nothing, and so one reached at last this calm, this quiet, this certainty, and it was this process that people called living.”

Aden.

Había obligado a Hardy a leer la carta una y otra vez hasta aprendérsela de memoria. Había tocado ese *Aden* con las yemas de los dedos hasta correr la tinta, hasta aprender de memoria las letras, hasta dibujárselo ahí, en la muñeca, con la mano inexperta de quien no está acostumbrada a escribir y pasó el resto del día tocándolo mientras trabajaba, recordándose que se había llevado un trozo con ella y era así, que sobrevivía al día a día.

C10.

—Eres la única persona que le gusta a Hardy.

La chica frunció un poco el ceño, iba mirando los adoquines húmedos para asegurarse no resbalar. Nevil insistió en acompañarla aquella mañana, justo cuando ella insistió en despedirse. Se tomaba las advertencias en serio, lo había hecho con la de Garrett. Ahora caminaba, muy escondida dentro del abrigo que el tullido la había obligado a recuperar de Bastian, todavía pensando si le haría falta en ese otro lugar donde estuviera, y si, tal vez, también estaba ahí neni para darle uno como el que le había dado a ella. Su abrigo era lo único que Darya tenía para protegerse del mundo.

—Tiene más corazón del que puede soportar. Por eso se queda con todos nosotros —era así. Más que dolerle la pierna Darya sabía que le dolía el pecho y se lo frotaba y masajeaba como si tuviera una constante tos seca, intentando calentárselo con alcohol y sin que funcionase.

—Es fascinante —empezó Nevil, caminaba cerca de ella, todavía no demasiado seguro de que Darya no fuera a desmayarse en cualquier momento y la chica no podía culparle. Es más, le reconfortaba que pudieran caminar así: codo con codo. Al mismo paso. A la misma altura. Ambos venían de la tierra—, cómo entiendes a las personas. Y que sigas aquí, después de cómo se portó Hardy.

—Hizo que Aden mostrara que aún se puede romper y que no todo estaba perdido entre ellos dos. Se va y dice ojalá se muera pero no es tan fácil matar algo que forma parte de ti mismo. Si le pasara algo a Aden... el... imperio del señor Savage se caería sin su heredero y con él muchos puestos de trabajo y familias, el partido perdería un gran ingreso, Jared se culparía. Nosotros no tendríamos dónde estar. Hardy dice ojalá se muera porque sería fácil pero en realidad espera que eso nunca ocurra... Aunque Aden parezca hacer las cosas mal, al menos las hace. Mi abuela decía que todos somos una tela de araña y que estamos aquí gracias a la araña que ha pasado horas tejiéndonos. Sin ella no somos nada. Es importante cuidar de ella, aunque sea venenosa. ¿Lo entiendes? Hardy lo entiende así.

Solo que su abuela se había referido a Dios, pero lo mismo era, en opinión de Darya. El nexa de unión de todos ellos era el capitán y su constante intento por mantener la familia que él había escogido al margen de aquella en la que había nacido.

—A partir de aquí tengo que ir sola.

—¿Sola? ¿A dónde?

—Necesito que confíes en mí —lo dijo muy seria, con aquellos ojos negros profundos como un abismo. Estaba parada en medio de la calle, obligando a Nevil a detenerse con ella. El joven no

parecía dispuesto a dejarla ir, pero tampoco quería desobedecerla. Darya le dedicó una pequeña sonrisa. Dulce, suave. Levantó una mano para acariciarle el mentón, que fue su manera de agradecerle la compañía y después continuó calle arriba, hacia su destino.

Nevil no era el primero en decirle que tenía una forma especial de entender a las personas, era algo que también lo decía neni. Si podía entender a las personas, también tenía que ser capaz de tocarlas y arreglarlas. Y Darya Whelan lo intentaba, ponía las manos encima de todos los que habían estado enfermos y esperaba que el dolor le pasase a ella y a veces lo conseguía y a veces no.

Se notó temblar dentro del abrigo y trató de apartar aquellos pensamientos de sí, no le hacían ningún bien. No había podido llevarse el dolor de Bastian. Ni de Hardy. Ni de Nevil. Ni de Aden.

Al final, Hardy tenía razón, y ella no sabía nada de la vida.

A medio camino se detuvo a recobrar el aliento en un portal, descansando la frente sobre las rodillas. Se sentía mal consigo misma: por mucho que había tratado no hacerlo, se levantaba pensando Aden se acostaba pensando Aden y las veces que no podía dormir, que no eran muchas, soñaba con sus botas negras y su boca que no sonreía.

Tenía que parar.

Pero es que él tenía que volver.

Tenía que volver, ¿verdad? Por eso Darya se levantaba y acostaba, porque Aden tenía que volver y tenía que encontrarla tal cual la había dejado. También por eso estaba ahí, de camino a aquella casa: tenían que sobrevivir.

Llamó a la puerta. Se sentía débil. El hombre del servicio que la recibió casi se la cierra en la cara, pero Darya trabó el pie en el último instante.

—P-

—No damos limosnas.

—No mendigo, busco al señor Savage.

El hombre la miró de la cabeza a los pies.

—Dudo que el señor tenga algún interés. Lárgate o avisaré a los gendarmes.

—Es urgente.

Intentó cerrar la puerta, aplastó el pie de Darya y ella se encogió de dolor.

—Déjeme pasar, es urgente. Es sobre su hijo, Aden.

Pareció que aquello eran palabras mayores, porque el hombre cedió y la dejó pasar. La condujo directamente al despacho.

La mirada helada de Michel Savage le arrancó la piel del cuerpo. Darya intentó no esconderse en el abrigo, quiso mantenerse erguida y firme, digna. Una profunda arruga de consternación le surcaba la frente, acompañando a una oscura vena en el puente de la nariz. Pequeños rasguños de edad en las comisuras de los labios y los ojos, el cabello encanecido en las sienes. Creía haber estado preparada, no lo estaba: sus ojos eran como dos cuchilladas. Esos ojos verdes, los que te perseguirían por toda Londres, Darya, te perseguirían por todas las Londres de tus vidas. Esos ojos verdes, dolorosamente vivos, al otro lado del escritorio.

Tan parecidos y tan diferentes.

—Fuera de mi casa.

—He venido por el dinero —sonó más fuerte de lo que se sentía.

—Fuera de mi casa.

—No me iré sin el dinero.

Michel la continuó estudiando desde el otro lado del escritorio.

—¿Qué te hace suponer que tengo nada para ti?

—Aden —inspiró hondo—. Es su voluntad.

El hombre no contestó, y Darya comprendió que Michel no iba a darle una libra de la asignación de Aden. Si él no estaba allí para administrarla él mismo, ¿qué le quedaba? Bajó los ojos a los pies. Los zapatos remendados tenían un agujero en la suela. Varios desgarros, algún parche y mucho mundo. Movi6 los dedos dentro, los tenía entumecidos del frío. Quiso pensar que casi no podía moverlos porque los tenía hundidos en arena.

Cálida arena de verano.

La nieve se agolpaba contra los ventanales y el viento aullaba en las calles. Si se esforzaba un poco, a la arena de verano le acompañaba el bramido del aire, libre, a lo largo y ancho del lago Gill, no muy lejos de Sligo. La tranquilidad del agua, la vegetación frondosa y el cielo despejado, infinito hasta donde Darya podía mirarlo.

—Volverá.

Volverá, fue todo lo que dijo, y Michel seguía mirándola. ¿Era una amenaza? La despidió contestándole que la próxima vez que la viera le cruzaría la cara por insolente, y el hombre del servicio se aseguró de pegarle un empujón en la calle que la hizo caer de costado. Darya tardó un

rato en levantarse, aún cuando la puerta ya estaba cerrada y algunos transeúntes la miraban.

Sabía que el hombre cumpliría con su palabra. También sabía que ella volvería, porque necesitaba el dinero.

Aguardó a la vuelta de la manzana, pequeña al cobijo de un gran edificio. Comenzó a llover, llevándose por las calles la miseria del invierno. Se le caló el abrigo. Le traqueteaban los huesos mientras se apretaba contra el portón, buscando cobijarse de la tormenta.

De madrugada, la soberbia casa estaba en silencio y a oscuras. Caminó a su alrededor unos minutos, avistó la ventaba que buscaba y con esfuerzo se encaramó por la fachada. Se quedó inmóvil, el corazón un cataclismo en su pecho, cuando escuchó el rumor de conversaciones en la lejanía. Afortunadamente, nadie prestó atención a la pequeña y escuálida Darya, consumida, empapada y sin fuerzas, pero con la obligación de continuar adelante.

Lo había prometido.

Con dedos helados tanteó el marco de la ventana. No conseguiría hacerla ceder, de forma que colocó el codo en ángulo y le propinó un golpe seco. El cristal ofreció menos resistencia de lo que esperaba, aunque de la inercia atravesó los fragmentos que quedaron intactos y cayó dentro de la estancia. No tenía tiempo: alguien vendría a ver qué era el alboroto. Tanteó en el escritorio para tocar solo papeles que no le servirían de nada, no sabía leer.

Descubrió que el primer cajón del escritorio tenía la llave echada al tiempo que escuchaba alboroto abajo. Ya sentía la fatalidad de haberse colado sin conseguir nada echándole raíces dentro. Manoseó con nerviosismo el cajón e intentó arrancarlo. Tenía que intentar abrirlo.

Estrelló una figura de bronce contra el cajón una, dos, tres veces. El ruido terminó de alertar a toda la casa. Al otro lado de la puerta, alguien peleó con una llave para abrirla justo cuando el cajón salió despedido hacia atrás y aterrizó en el suelo entre polvo y papeles. Darya se abalanzó para cogerlos todos cuando la puerta se abrió y Michael Savage irrumpió en la estancia.

—¡TÚ! —Aulló, precipitándose hacia ella. Logró aferrarla del cabello y tirar de ella hacia atrás. Darya perdió pie y notó uno de los cristales aún aferrados al marco de la ventana cortarle el abrigo y la piel. Chilló de dolor. Tenía los dedos anclados al alféizar, no podían encerrarla en el calabozo.

Tenía que volver.

Se retorció desesperadamente, Michael estaba a punto de arrancarle el pelo. Cerró la mano en torno a uno de los cristales rotos, giró el brazo y cortó la cara del hombre. La liberó con un bramido, Darya cayó al vacío. La altura no era tanta y dio con los huesos en restos de barro y nieve, pero fue suficiente para aturdirlo. Le dolía todo el cuerpo, le pitaba una oreja. Se llevó una mano a la cabeza.

Darya, levántate.

Y se levantó. Consiguió trotar calle abajo, coja, dolorida y desorientada, apretando contra sí con una mano sangrante todos aquellos papeles que no sabía si tenían valor.

Corre, Darya, corre.

Y Darya corría. Aquella voz también le había dicho *vive*.

Y Darya vivía.

Irrumpió en el piso, agotada, aterrada, herida. Llegó hasta la pequeña estufa y se derrumbó en la manta allí, haciéndose pequeña, pequeña, hasta que fue todo huesos y rizos y pudo esconderse debajo, como hacía los últimos meses del invierno cuando el viento era un aullido constante colérico y toda la casa protestaba el abuso. Neni nunca fue amable con ella y su miedo, pero Darya nunca dejó de esconderse los días de viento: como entonces, pequeña hasta que era una niña otra vez y no estaba allí, sino de vuelta al hogar, a lo que conocía. Donde no tenía que ser fuerte. Donde no tenía que sobrevivir. Donde no tenía que librar batallas que exigían todo de sí misma, sin saber si algún día podría ganar la guerra. Quería a Aden consigo.

Lo quería de vuelta.

Se arrebujo más todavía, rozando la nariz helada contra las mantas, esperando recuperar un olor que ya no estaba. Se negó a llorar, por mucho que se doliera. No lo había hecho en aquellos meses: no lo haría ahora. Estaba llegando la primavera. Los días eran más cálidos, llovía con más abundancia. Ya no nevería otra vez, dejaría de hacer frío. Podría salir a la calle con su vestido, sentir el sol en la piel. Le volverían a salir pecas. Habría flores. Tenía que ir a Prim Rose otra vez, para poder ver toda Londres florecida. Verde. Las hojas ya despuntaban en las ramas, por las mañanas escuchaba los pájaros trinar. Tenían nidos en los alféizares, suponía que ahí estaban bien, porque estarían cómodos y calientes si en la casa tenían suficiente dinero para las estufas...

Quiso dejarse ir siguiendo ese hilo de pensamiento, donde olía a pastel de manzana y podía correr entre las flores que escupía la primavera a los pies de la finca. Se obligó a abrir los ojos. El dolor de la mano era latente y constante, todavía sangraba. Tenía rasguños en la pierna izquierda.

Si quería arreglar algo, antes tenía que ser a sí misma. Su familia la necesitaba.

Con esa idea dándole fuerzas se limpió la herida de haber cogido el cristal con la palma desnuda y rezó con que bastara cambiándose el vendaje con frecuencia y desinfectándose la herida. No creía poder darse puntos a sí misma.

Dormitó a momentos, creyó comer cachos de pan a otros, hacía demasiado frío como para salir del pequeño refugio que era suyo, ahí donde podía ser vulnerable y podía esconderse. Ahí donde no tenía que pretender que podía cargar con todas las responsabilidades y fantasmas de aquella

casa. Escuchaba los lobos gruñir en el silencio.

Debían ser ellos quienes traían el invierno y le roían los huesos, por eso nunca conseguía entrar en calor.

De vez en cuando miraba los papeles que había robado, había muchos sobres. ¿Tal vez alguno tenía libras? Los abrió con la mano sana con cautela, advirtiendo que la mayoría estaban manchados de sangre. No consiguió dinero de ninguno de los sobres y sintió el estómago retorcerse: había sido para nada.

Cuando una lágrima empezó a caerle por la mejilla se la limpió con coraje.

De qué le servía dolerse. Ella no era así. Ella no se permitía sentirse superada por ninguna emoción negativa, y fueron sus manos las que enterraron a neni. Fue ella la que cavó la tumba. Fue ella la que le hizo frente a la ausencia, a ese agujero en su corazón que le decía que tenía que suplir el hueco que había dejado su abuela y no sabía cómo. No podía encargarse de su propia finca.

Suspiró de agotamiento, frotando la cara contra el edredón en sus rodillas.

Si no podía hacer nada, no podía hacer nada. Todo aquello estaba fuera de su control, por mucho que ella quisiera sobreponerse. Aden se había marchado. Hardy se dolía. Bastian estaba muerto. Nevil hablaba de rebelión y sindicalismo, de cambiar el mundo. Darya se miraba los pies y se preguntaba cómo iban ellos a cambiar nada, si apenas podían sostenerse. Tenía Nevil razón, ¿y había que exigir que las cosas fueran diferentes?

No lo sabía.

Siempre habría alguien con poder, no importaba quién fuera.

Siempre habría hambre, aunque fueran otros quienes la pasaran.

Al llegar la mañana se incorporó, todavía agotada, mojó pan en leche para reblandecerlo y echó un poco de ese sucedáneo de chocolate que le había regalado Garrett. Se sentó frente a la ventana a contemplar el cielo encapotado y lo rápido que despertaba Londres pese al lento amanecer del día. Le dolía la herida más de lo que su mente registraba, la mirada perdida en el horizonte de edificios y la niebla que se levantaba. Siempre había niebla. Aquella ciudad era húmeda, plomiza y gris. El oxígeno no era limpio. Siempre había vehículos y voces en el exterior.

Había preparado suficiente desayuno para todos, ya esperaba la aparición de Nevil cuando el día clareó lo suficiente, aunque no esperaba la alarma del chico ante el desparrame de papeles manchados. Cuando intentó hablar con ella Darya no lo miró. Quería quedarse en sus cristales, en la suave lluvia que caía. No quería pensar en las ausencias, en la sensación de fracaso. De impotencia. Pequeña, pequeña Darya. Su existencia no iba a cambiar el mundo.

¿Quería hacerlo?

Nevil le retiró la mano del hombro y se encogió un poco. Había algo mal en Darya. Sus ojos eran opacos, no brillantes. Su rostro no tenía emoción.

Se sentó junto a ella, no obstante, con su parte de la leche con pan y estiró el tiempo tanto como pudo para hacerle compañía, aunque luego tuviera que correr para llegar a tiempo a su turno en la Fulham.

Se despidió prometiendo que volvería pronto ese día, que no había ningún mitin al que asistir y que podrían hacer algo juntos si quería. ¿Pasear?

Darya no contestó.

Fue una mano diferente aferrándole del brazo y tirando de ella lo que la hizo girar la cabeza y en los segundos en los que tardó en volver en sí en lo único en lo que pudo centrarse fue en la expresión de Hardy, como no la había visto nunca: tenía el rostro lívido, había tensión en su boca y en su ceño. Se le saltó el corazón en el pecho y se ancló al sentimiento de esos dedos clavándosele en el brazo para que el resto tuviera sentido: Hardy olía a químicos, su pelo estaba sucio, su voz ronca.

—Darya, Aden está en el hospital.

Ha recibido un balazo.

C11.

Catherine Savage estaba sentada junto a la camilla de su hijo. Mirar al hombre que yacía y cohesionar todas las imágenes que tenía de él en una sola persona cuando no conocía los últimos diez años de su vida le originó una oprimente sensación de angustia en el pecho. Tenía recuerdos vívidos del Aden de seis años que había corrido por la calle como el resto de niños de su edad, el de trece, ya demasiado serio y el de quince, tan alto, delgado y maduro.

Ahora su hijo tenía veinticuatro años y probablemente muriese.

Le acarició el cabello encrespado. Lo llevaba al estilo militar, aunque le había crecido tanto el tiempo que había pasado lejos de Inglaterra que algunos mechones se le iban hacia la frente. Se los echó hacia atrás, intentando despejarle un rostro que yacía plácido. Hacía tan solo seis horas, había estado curvado de dolor, tras la tercera intervención. La primera se la habían practicado directamente allí en el campamento donde había estado, cuando el soldado había errado el tiro y la bala había atravesado el hombro de Aden. Habían detenido la hemorragia, pero no habían podido sacar la bala.

La alternativa que ofrecieron fue trasladarlo a Roma en barco, donde sufrió una segunda intervención y, convaleciente y con fiebre, llevarlo de vuelta a Inglaterra. Los médicos acababan de reabrirle los puntos, desinfectarle la herida y sacar lo que el médico italiano se dejó dentro: un trozo de la camisa de Aden.

—Michel, quiero afeitar a nuestro hijo.

Michel estaba de pie junto a la camilla, había pasado las seis horas en la misma postura, sin moverse, sin emoción alguna. Se giró hacia la enfermera que se mantenía a la entrada de la habitación.

—Ya ha oído.

—Sí señor.

—Mi niño pequeño... —Catherine sostuvo la mano de Aden, acariciándole los nudillos. Su nombre en la voz dura de su marido la hizo plegar los labios y guardar un obstinado silencio, reprendida, aunque no soltó la mano.

El alboroto que se sucedió en la entrada la hizo girar la cabeza hacia el foco del estruendo, preguntándose si es que a la enfermera se le habría caído algo sin esperar que tras el entrecocar de utensilios metálicos y las airadas voces de dos médicos en la figura se materializase una figura consumida, lívida, quien con pausa miró primero a Aden y como si su mente no hubiera sido capaz de procesar la imagen, después a Catherine. Ella se estremeció ante esos ojos tragados por el

abismo: ojos de locura.

Corrió. Liviana, sus pies no hacían ningún ruido en contacto con el suelo. Era etérea: un soplo de viento, un fantasma. Catherine podía verle las calles que tenía por venas en las huesudas manos, el cuello, las sienes, apenas cubiertas por los rizos negros y salvajes que se le arremolinaban en la nuca.

Catherine no sabía quién era aquella chica, qué hacía ahí ni de qué conocía a Aden, pero no fue incapaz de impedirle que se acercase. La observó palparle los pies al joven, las piernas, las rodillas, los muslos, las caderas, el costado, le pasó las manos por el abdomen, por el pecho, procuró no tocar el vendaje y después, después, con una delicadeza infinita, completamente ausente pero dolorosamente allí en carne y hueso acomodó las palmas de las manos en torno a la mandíbula de Aden, procurando extender todos sus dedos a toda la piel que pudiera abarcar. Le sostuvo el rostro durante eternos segundos.

Entonces Michel la volvió de un tirón y la abofeteó.

La chica cayó contra la camilla y luego al suelo. No pareció consciente de ninguno de los dos golpes, porque se volvió a levantar y devolvió las manos al rostro de Aden, esas manos tan pequeñas y tan finas que parecían encajar tan bien con el mentón de él. No habló, no se quejó, casi parecía no respirar.

El corte en la mejilla de Michel hasta su barbilla bramaba venganza.

—¡SACADLA DE AQUÍ! —Su rugido resonó como un estallido en el silencio expectante de la habitación. El médico en la puerta pareció reaccionar, aferrando a la muchacha del hombro e intentando arrastrarla. Ella se lo quitó de encima revolviéndose, desesperada por devolver las manos a aquel rostro como si esa fuera la única cura válida: como si fuera la clave de todo. Cuando el médico trató de apartarla una segunda vez, con mucha más dureza, ella le arañó los brazos y le empujó, su rostro una frágil composición de ira primitiva. Michel aprovechó para abofetearla una segunda vez, empleando toda su fuerza—. ¡VOY A MATARTE!

La chica cayó de nuevo al suelo y gateó debajo de la camilla zafándose de él, irguiéndose al lado de Catherine. Catherine solo podía mirarla. La miró subirse al camastro a pesar del esfuerzo conjunto de dos hombres mucho más voluminosos que ella por sacarla de allí. Debía estar en los huesos y sin embargo había clavado los dedos en los barrotes de la cama, los ojos fijos en el rostro de Aden. Solo eso: solo esos ojos y esa mano que desesperadamente luchaba por encontrar la piel de él, y Michel que introducía la mano en el interior del abrigo ahí donde Catherine sabía que llevaba un revólver,

—¡BASTA!

El movimiento se interrumpió. El doctor dejó de tirar de la joven, que por fin pudo apoyar la mano que no tenía vendada en la cara de Aden y se acurrucó ocupando el menor espacio posible en torno a la cabeza de él, curvando las piernas en torno al hombro que tenía sano, llevando especial cuidado en no entrar en contacto con su herida. No se fijó en nadie, cabía la posibilidad

de que ni siquiera los viera allí. Catherine entendió. Miró a su marido, con el revólver ya en la mano y la cólera tan fría en su semblante que le congeló la voz antes de que pudiera volver a levantarla. Le sudaban las palmas de las manos. Nunca se había enfrentado a su marido.

Por aquella chica lo hizo:

—Todos fuera de aquí.

Michel desvió la mirada para centrarla en ella, sin creerse que se atreviera a socavarle la autoridad y antes de que pudiera reaccionar y apretar el gatillo Catherine se inclinó hacia delante y se interpuso en la trayectoria de la bala. Miró a Michel y Michel la miró a ella, el desconcierto un segundo asomándose a sus ojos fríos. Después la rabia. Estaba siendo confrontado y humillado por una obrera salvaje y por su propia mujer. Una obrera salvaje que hacía solo unos días le había cortado la cara. No llevaba puntos de milagro.

Su mirada prometía castigo cuando se guardó el revólver en la chaqueta de nuevo y el desaire de su mentón les anunció que ojalá se murieran. Catherine estaba muy decidida a que allí no se muriera nadie, por mucho que su marido lo quisiera. Observó su espalda mientras salía de la habitación, quedando unos instantes después solo uno de los médicos que habían atendido a su hijo.

—Con toda esa suciedad Aden podría sufrir más complicaciones —advirtió André Palmer.

Era cierto, aquella chica parecía haber salido del mismo barro.

—Tráigame a alguien de mi personal—. El médico no obedeció. Catherine le clavó una mirada reprobatoria—. No voy a abandonarlos aquí. Hágalo.

Sobre todo porque estaba segura de que su marido podría cambiar de opinión, volver, y dispararles a los tres.

Catherine mandó a su personal de servicio a que trajeran lo más viejo que tenía en su propio armario, además de un abrigo en condiciones. Y comida.

Corrió las cortinas para brindarles intimidación mientras el servicio cumplía y en el tiempo en el que se decidía a cómo proceder, se sintió una intrusa. Había una atmósfera que no la incluía allí, tejida en aquellas manos tan limpias pese a lo ajado y sucio del resto de la chiquilla que delineaban, insaciables, los rasgos de su hijo. Le alisaban las pequeñas arrugas en torno a los ojos y en el entrecejo, le tocaban los tres lunares en la cara, le despejaban la frente, le acariciaban la barbilla.

Era una lealtad sin límites, la había visto llegar, habían cruzado miradas y lo había entendido:

aquella niña sucia moriría por Aden.

Era un sentimiento inmenso, inabarcable, absoluto, la forma en la que se pertenecían.

—Le harás daño si no te limpias.

Eso pareció hacerla reaccionar. Levantó la mirada perdida y la enfocó en Catherine. Había mandado traer un balde con agua caliente. Se arremangó.

—Ven. No tienes que dejarle, ven y deja que te limpie. Así correremos menos riesgos.

Accedió. Se desvistió sin que le preocupara quién viera su cuerpo desnudo y enredando los dedos con los de él se metió en el balde. Permitió que Catherine la lavase, aunque no apartó la mirada ni una sola vez. El agua y el jabón le resbalaban por la piel, llevándose consigo la suciedad. Le lavó el pelo, la secó, pidió ayuda a la enfermera porque la herida que tenía en la mano tal vez no estaba tan bien, la desinfectaron, le cambiaron el vendaje y Catherine la vistió con uno de sus vestidos viejos.

Fue más difícil alimentarla. Tuvo que convencerla de que era necesario: tenía que tener fuerzas si quería que Aden se recuperase. Era solo sopa caliente y pan negro.

Cuando por fin la dejó ir, se subió al camastro y se acurrucó en la misma posición que antes, protegiéndolo con su cuerpo de esquinas y ausencias, dispuesta a que su piel fuera la barrera entre el mundo y Aden, entre la muerte y Aden.

Después de observarlos durante una hora entera comprendió que no, que ella no estaba allí como defensa, estaba allí para morir con él si él se moría esa noche.

Estaba allí para seguirlo a donde fuera.

Salió en silencio, dándoles unos minutos sin ella allí presente para enviar un recado al cuartel: pidió un guardia para la camilla de Aden: le aterraba las represalias que pudiera tomar Michel. Conocía a Jared lo suficiente como para saber que, con toda posibilidad, enviaría a su propio hijo.

No fue Garrett quien acudió, sino un soldado grande de espeso bigote y pronunciado ceño que se colocó al otro lado de la cortina y se quedó inmóvil, los ojos fijos en la entrada. Le propició la suficiente sensación de seguridad como para que Catherine soltara el aire que retenía y se deshiciera en la silla junto a la camilla, apartada y a la vez presente.

Jared había sido generoso: un guarida sin pedirle una justificación por Aden.

O quizás por ella.

No fue hasta que pasaron diez horas y ocho visitas de André Palmer para verificar que Aden estaba vivo que Catherine no preguntó lo que de verdad la intrigaba:

—¿Por qué?

Por qué esas manos que le sostenían el rostro, por qué ese empeño. Ella levantó la vista, un instante, llegó a despegar los labios agrietados:

—Se curará.

Nada más que se curará. Ni siquiera lo dijo con voz. Movi6 la boca y Catherine la entendi6.

No cuestionarí a las creencias de una persona.

Así que en lugar de eso, se mir6 la punta de los zapatos y llen6 el silencio:

—Cuando conocí a Michel, era un hombre distinto. Incluso podrí haber dicho que era alegre. Después de nuestro matrimonio semana a semana se fue consumiendo en ese despacho. Dej6 de interesarle su hogar, amigos, esposa. Todo se redujo a la ambición de poder. Siempre a querer algo más, lo que tenía no era suficiente. Y después vino Aden y pensé... No lo sé. Tal vez fui una ingenua. Aden nos distanci6 incluso más. Y a pesar de ello y por fortuna, mi hijo no es como su padre.

Era una estúpida, ya lo sabí a. Querí explicarle a aquella desconocida algo importante: la persona que sostenía en sus manos era el secreto del universo, el tesoro que pas6 años cuidando. Aden era todo lo que tenía, aunque ya no lo conociera. Querí decirle que le dolía, pero también querí decirle por qué era así, Catherine sabí a los motivos. Querí decirle que sentí haber fracasado como madre no pudiendo darle a su propio hijo una familia, ni un hogar, viendo cómo el resentimiento entre los dos hombres de su vida crecía hasta romper lo que quedaba de la unidad entre ambos, y querí decirle, sobre todo, que agradecía que al otro lado de todas las cosas estuviera ella: dispuesta a todo en este mundo por su hijo. *Esa* era una entrega que podí rivalizar con la de cualquier madre.

—Mi hijo no es como su padre —repiti6, para hacerlo más real—. Aden es... tan dependiente como yo. Posiblemente esa sea su cruz. Desde que era un niño se metía en problemas por otros. Una vez asumi6 las culpas de un desvergonzado del personal que rompi6 las porcelanas. Tení siete años —una pausa, tom6 aire—. Michel lo castiga por ello. Una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. ¿Qué podí hacer yo? ¿Llevármelo? ¿Esconderlo? Michel nunca entenderá que su propia sangre no es del color rojo que él quiere que sea. Aden carece de ambición por el poder. No quiere dinero, ni prestigio. Solo quiere...

—Una familia —complet6 la desconocida por ella. Su pecho apenas se movía. Sus ojos eran muy, muy negros.

Catherine no tenía ninguna duda de que eso era lo que la chiquilla simbolizaba para Aden. Un punto de equilibrio. Una razón de existencia, de lucha. Una esperanza: si ella existía, su padre no lo tenía todo.

La mujer se reclin6 en la silla y cerr6 los ojos. Ese era un buen orden en las cosas: ella ya no podí proteger a Aden, no podí hacer nada por él. Tení su propia batalla intentando sobrevivir a Michel y a la idea de un matrimonio que no había funcionado porque todo lo que ella representaba

no era suficiente para su marido. Y estaba bien, ya lo sabía. Las necesidades de Michel no definían el valor de la vida de Catherine. Le había llevado más de una década entenderlo, igual le faltaba otra década más para asumirlo. Ambos, tanto ella como Aden, tenían derecho a una existencia al margen de Michel.

Solo que su marido no lo entendía.

Y no todas las formas de rebelarse eran adecuadas.

Se sentía cansada.

Simpatizaba muy bien con las ojeras debajo de los ojos de la niña. Aunque ahora, si era cierto que tenía razón y Aden se curaría- Catherine no iba a cuestionar eso tampoco-, ambas podrían descansar. Puede que la sensación de seguridad no viniera del guardia apostado al otro lado de la cortina, sino de la joven y su forma de prometer sin palabras que mientras estuviera ella allí, todo saldría bien.

En algún punto de la noche escuchó movimiento y se despertó, creyendo que Aden sufría. No: ella se había levantado de la cama y se estaba calzando.

—¿Te vas? —Se sorprendió a sí misma preguntando, la voz ronca del desuso. Le dolía el cuerpo de la incómoda silla.

—Volveré en unas horas. Tengo que hacer la comida. Tengo que decirles que sigue vivo.

No preguntó a quienes. Encontró que no pudo por no saber si tenía permiso para ello, igual que se encontró esperando que la chica regresara, aun cuando todavía no se había marchado. La observó mirar a Aden, toda ella dolor en un cuerpo. Le acarició el pelo, prometiendo, con esos dedos que tocaban que en nada estaría allí de nuevo, para continuar haciendo lo que mejor se le daba: salvar a ambos.

C12.

Hardy casi se abalanzó sobre ella en cuanto regresó al piso. Darya le hizo un gesto, pidiéndole un momento. El hombre llegó a extender una mano para sostenerle el codo y eso fue todo lo que necesitó para derrumbarse. Bajó la cara, permitiendo que el pelo le cubriera la expresión. Un instante, se dijo.

Un instante para sobreponerse.

—Está vivo. Está bien. El doctor dice que si sigue así en las próximas cuarenta y ocho horas saldrá de riesgo.

Hardy tardó aún un rato más en soltarle el brazo pero cuando la dejó ir, Darya creyó que se caería. Llevó los pasos lentos y pesados al hornillo, luchando contra sí misma para no dejarse vencer por el agotamiento y para no salir corriendo de vuelta al hospital. La separaban muchas millas. Solo pensar en tener que caminarlas de vuelta casi la hizo agacharse en el suelo del apartamento y quedarse encogida y pequeña. No quería ser nadie. Quería estar en aquella camilla, con él, todo el tiempo del mundo.

—¿Cómo lo has sabido? —Consiguió formular, cuarenta minutos después. El soldado no se había movido de su lado, ni él, con todo su aplomo, parecía entender que había existido la verdadera posibilidad de tener una vida sin Aden. Fue verlo allí, de pie en la cocina, apoyado más en una pierna que en la otra, delgado, demacrado, ojeroso y preocupado lo que la hizo entender la verdadera magnitud de los sentimientos de Hardy: odiaba a Aden, y también lo quería. No sabía quién era él al margen del capitán.

Eso no era bueno, pero quién era ella para decidir cómo tenía nadie que sobrevivir a sus heridas. Si Aden y Egon una vez habían sido lo mejor de Hardy, no le parecía tan extraño que él todavía se aferrara a lo que quedaba, por mucho que doliera y ya no fuera suficiente. Los trozos de cristal cortan si los aferras, quería decirle Darya, pero allí todos vivían con fantasmas. Puede que un susto de este calibre fuera suficiente para que Hardy decidiera intentar continuar viviendo de una forma que le permitiera existir en paz con su pasado y su presente. Eso le daría un futuro.

Como carecía de la energía para vocalizar nada de aquello, se limitó a extender un brazo y darle un apretón en la mano: un consuelo. Vuelve a la tierra, con nosotros. Conmigo. Aden está bien. Va a sobrevivir.

Nadie tiene que plantearse qué vendrá después, si él no está.

No podía no estar.

No podía morir.

No puedes, Aden.

Sabía que el agotamiento era el escudo de su cuerpo frente al miedo: miedo de que Aden se fuera de verdad, para siempre, y la dejase allí sola.

Neni le había dicho una vez *Darya nunca digas para siempre que siempre es mucho tiempo y no sabes qué harás ni qué pasará después de muerta que saber eso es cosa de Dios, así que nunca, jamás, lo digas, que no podrás cumplirlo.*

Darya creía en Dios, en el Dios que se había llevado a Bastian y que lo había enterrado en una fosa común, la tumba de los pobres, el que se llevaba todos sus rezos en los días de desesperación, en los más fríos del invierno. Ahora ya no le importaba lo que había dicho su abuela ni lo que le pasara después de muerta porque mientras tanto estaría sola.

Sola, sin él. Y eso era un para siempre.

Darya se estaba ahogando. No consiguió comer. Esto que le tapaba la garganta no le permitía respirar le pesaba en la espalda le aplastaba el pecho, caminó de madrugada todas las millas de vuelta al hospital escondida en ese abrigo nuevo que no olía a ella y que no tenía ni un solo remiendo, Aden tenía que vivir.

No era justo.

Mientras le acariciaba el pelo y le acunaba la cabeza pensó ojalá llevármelo lejos de aquí y sin aviso le volaron bandadas de pájaros desde las paredes del estómago; el dolor se diluyó en la ensoñación de una vida lejos de todo aquello, solo con Aden. La sangre se le agolpó en las mejillas y le devolvió vida a su rostro. Donde antes había paseos sola, recurriendo a recuerdos, ahora había nuevos momentos en los que podía enseñarle todas aquellas flores a los pies de los árboles, podían sentarse a la sombra, descansar entre los helechos, meter los pies en el río y dejar que los pequeños peces les mordieran la piel.

¿Podría ser posible? ¿Seguiría la hacienda de la abuela habitable? ¿Podría coger un tren de vuelta? Había suficiente tierra entre el noroeste de Irlanda y Londres para que el pasado no les persiguiera.

Podrían vivir de la tierra, como había hecho ella tantos años. Tal vez tener una cabra, que les diera leche y mantequilla y dos gallinas. No tendrían que ser nadie más que Darya y Aden en ningún punto de Gran Bretaña, empezando de nuevo. Todo: de nuevo. Construyendo juntos.

Un escalofrío delicioso le resbaló hasta los talones. El suspiro se llevó el peso de su pecho.

La nueva paz en aquella habitación del hospital hablaba de algo tan fuerte como frágil que crecía en el hueco de sus manos, ahí donde también estaba la cara de Aden: esperanza.

Si no llovía demasiado en primavera las aguas del lago se retiraban en verano y descubrían

playas de guijarro redondo. Darya caminó una vez hasta allí, el día de su cumpleaños, neni la hizo extender una manta vieja en el suelo y ambas comieron el estofado de carne que habían cocinado el día anterior, el que había sido el preferido de su padre.

No sabía lo mucho que su corazón había ansiado este silencio devoto y religioso de su pequeño espacio junto a las costillas de Aden, la sombra de Quentin siempre al otro lado de la cortina, la lluvia repiqueteando contra la ventana. No quería a nadie más en este lugar sagrado e inviolable.

Su santuario se había construido con todas las plegarias de labios adentro y todas las caricias de sus dedos pequeños.

Darya miraba el pecho de su capitán hincharse y deshincharse con la entrada de oxígeno.

Sabía que nunca podría pedirle que se fuera con ella, porque Aden jamás le daría la espalda a sus responsabilidades. No se elegiría a sí mismo. Había demasiados secretos en torno a su vida para que desapareciera y todos esos secretos se contasen a voces. ¿Cuándo había empezado todo?

Hardy.

O puede que mucho antes, cuando era todavía un niño y ya el corte de sus hombros prometía que estaría ahí siempre. Darya dudaba que hubiera podido haber otro camino para él: había una dependencia absoluta entre los que necesitaban la fe y el santo que habían elegido para su devoción.

El mundo era inconmensurable, era toda esa distancia que los había separado día tras día durante meses. Aden no olía igual que en su habitación: su piel olía a químicos y su ropa a un detergente diferente. Tenía el pelo graso. Allí, detrás de aquella cortina, ellos dos solos, no le tuvo que pedir a nadie permiso. Darya apoyó los pies descalzos en el suelo, llenó un pequeño balde de agua caliente y le frotó con una gasa húmeda la piel, con infinita paciencia y ternura. Cada pequeña pulgada, lunar, marca. Se los aprendió todos en aquellos días. Le afeitó, le trajo una de sus camisas del piso y la dejó colgada de la silla en la que a veces estaba Catherine, como si Aden acabara de echarse a dormir en lugar de estar convaleciente.

Era fácil pretender aquello: sus noches eran noches sin sueño. Se lo cambiaba por todas las madrugadas que él había estado de guardia en aquella silla junto a la cama. Su pecho se hinchaba, seguía vivo y solo dormía. Tal vez, si Darya también cerraba los ojos, se lo imaginaba despertando en su propia cama, en Drumkinsellagh. El sol se colaría por las ventanas sin puertas para entibiar su piel. Lo pensó así: bocabajo, la cara enterrada en las almohadas y el pelo revuelto. La espalda bañada por la luz de las primeras horas.

Lo que no pensó fue que Jared Silas irrumpiría en la habitación para visitar a su ahijado. Había una expresión contrita en su rostro que Darya no le había visto nunca, la sensación de paz en sus huesos huyó como esa bandada de pájaros que le había revoloteado en el estómago, solo que esta vez los nervios la dejaron sin aire. No quería problemas. No quería ver a aquel hombre, que solo los traía.

Cuando la vio, una pequeña luz de reconocimiento asomó a sus ojos.

—Tú has estado con mi hijo—. Darya no sabía si había ido para visitar a Aden o para lanzar acusaciones, pero se encogió un poco en el catre. No le gustaba su autoridad, ni su porte. No le gustaba su tono de voz. No le quería allí. Este era su santuario—. ¿Cuándo fue la última vez que le viste?

Antes de saber que el capitán estaba otra vez en Inglaterra. Por la alarma en el semblante del oficial, supo que había algo que no estaba bien, algo que terminaría irremediablemente implicando a Aden. Sus brazos se ciñeron a él un poco más, protectores. Enfocó la mirada al hombre con hostilidad.

Los problemas no eran bien recibidos allí. Si le había pasado algo a Garrett seguramente tenía que ver con que se viera con marxistas y anarquistas a las afueras de la Fulham, igual que Nevil.

Su ausencia de respuesta y cómo enervó a Jared le confirmó lo que sospechaba: ya sabía que su hijo había frecuentado esas compañías. Tal vez, entonces, Garrett estaba huyendo de él.

Darya también huiría. Nunca querría ser querida por ser quien no era. Garrett era amable. Entregado. Altruista. Tenía un gran sentido del deber, igual que lo tenía de lo que era correcto. Jared Silas era igual que Michel Savage: su sentido de la moralidad respondía solo a sus propios intereses.

Se removió.

Eran unos egoístas.

Quería que aquel hombre se fuera, y no volviera nunca. Que no tuviera nada que ver con Aden. Así que en cuanto vio que volvía a abrir la boca, se adelantó:

—Fuera.

Se le saltó el corazón en el pecho con fuerza ante la expresión del hombre. No se retractó, no se movió.

—Cómo te atreves.

Era muy sencillo: el mundo se quedaba al otro lado de aquella cortina. Aden ya había hecho bastante encubriendo a Garrett, no se merecía continuar cargando con responsabilidades que no eran suyas. Había una diferencia muy grande entre tener una amistad con alguien a deberle algo. Era lo que quería gritarles, a todos ellos: Aden no le debía nada a nadie. Eran todos culpables por hacerle creer que sí, por aprovecharse de su generosidad para atarle sogas al cuello.

Se incorporó en la cama. En su mirada había furia.

Basta. Aden era solo de sí mismo y de nadie más. Aden era lo que elegía darle al resto, no lo

que el resto le exigía.

En ese mismo instante, Darya decidió que eso es por lo que pelearía: porque cada uno pudiera vivir su vida sin depender de Aden. Porque Aden, por encima de todas las cosas, decidiera vivir para sí mismo.

Jared Silas avanzó un paso, su intención difusa. Se sentía tan agraviado que la ira de su mirada rivalizaba con la de ella.

—Fuera.

No había sido Darya. El pecho le dio una sacudida con tanta fuerza que creyó marearse en el instante en el que rompió el contacto visual para girar la cabeza y mirarlo. Aden estaba despierto. A pesar de parecer pálido y cansado, el verde de sus ojos estaba muy vivo.

Vivo.

—El motivo que le haya traído hasta aquí puede esperar a mañana.

Era absoluto. Aden hizo amago de incorporarse en la cama y su expresión se contorsionó en dolor. Se quedó inmóvil, llevándose una mano cerca de la herida. Darya casi no podía respirar. Quería revolotearle todas las manos en torno al cuerpo, quería echarse encima de él, quería darle su propia piel y quedarse ella el dolor. No hizo ninguna de aquellas cosas. En algún momento se había levantado de la camilla y estaba en el suelo, tal vez para hacer frente a Jared Silas, o a lo que fuera que el mundo quisiera escupirle allí dentro.

El oficial tensó la mandíbula y se marchó con la espalda muy recta, dando un portazo al salir. Se llevó consigo al guardia y los dejó solos: ahora Darya y su cuerpo tragado eran la única protección en aquella habitación.

Se volvió a subir al catre, con lentitud, entre sus piernas, abrazándose las rodillas al pecho, sosteniéndose en ellas. Ambos quedaron frente a frente, observándose.

Había soñado con eso. Lo había pensado cada minuto: qué diría al despertarse, si podría seguir tocándolo. Había soñado con decirle que pensaba todos los días en él, que la casa estaba vacía, que no tenían sentido las calles, que se había levantado día tras día porque Aden se lo había pedido, y sin embargo las palabras huían de su boca, le dolía el pecho, le temblaba el cuerpo, se ahogaba.

Entonces,

entonces Aden dijo:

—*Te leí un poema todos los días.*

Y Darya rompió a llorar.

*[And as it's going often at love's breaking,
the ghost of first days came again to us,
the silver willow through window then stretched in,
the silver beauty of her gente branches.
The bird began to sing the song of light and pleasure
to us, who fear to lift looks from the earth,
who are so lofty, bitter and intense,
about the days when we were safe together.]*

ANNA AKHMATOVA, 1907.

C13.

Michel Savage no estaba sentado detrás de su escritorio. A pesar de mantener la expresión cuidadosamente guardada, había un cansancio en sus ojos fríos que lo delataba. Aden fingió que no le costaba esfuerzo estar de pie allí, recién salido del hospital. Ni siquiera había podido ir a casa, su padre no lo había permitido.

A casa, y consiguió mantener la espalda recta.

Su madre, había escuchado, se había marchado al norte de Inglaterra con su hermana. No le hacía falta preguntar para saber que era al forma que tenía su padre de castigarla. Lo había hecho en el pasado otras veces. Tensó la boca un poco, se disculpó en silencio por no poder ayudarla y pensó que tal vez así era mejor. Así era solo él quien tenía que cargar con el demonio.

Finalmente su padre se detuvo y se sostuvieron la mirada.

—El soldado que te disparó ha sido destituido y está en la cárcel. Conseguiré que lo extraditen a Inglaterra.

Fue un accidente, la protesta murió en su garganta. No serviría de nada: la ira de los ojos de Michel era una promesa. Pareció que la aceptación de Aden templó su ánimo y dejó de recorrer la estancia a zancadas. Permaneció junto a la mesa, a una distancia autoritaria.

—Quiero mi jornal —se atrevió a decir en esa pausa. Su padre enarcó las cejas con sarcasmo. Aden apretó los dientes. Odiaba aquello. Odiaba a Michel con todas sus fuerzas—. Quiero el control de mi jornal.

Que sonó igual de infantil. Ya no tenía diez años para pedirle libras a su padre. Y, sin embargo, Michel siempre se las ingeniaba para que fuera otra vez ese crío desgarrado temiendo lo alto que era el escritorio desde aquel lado.

—Ya está firmado tu acuerdo nupcial, el desenlace tendrá lugar la última semana de Mayo.

Se quedó sin aire un instante. *El acuerdo nupcial*. Una parte de sí mismo había esperado que estar en los Balcanes fomentara que Anastasia encontrara otro hombre de su interés, o que su padre se quitara aquella idea de la cabeza. No. No podían obligarlo a hacer aquello. No: quería decidir sobre su propia vida. Abrió la boca y su padre levantó una mano para callarlo, un brillo peligroso en su mirada.

—Tengo controlada y vigilada a esa puta pelirroja que escondes en tu apartamento. Desobedéceme y la arrastrarán por las calles atada a un caballo como castigo ejemplar.

Aden palideció. Creyó, durante unos instantes de vértigo, que vomitaría. Se obligó a mirar los motivos de la alfombra bajo el escritorio para recuperar el control sobre sí mismo, las vetas de la madera de la mesa, los libros. El revólver. El revólver de su padre estaba ahí, de pisapapeles.

Sería tan fácil. Abalanzarse, cogerlo, asesinarlo. Sería tan fácil arrojar su cadáver a una fosa común.

—Te mataría —sentenció, la mirada todavía ausente en el arma.

Si tocaba a Darya, le mataría.

—Ella ya estaría muerta.

Eso fue lo último que Michel tenía que decir. Se sentó detrás de su escritorio, abrió uno de sus cuadernos de cuentas y lo ignoró. Aden vio cómo se lo arrebatava todo por segunda vez: su independencia, su control, su futuro. Darya.

No se esforzó en esconder que huyó de la casa, alojándose en el frío de primavera y desgastando las suelas de las botas contra los adoquines. Caminó millas en círculos, el brazo en cabestrillo apretado contra el cuerpo por si así pudiera evitar que se le suicidara el corazón de lo mucho que se dolía.

Llegó a Elmhurst cabizbajo y silencioso. Le pesaban los pasos peldaños arriba y cuando entró en el apartamento, se encontró con la desolación: los rodapiés habían sido arrancados para alimentar la estufa, ya no quedaba mesa en la que comer. El techo se había vuelto a desplomar bajo el peso de las ventiscas. Tardó tanto tiempo en asimilarlo que sus pies ya continuaban hacia la habitación al final del pasillo.

Darya remendaba una camisa que tenía un desgarrón a la altura del hombro izquierdo, por el uso. Llevaba el pelo tan, tan corto. Le caía constantemente en la cara, por más que se lo quisiera meter detrás de las orejas tenía tanto volumen que acababa volviendo a esconderle la mirada.

Se sentó junto a ella. No sabía qué decir, ni qué no decir.

Querría haberle dicho que era extraordinaria. Que estaba allí, viva, y con ella había conseguido que el resto viviera también. Que la casa estaba destrozada, pero habitada, y era todo lo que él jamás habría anhelado. Darya traía consigo el hogar y por eso, por eso era tan importante que no le pasara nada. Si ni él podía tocarla, se ataría las manos de por vida. Darya tenía que permanecer así: irrompible. Inmortal.

La había añorado tanto.

Quería dejarse ir, esconder la cara en el olor de sus rizos, en la calidez de su cuerpo. Tumbarse en la cama como ya hiciera antes de marcharse, todos esos meses atrás. Había sido mucho tiempo, lo sabía, y al mismo tiempo nada, porque ella estaba allí y es como si la hubiera tenido consigo todos los días. Tal vez era como le había dicho: Darya se había convertido en parte de su historia,

y no se la podía raspar de los huesos.

Lo sentía tanto.

La anhelaba tanto.

Terminó por permitirse suspirar y hundir los hombros, levantando la cara al techo.

—No es justo todo lo que has tenido que hacer —fue lo que dijo. Era su disculpa en silencio. Tampoco era justo que él se hubiera tenido que ir a la otra parte del continente, pero así eran algunas cosas. Podía vivir con la frustración o podía resignarse.

Pareció que fue justo lo que ella escuchó de lo que no dijo, que se revolvió, furiosa, y arrojó la camisa lejos de sí.

—No te atrevas, no te atrevas a venir aquí después de días sin aparecer, después de prohibirme estar en el hospital, ¡y compadecerme! ¡Y conformarte! No te atrevas, no te atrevas, no te atrevas Aden Savage —temblaba—, a decirlo como si el daño fuera incurable. No tengas la vergüenza de aparecer aquí, como si no supieras quién soy, dónde poner las manos, como si todo hubiera cambiado para siempre, como si fueras culpable de muchos delitos cuando solo eres culpable de conformarte con todo lo que está mal —se le fue apagando la voz, se desmoronó en su lado del colchón—. No te atrevas a aparecer aquí y no tocarme.

Aden inhaló de golpe. En la mirada de Darya ya no había ira, solo tristeza. Se le acercó, se colocó de rodillas y le abrazó la cabeza. Le entrelazaba los dedos en el cabello castaño. Las pequeñas manos de Darya estaban ahí, de verdad, tenía su pecho debajo de la barbilla, su calor abrigándole y no encontró en sí mismo devolverle el abrazo. No la merecía. No merecía su perdón, después de todo, porque tenía razón. No le buscaba soluciones al problema, decidía sostenerlos sobre los hombros. Sufrir, que no era lo mismo que curar el daño.

—Está bien —dijo, y sonó pequeño.

La chica le acarició el pómulos, el mentón, el labio inferior, las comisuras de la boca. Pareció querer deshacerle todos los nudos que expresaban la herida.

—No puedes... volver a irte—. Le sostuvo la mirada, porque le debía verla llorar. No había estado ahí todas las otras veces que Darya había llorado—. No te vayas, Aden, quédate aquí todas las noches. Todos los días. Yo... —Se tapó la boca para ahogar el sollozo—. Yo puedo hacerte feliz. Sé que puedo. Puedo hacer muchas cosas si estás conmigo—. Él sí que era capaz de muchas cosas por ella. Había sido capaz de dejar su hogar, su tierra, por protegerla.

También iba a ser capaz de darle la espalda, por protegerla.

Aquello le estaba doliendo tantísimo. Se estaba partiendo en dos. Cogió esas pequeñas manos que revoloteaban por toda su cara para retenerlas, estrecharlas contra sus palmas. Con fuerza. Necesitaba que supiera que esto no era lo que él quería, pero era lo que debía hacer. No podía

hacer más.

No podía porque no era libre.

Y ella, Darya Whelan, se merecía su libertad. Se merecía ser querida por alguien que se lo pudiera dar todo.

Ah. No sabía lo mucho que quería ser esa persona.

Se dobló sobre el estómago para besarle las manos, ella lloraba, lloraba, lloraba. Una de sus lágrimas aterrizó en la coronilla de Aden. Se permitió quedarse así, un instante. Con las muñecas de ella contra la nariz, respirándole la piel, calentándole los dedos. Guareciéndole las manos, lo que debería haber hecho siempre.

No es que se conformase, es que no iba a pagar la vida de Darya. Por su egoísmo, por quererla para sí, ya la había hecho sufrir bastante. La había expuesto a su mundo. La había abandonado. La había responsabilizado de los errores de Aden. Y aún después de todo, le había pedido que sonriera.

No la merecía.

Lo sentía tantísimo.

Se le caían las paredes encima, tuvo que salir corriendo.

Siempre corría.

Inglaterra lloraba. El aguanieve le empapaba el abrigo y el pelo. Un vehículo pasó a unos centímetros de su costado y le salpicó barro a los pantalones. Comenzaba a cerrarse la noche en el horizonte.

Corría.

Le hormigueaba en los dedos el tacto de su piel, el calor de su cuerpo, el olor a hogar. El olor que reconocía a hogar.

Había soñado con ello todas las noches.

Acabó en la catedral de San Pablo, atravesando el campo que la precedía, hundiéndose en la tierra removida, le pesaban las botas. No se tocó la cara, negándose a que la humedad en sus ojos fuera aguanieve y no lágrimas.

La quería.

Se lo dijo a la catedral, en silencio, como un secreto, una súplica, un rezo, mientras la lluvia caía con más fuerza y lo calaba. Mientras la catedral le devolvía la mirada y lo juzgaba porque se

había prometido que no se enamoraría de Darya para protegerla y aún así lo había hecho. Y ahora tenía que romperse abandonándola.

Esta vez lo hacía él.

Esta vez lo elegía él.

Lo sentía tanto.

Había leído una vez que el hombre estaba condenado a ser libre. Aden sabía muy bien que era la posibilidad de escoger lo que a él, en particular, le hacía libre, y le condenaba. Todas sus elecciones eran para proteger a alguien a quien quería. Egon. Hardy. Darya. Si ser libre, de verdad, significaba que tenía que cortar todos esos nudos y ver cómo los perdía al hambre, a Inglaterra, a su padre, se ataría la soga con todos ellos una y otra vez.

Eran sus elecciones.

Era la libertad que podía darles, aunque eso no le hiciera libre.

En otra parte de Inglaterra, Nevil se marchaba a una reunión del sindicato. Le sorprendió que Darya apareciera en el umbral de la puerta, había algo en sus ojos *terrible*. Ya habían hablado de aquello otras veces, de cómo Inglaterra pertenecía a la clase obrera. Darya no entendía mucho de clases, pero sí de arar la tierra, y la tierra era de quienes la trabajaban. Había preguntado si quitarle el poder a los ricos les haría libres, y Nevil le había contestado que sí.

Por eso estaban allí, escuchando al bolchevique hablar de la muerte de la aristocracia en el nuevo siglo. Sabía que Hardy pensaba de forma diferente, que la solución no era ahorcar a nadie que tuviera poder o dinero, a Darya no le importaba. Entendía que Inglaterra tenía que cambiar, que ellos podían cambiarla. Entendía que alguien tendría que escucharles en algún momento, si hacían suficiente ruido.

Darya entendía que tenía que salvar a Aden.

Si su padre no tenía nada, tal vez no podría herirle.

Y luego que se contestó a sí misma que no era así. Michel Savage siempre podría hacer daño a su hijo en tanto que su hijo lo considerara su padre. Darya no podía hacer nada, pero quería hacer lo que fuera, lo que pudiera.

—El comunismo defiende una igualdad sin clases, sin propiedades privadas.

Hardy tenía el ceño fruncido. Darya prestaba atención. ¿Qué era un hombre sin poder?

—Los ideales esclavizan hombres —le contestó el soldado—. No se puede establecer un símbolo si no se cree en él.

—Pues es por creer que se ha cambiado el mundo antes.

—Sí, muy bien. ¿Qué crees que vas a conseguir yendo a esos mítines y llevándote a Darya contigo? Que te echen, y que os detengan. Te he explicado cientos de veces por qué un sistema comunista no funcionaría en Inglaterra y aún así eliges creerte los cuentos de un ignorante subido a varios palés en la fábrica en lugar de escuchar a alguien que, al contrario que tus amigos revolucionarios, ha tenido la oportunidad de leer las teorías marxistas. ¿No te esclaviza esa fe ciega con la que defiendes tus ideas? ¿Te has olvidado que para conquistar el poder quieren instaurar una dictadura y eso es la absoluta represión de las libertades?

Nevil tenía los puños crispados y la boca torcida en una mueca. No era la primera vez que discutían, tampoco la primera que Darya miraba a uno y otro, intentando comprender sus posiciones. Lo que ella pensaba: nadie debería tener tanto poder para decidir por otra persona. Para privar de la libertad a otra persona. Y si una revolución comunista perseguía ese objetivo, quería creer en ello.

Sus ojos eran terribles.

Hardy no llegó a preguntarle qué sucedía. De alguna forma tampoco lo necesitó. La miró con atención varias noches y llegó a la conclusión de que:

—Aden no te merece,

consiguiendo que Darya volviera aquella mirada terrorífica sobre él. Eran unos ojos vacíos y tan determinados, al mismo tiempo, que el soldado tuvo que girar la cara y centrarse en otra cosa.

Había escuchado en el silencio su respuesta:

Darya iba a salvarlo.

No importaba lo que tuviera que hacer o cómo tuviera que hacerlo.

Se lo llevaría de allí. Lejos. El anhelo de tenerlo consigo convocó las imágenes que ya tuvo en el hospital de una vida juntos en Irlanda. Viviendo de lo que cosecharan. Los largos paseos al océano. Sabía que neni la había querido llamar Darya, para que siempre encontrara el camino de regreso al mar.

Aden no podía negarse, ¿verdad? No, si Darya se lo pedía.

C14.

A principios de Mayo las tensiones políticas en Europa eran el único tema de conversación. Había rumores de que podrían acabar en guerra.

Solía pedirle a Hardy que le leyera el periódico por las mañanas. *Guerra* era un concepto nuevo a la vez que familiar, las heridas de una batalla se llevaban a cuevas y ella tenía muchas. Fue aferrándolas todas a su pecho cuando por fin consiguió hablar con Aden y fue porque con todo el dolor de seguir esperándolo aunque hubiera vuelto de los Balcanes se fue al cuartel y se negó a marcharse hasta que el capitán no tuvo más remedio que salir.

Echó a andar por la calle a zancadas, hacia Primrose. La nieve se retiró hacía semanas, para descubrir el inicio de una primavera tardía y deslumbrante. Todo estaba salpicado de pequeñas flores blancas y amarillas. El verde de la naturaleza podía respirarse.

Darya tuvo que correr para poder mantener el paso del oficial y ya en el parque por el que pasearan una vez se detuvo. No iba a caminar más. No quería volver a recorrer aquellos caminos así. Así: como dos desconocidos.

—Estoy aquí.

No fueron sus palabras las que lo hicieron girarse, sino lo herida que sonó. Aden detuvo ese paso de gigante, tensó los hombros hacia delante y por fin se volvió, el rostro en una expresión de dolor.

—Estoy aquí —repitió, más suave, sin entender el motivo de esa expresión en el capitán pero queriendo aliviarle cualquier cosa que estuviera doliéndole. Dio un paso hacia delante. Cuando él no la detuvo, ni hizo amago de poner distancia entre los dos de nuevo, Darya sintió su confianza crecer. Aquel era su soldado. No conseguía entender por qué la había estado evitando pero si era espacio lo que necesitaba lo aceptaba. Aceptaba todo lo que Aden quisiera ofrecerle. No obstante, quería que volviera a casa. Debió vérselo en el semblante, a juzgar por cómo él se replegó sobre sí mismo y amagó con volver a darle la espalda—. Por favor hálame.

Dime qué está mal, para que también pueda arreglarlo.

—Nada—. Una pausa. Y entonces—: Tienes que prometerme que no te acercarás a mí.

¿Cómo?

No consiguió preguntarlo. Tampoco consiguió entenderlo.

—Prométemelo, Darya.

Creyó que le faltaba el aire. En sus oídos había un pitido, silenciando el mundo. Veía los pájaros de una rama piarse, el aire mecía las hojas. Una pareja paseaba por un camino paralelo. No escuchaba nada.

No supo qué la hirió más: si que se lo pidiera, o que no pudiera prometérselo.

—No.

El soldado avanzó un paso.

—Tienes que hacerlo. Sé que no lo entiendes pero tienes que hacerlo, tienes que hacerlo Darya Whelan. Me importa una mierda lo difícil que sea lo único que quiero, lo único que quiero salvar está aquí —está aquí, delante de mí, y tiene que hacerme esta promesa.

Silencio.

Darya intentó no llorar.

—Para —fue una súplica. *No llores, Darya, que no puedes soportarlo.* Aden volvía a estar de repente lejos de ella de nuevo, la miraba con cautela. La chica no supo de dónde reunió todo el valor pero hizo lo mismo que con sus heridas: lo mantuvo entre las manos junto a su pecho, para que no pudiera escapársele.

Había sufrido mucho. Sin él. Con él. De las esquinas de su mente aún se colgaban los sueños que había tenido de una vida en la que no existía nada más que ellos, las laderas salpicadas de flores, el viento que sabía a salitre. La primavera fresca. Los brezos. Los helechos. La libertad.

—Ven conmigo —fue un susurro quedo—,

ven conmigo a Irlanda.

Aden se descompuso. Fue incapaz de decir nada, tiempo que Darya aprovechó para sorber e intentar recomponerse. Tenía que estar por encima de esto y tenía que ser fuerte. Por él.

Tenía que no romperse por él.

—Solo hay que comprar los billetes de tren. Nos iremos de aquí. Hardy ha encontrado un trabajo. Nevil tiene el suyo y ambos pueden quedarse en Elmhurst. Por favor ven conmigo —salvó la distancia, le colocó ambas manos en el pecho, en el cuello erguido del uniforme, tiró de él para que los rostros de ambos no estuvieran tan separados para que por favor, apoyara la frente contra la de ella—. Por favor ven conmigo.

Su angustia era tan grande que creyó que vomitaría el alma. Fue así de sencillo: en el silencio Aden no había dicho que no,

pero Darya se lo había leído en los ojos.

No puedo.

No la escogía a ella.

El oficial llevó las manos con infinita delicadeza a las de Darya y le desenredó los dedos del cuello del uniforme. No las dejó ir, disculpándose mientras confesaba:

—Tengo un acuerdo nupcial con Anastasia. Responsabilidades políticas y administrativas. Un trabajo en el ejército. Mi padre no me ha dado elección —y quiso decir también *no puedo ir* porque entonces *te matará* y no se atrevió a hacerlo, sabiendo que Darya se plantaría en frente Michel Savage y le desafiaría.

Darya desafiaría a todos los gigantes, para que no destruyeran su casa.

Él lo estaba haciendo.

La revelación la aplastó. Retrocedió como si hubiera sido abofeteada.

—Por favor, Darya—. La voz de Aden era un susurro pequeño—. No vuelvas a acercarte a mí.

Incapaz de quedarse más tiempo y escondiendo el temblor de su cuerpo en unos puños crispados, Aden dio unos pasos cortos y después pasó de largo junto a ella, esa espalda sosteniendo el peso del mundo y esa cabeza gacha exponiendo la nuca en un gesto de rendición. La dejó sola allí, a los pies de la colina de flores.

El viento le agitó el cabello corto.

Se dijo a sí misma que no podía ser así. Las cosas no podían acabar así. No se lo permitía. Se volvió, su expresión seria, sus ojos ardían. El sol le perfilaba el cabello en oro. Era toda ella, contenida en todas las esquinas de ese cuerpo, una revolución.

Aquella cara decía: *estoy aquí por ti*. Estoy aquí, cuando te quedaste, cuando te fuiste, cuando volviste, cuando casi mueres, aún si perteneces a otra persona, aún si te debes a todos ellos, aún si me matas,

mírame, Aden,

soy inmortal.

Voy a esperarte.

Qué era Darya. Una bestia, una idea, una religión, el hogar, la libertad, un incendio. Qué era Darya en su vida, él, que no creía en el gobierno y había sido gobernado, que no pertenecía a su patria pero se había ido por ella, que no había esperado salvarse pero luchaba por salvarla.

La creyó, cuando dijo aquello. Por eso era imperecedera: creía en ella.

La había hecho eterna.

Huyó. No pudo pedirle que se fuera una última vez, no pudo sino darle la espalda como un cobarde y correr colina abajo, deseando que no le siguiera, esperando que la molesta sensación de aquellos ojos sobre su figura desapareciera, por favor, que lo dejara desaparecer. No podía hacer nada, se decía. No podía hacer nada. No era dueño de su destino.

El bronce de las estatuas de Londres es rojo, bajo el sol. Brillaba con fuerza en los días en los que no llovía, la primavera regando la ciudad de flores sucias y pisoteadas. Había dejado de detenerse a contemplarlas cuando caminaba hacia el cuartel, concentrado solo en refugiarse en su trabajo y regresar lo más tarde posible.

No había vuelto al apartamento en Elmhurst. Su asignación seguía yendo a pagar por la hacienda y a proveer por los que pudieran quedar allí, si es que todavía quedaba alguno.

Se mentía a sí mismo, diciéndose que tenía que conformarse. El techo de su padre era ahora el lugar que lo acogía, estaba obligado a confinarse entre aquellas paredes.

Dejó de poder dormir, también convenciéndose de que era a causa de las pesadillas, no del anhelo que le aplastaba el pecho. Soñaba con Darya. Dormido. Despierto. Sus ausencias comenzaron a ser tan grandes que en el cuartel comenzaron a hacer las cosas por él, en lugar de esperar a que Aden las hiciera. Adelgazó varios kilos, desistió de meterle puntos al pantalón para que no se le cayeran. Se compró nuevas camisas, porque todas las suyas olían a Darya.

—Aden, la cena está lista. Sal de tu maldito despacho y deja de ser un crío.

Llovía. Escuchaba las gotas ladrar contra los cristales. Llevaba una hora mirando la página que tenía en las manos, sin saber qué estaba leyendo.

—No tolero que esté usted aquí —consiguió decir—. Que me suban la comida, cenaré solo.

—Ya cenas solo todos los días —le respondió su padre, malhumorado.

Pues que nadie le subiera la cena, no tenía apetito. Quería que le dejaran en paz. Quería esconderse. Quería llorar. Quería- tomó aliento- disculparse.

Los días se sucedían.

De vez en cuando ojeaba el periódico.

Continuó posponiendo su desenlace con Anastasia. La primera vez bebió café con sal, para pasarse el día vomitando. Le funcionó la segunda vez, también, hasta que su padre anduvo sospechosamente cerca de él toda la semana a partir de entonces, y cuando no era su propio padre, era alguien del servicio. La tercera vez obligó a Jared a mentir por él y se quedó en el cuartel toda

la semana. Se debían mutuamente y Aden se había cansado de que siempre estuviera la barrera del prestigio social entre ambos.

Londres seguía igual.

Y distinta.

Le parecía que a veces, las calles hacían eco, devolviéndole la pesadez de sus pasos.

Se creía que habría una nueva guerra.

Se detuvo a orillas del Támesis, contemplando en el horizonte el brillo pálido del edificio del parlamento y la torre del reloj.

Tal vez necesitaba esto.

Tal vez necesitaba contemplar las líneas de aquella arquitectura y recordar por qué los pasos lo habían llevado hasta ahí. Recordar esos árboles, recordar a Darya, pequeña junto a él, pellejo sobre huesos y aún así la barbilla erguida. La primera vez que le había traído la cena al cuartel y después de ese primer día, todos los restantes. Muchas veces ni siquiera había sido necesario que hablaran.

Darya caminaba a él y él la buscaba a ella.

Así habían sido todos aquellos meses.

Así había sido su vida: una luz lúgubre hasta que Darya decidió prender una hoguera, grande, colosal, una señal localizadora, para él.

Aden buscaba todos aquellos meses su señal en Londres.

No la encontró junto al Támesis, de manera que continuó caminando.

El final de la primavera dejó paso a días calurosos. Vestía de lino por las tardes, cuando dejaba a un lado sus obligaciones y seguía aquellos paseos interminables que no le llevaban a ningún sitio. A veces caminaba delante de Elmhurst y esperaba ver movimiento en las ventanas. Sabía que Darya ya no estaba allí, aunque no supiera a dónde había ido. Pensaba que así eran mejor las cosas, su padre nunca podría utilizarlo a él para sacarle dónde estaba.

Lo sopesó un instante, dándole una calada al cigarrillo que tenía entre los dedos mientras contemplaba la fachada vieja del edificio.

Incluso si lo supiera, moriría antes que decírselo.

En las ventanas nunca había movimiento, y Aden continuaba su patrulla por las calles.

No se atrevía a entrar. Eso tampoco se lo merecía.

El sol le había tostado la piel. En su cara había un leve rastro de pecas, sus ojos eran más fríos que nunca. Se había descuidado el pelo: era más largo, lo llevaba siempre desordenado y había comenzado a aclararse.

A veces no podía evitar a Anastasia.

La persona que consideraba un enemigo demostró que le hacía falta mucha más humildad en la forma en la que consideraba a las personas cuando irrumpió en su despacho. Vestía más modesta que de costumbre, llevaba el pelo recogido. Aden se preparó para una confrontación. Se situó al otro lado del escritorio, para tener la mesa entre los dos.

No quería pelear. Se escondió un poco entre sus hombros y fingió desinterés en cualquier cosa que hubiera en la estancia. Sabía lo que vendría: llevaba posponiendo el desenlace demasiado tiempo.

Ella frunció la boca.

Aden esperó el estallido.

—Sé lo que estás haciendo—. Una pausa—. Lo entiendo.

—¿Lo entiendes?

—Sé lo que es temer a tu propio padre.

Abrió la boca. La volvió a cerrar. Anastasia finalmente cerró la puerta tras de sí y relajó los hombros.

—Yo quiero este desenlace, pero lo quiero para mí misma, no por mi padre. Quiero la fortuna. Pero por fortuna hay como tú cientos de hombres en Inglaterra. Tu actitud es reprochable, pero también lo es que tengas que sufrir por aceptar algo que no quieres.

Volvió a abrir la boca. Intentó hablar y solo le salió un sonido asfixiado. Se sentía atrapado, también aliviado. Estaba solo sosteniendo aquel peso pero Anastasia no iba a añadirle más bloques encima. Se volvió a la ventana y cerró los ojos un instante, aceptando que en su cabeza, las cosas eran diez veces mucho peor de lo que podían resultar en la realidad si se atrevía a dar los pasos convenientes. Anastasia tenía razón, y llevaba mucho tiempo escondiéndose detrás de este escritorio. No era, acaso, ¿una copia de su padre?

El pensamiento le revolvió el estómago.

—Lo siento —consiguió decir, la primera disculpa que tenía en la lista—. No quiero una relación contigo. No quiero un matrimonio contigo. No quiero un futuro contigo.

La boca de Anastasia se curvó un poco, pero ella levantó la barbilla y asintió.

—Me quedó claro aquella vez en el teatro. Siento mi comportamiento entonces. Todos los hombres ceden a los beneficios de una mujer—. Aden le leyó en la cara el no dicho *tú eres el único que no*, porque ambos también conocían la respuesta a por qué no: tenía el pelo rizado negro y un millón de pecas.

Se sostuvieron la mirada un largo rato. Anastasia finalmente reconoció:

—Ha sido difícil aceptar que no era querida ni deseada por ti. Que mi estatus no lo es todo. Ha sido más difícil entender la situación en la que estás, y hacer el esfuerzo de dejar a un lado mi orgullo. Espero que entiendas la magnitud de ese esfuerzo.

—Lo siento —repitió.

La segunda disculpa vino una semana después, cuando hubo alboroto en el piso inferior:

—¡Ya basta!

La puerta a su despacho se abrió con mucha fuerza y Aden saltó en la silla como un resorte. De todas las personas, fue Hardy quien irrumpió en la habitación. Se miraron el uno al otro con la tensión de un huracán que está a punto de tocar el suelo. Detrás de Hardy llegó una mujer del servicio, colorada y asustada.

—Señor he intentado detenerle pero...

—Está bien, váyase—. Aden respiró con fuerza y durante un instante lo único que pudo pensar fue lo agradecido que estaba de que Michel no estuviera en la casa aquella mañana. Lo siguiente, lo mucho que estaba arriesgando Hardy por estar allí.

Gracias.

Ninguno habló.

Hardy, porque estaba furioso. Aden, porque no se atrevía.

—¿No hiciste una promesa?

La hizo.

—¿Qué haces todavía aquí?

No lo sabía. No tenía una respuesta. Cumplir con lo que se esperaba de él. Atreverse a ser dueño de su propia vida. Esperaba, suponía, a que a su padre le diera un infarto y nadie tuviera que llamarlo parricida. Esperaba que Darya estuviera a salvo.

—Si está a salvo no es por ti —Hardy levantó un dedo con el que lo acusó, sus ojos estaban tan apagados que le erizaron el vello del cuerpo. El hombre que una vez había conocido no era el que tenía delante. Comprendió, entonces, que hacía mucho que habían dejado de tener algo en común más que los fantasmas que no conseguían enterrar, y eso no era motivo suficiente para empezar algo—. ¿Sabes qué es lo que más me enferma de ti? Eres un jodido mártir. Piensas que por cargar con las responsabilidades vas a arreglar el mundo en lugar de arreglarlo con tus propias manos. ¿Qué puede hacerle tu padre a Darya? ¿Matarla? Si pudiera de verdad, ya estaría muerta.

Aquellas palabras le cruzaron la cara como una bofetada. Se descompuso entero. Quiso gritarle que no tenía razón, que era un capullo. Que su padre podría matarla cualquier día si Darya permanecía en Inglaterra, si él permanecía con ella. Hardy debió leérselo en la cara, porque escupió:

—Podría tener la opción de sobrevivir si estás con ella. Si la proteges *de verdad* como hizo ella contigo todos los días que estuvo en el hospital, tirada en esa camilla y velando tu herida. Estuvo ahí, y nadie la mató. Eres un hijo de puta egoísta. No te la mereces.

—Mich-

—¡MICHEL UNA MIERDA! —Hardy empujó la mesa contra él, cortándole el aliento. Aden se encogió—. Esa es siempre tu excusa para todo. Las personas que tienen control sobre nosotros es porque lo permitimos. Estás ahí acobardado, martirizándote, castigándote. ¿Tú has pasado unos meses de mierda? Darya sí que pasó unos meses de mierda sin ti. Y aún así en lugar de trabajar por traerle a esa niña el cielo estás ahí en tu agujero lloriqueando. Da igual que te diga dónde está, porque eres un puto cobarde y no vas a ir a buscarla. ¿No es así? Te lo hubiera dicho antes o no, no vas a ir a buscarla.

Aden quería pegarle un puñetazo. Quería llorar, también. Hardy tenía razón.

—Voy a ir hasta el infierno —escupió.

Era cierto: por Darya, se había ido al infierno. Había aceptado vivir bajo la suela de su padre, aunque eso le costara el futuro. De nuevo: Hardy tenía razón. Si Darya estaba en peligro de cualquier manera, si iba con ella, se tendrían el uno al otro.

El tullido sonrió. Fue una sonrisa fea, de victoria.

—Aquí seguimos, ¿no, Savage? Siempre salvándote el culo. Siempre haciendo cosas por ti. Lo peor que podría haber hecho Darya es enseñarte lo que es la felicidad si la eliges a ella, pero como eres un imbécil aquí sigues. Pues lárgate ya, jodido Savage, préñala de muchos críos cabezotas, ara el maldito campo y enséñala a leer y escribir que es una paliza de cría cuando no entiende las cosas, haz por ella la mitad de las cosas que ella hizo por ti y nunca, nunca vuelvas a Londres. Aquí no tienes sitio. Ya no te necesitamos.

Se miraron, de nuevo. Y entonces Aden hizo lo impensable: salvó la distancia entre los dos y abrazó a Hardy. Lo hizo con fuerza, arriesgándose a un puñetazo y un mordisco, pero sin querer

dejarle ir: *lo siento*.

Lo sentía de verdad. Sentía los años de dolor. Sentía que lo que les quedaba compartir era haber perdido a Egon. Sentía haber prometido que podía cargar con la culpa de que ya no estuviera allí, y fuera mentira. Sentía el haberse conformado con el daño de Hardy, en lugar de intentar arreglarlo. Sentía que estuvieran en aquel punto de sus vidas, donde ya era irreparable que pudieran ser familia. Sentía tener que dejarlo ir porque tenía razón y no quería seguir cargando con nada. Hardy acababa de ofrecérselo: era libre de irse.

—Apártate —gruñó, pegándole un empujón. Aunque fue sin fuerza, Aden lo aceptó, apartándose varios pasos.

—Cuida de ti.

—Lárgate ya.

Y Aden, por primera vez, le hizo caso.

C16.

—Buenos días —un hombre de barba circular levantó la vista de la azada—. ¿Va a cruzar las colinas?

—Estoy buscando una hacienda. Eh... Antes vivía allí una chica con su abuela. Ahora solo está ella.

—¿Va a visitar a Darya?

Lo miró, esos ojos terribles y:

—Sí. Voy a ver a Darya.

El hombre lo miró de arriba abajo, se fijó en sus hombros, su barbilla, una pequeña cicatriz en su labio.

—Se ha dejado el uniforme en casa, ¿no, capitán?

Estaba demasiado nervioso como para sonreír, pero lo intentó de todos modos. Sí, se lo había dejado para siempre, pero no en casa, porque casa era a donde iba. Casa era Darya, y casi había llegado a sus ventanas.

—Tal vez. ¿Podría indicarme el camino?

—Si se sube al carro, le llevo. Iba a cruzar al otro lado. Solo tiene que decirle que mis niños están como locos por volver a verla, me preguntan por ella todos los días.

No le sorprendía que todos conocieran a Darya. Escogió la pregunta con cuidado:

—¿Qué ha hecho por usted?

El hombre sonrió con fuerza. Ah, ambos la conocían muy bien.

—Esa chica tiene el remedio a todos los males. Todas las semanas viene al pueblo y entretiene a los niños. La adoran—. Llegaron a la bifurcación del camino y Aden se apeó—. Tiene que seguir el sendero un par de millas, rodear la maleza y verá la casa a la izquierda, junto a la arboleda.

Se pasó el camino diciéndose que estaba bien, que esto en su estómago no eran nudos, respiraba intentando no ahogarse con su propio aire. Y por fin, en lo que le pareció una eternidad, avistó la casa.

Estaba enteramente levantada en piedra, más ancha que alta y toda la madera del techo comida por la naturaleza. Estaba hecha mierda. No sabía cómo podría haber resistido tantos inviernos si parecía a punto de desplomarse. La pequeña verja de madera crujió cuando la abrió para cruzar.

Una de las ventanas de marcos verdes estaba rota. Se colaban los rayos de sol de mediodía, mostrándole las motas de polvo que flotaban en el ambiente. Las sombras se movían dibujadas en el suelo con el susurro de la brisa, la hiedra había empezado a extenderse desde una de las ventanas, invadiendo las vigas de madera que sostenían el techo.

Se sentó en una de aquellas sillas bajas después de comprobar que Darya no estaba. Tenía tantas cosas que decir. No sabía cómo empezar. Tal vez: tendría que haber ido hasta el fin del universo contigo. Se pasó las palmas de las manos por el pantalón, sudorosas. No se creía capaz de hablar. Se dijo que, tal vez, bastaría con mirarla y ella entendería. Por favor, que lo perdonase.

La esperó, sentado en la silla, como había hecho siempre.

Sabía que volvía porque escuchó el susurro de sus pies descalzos en la entrada. La oyó detenerse, seguramente no habría esperado encontrarse con la puerta abierta y que hubiera alguien dentro. Darya, los ojos oscuros abiertos de par en par, asustada, dio un paso en la estancia y se quedó mirando al capitán sentado en la silla.

Y él la miró a ella.

Pasaron así un minuto, dos, tres. Ninguno de los dos se atrevió a romper el silencio. Finalmente, Darya:

—¿Qué haces aquí?

El oficial se clavó las uñas en las palmas de las manos. Se le marcó la mandíbula de tanto tensarla. Respiró.

—He venido a disculparme.

Se incorporó e hizo amago de acercarse para advertir que ella retrocedía. *Retrocedió*. Se quedó clavado en el sitio, sintiendo que el mundo se le caía encima. ¿Era demasiado tarde?

—Darya—, dijo, en voz bajita, como una súplica. Ella sacudió al cabeza. No podía creer que de verdad su soldado estuviera allí: de pie, a medio paso, con los puños crispados, con la mirada dolorida. Arrepentida. Asumirlo era más difícil de lo que se había atrevido a imaginar.

—He soñado tantas veces con que venías —la escuchó decir en un murmullo asfixiado mientras se sujetaba a sí misma y se hundía—. ¿Has venido para pedir perdón y marcharte? — Podía hacerlo. Ya se había marchado muchas veces. La posibilidad la destrozaría. Tomó aire, intentando no ahogarse—. No sé cómo decirte que te echo de menos y que no duela.

Aden perdió el color en el rostro. La vio hacerse todo lo pequeña posible en el espacio que ocupaba y pensó: esta vez no. Avanzó un paso, otro, y otro, todos sus huesos temblando pero caminaba hacia ella y estaba allí porque iba a quedarse. Si aún podía.

Avanzó hasta que Darya tuvo que echar la cabeza para atrás para poder mirarlo, en una situación parecida a aquella escena tantos meses atrás en la que Darya le había dicho *mírame soldado, esto es lo que soy y no va a romperse*.

Durante un largo instante Aden pensó que le abofetearía. Se lo tenía merecido.

La joven no lo hizo. Levantó las manos pequeñas y se las apoyó en el rostro, todavía sin creerse que estuviera ahí. Después de recogerla, de las rondas, de los parques, del teatro, del Támesis, de todas las noches en la habitación, del invierno sin él, habían conseguido continuar reuniéndose.

Acto seguido rompió a llorar.

—Darya —volvió a pedir. Darya, para. Verte llorar era un límite infranqueable—. Estoy aquí.

Sostuvo con firmeza sus manos y se las apartó del rostro. Dio igual cuánto le rogase que parase, la morena se doblaba sobre el estómago mientras lloraba, apretaba con fuerza y desespero sus dedos, no caía al suelo porque Aden la sostenía.

—Darya. Para, por favor.

Tardó tanto tiempo en dejar de llorar que a Aden se le habían quedado los dedos rígidos, ahí donde los tenía entrelazados con ella. No se iba, te lo prometía. Le pareció que en el agotamiento, Darya estaba recorriéndole los nudillos ausentemente.

—¿Qué tal están todos?

—No te contestaré hasta que no levantes la cabeza.

Levantó la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Habían acabado los dos en el suelo, ella escondiéndose en las rodillas y él sentado con las piernas cruzadas, los codos apoyados en las piernas y ambas manos extendidas, para siempre sostener las suyas.

—Cuidan los unos de los otros. Intentan hacer su vida de forma diferente. Nos has cambiado a todos—. Hubo una pausa. No podía dejar de mirarla—. ¿Qué tal tú aquí, de regreso?

—Son amables conmigo. Ayudo al doctor —se encogió de hombros. Aden sintió una pequeña sonrisa formársele en la cara. De la esquina de uno de sus ojos asomó una lágrima. Por supuesto que Darya ayudaba al médico. La había echado tantísimo de menos—. He ido a comprar patatas para guiso—. Una pausa—. Esta vez puedes echar tú los ingredientes en el orden que quieras.

Sonrió esta vez, entera, todos los dientes. Sonrió y se incorporó y lo incorporó con ella porque

así había sido siempre: Darya levantándolos a los dos. Era irrompible, de verdad. Y era allí, también de verdad, donde tenía que estar.

La ayudó a preparar la cena. Mantuvieron una conversación superflua, habían pasado meses lejos el uno del otro y era imposible no mantenerse precavido. Por mucho que se esforzara en sonreírle, había cautela en la forma en la que la joven se movía alrededor de él. Lo sentía tanto, Darya.

—Lo siento—, eso lo dijo fuera, cuando estaban ambos sentados en la hierba. La noche estrellada era un cuadro sobre sus cabezas. No hacía frío. Podía sentir el calor que emanaba el cuerpo de la joven a su lado. Se inclinó hacia delante, para que no tuviera más remedio que mirarla.

Inmortal.

—Te perdono.

Y ya está.

Ya estaba: le perdonaba. Aden cogió con suavidad aquellas manos delgadas y estrechas, las retuvo entre las suyas unos instantes y después se las acercó a la boca. El aliento del soldado fue un contraste delicioso sobre la piel de Darya, quien observaba con fijeza cómo se las apretó contra los labios, primero una palma y después la otra. Le devolvía la mirada con la misma intensidad.

Fue esa gravedad la que la llevó a acercarse, y colarse en las piernas cruzadas de Aden. Escuchó su propia respiración cortarse mientras Darya liberaba las manos para acariciarle el rostro. Notó aquellos dedos revolotear por todos sus rasgos, enredarle los dedos en el cabello y echarle la cabeza hacia atrás. Notó un tembloroso y tibio beso en el cuello y pensó que iba a perder la cabeza. Comenzó a desabrocharle un botón, otro botón, otro botón...

—Darya.

Un ruego. Los estrechos dedos de ella ya estaban en su espalda.

—Quiero tocarte.

—No quiero traer hasta aquí las pesadillas.

Una pausa. Darya lo obligó a mirarla.

—Quiero conocer todas las partes de ti —quiero aceptarlas, quería decirle, incluso las que tú no puedes. Aquello le dolió en el pecho. Se le debió reflejar en la expresión, porque el siguiente beso de Darya fue en la frente, para pedirle disculpas. Para bendecirlo. Era eso mismo lo que decían sus manos: te curaré también de esto, porque él era así y cargaba con esas heridas, pero era mucho más. Tenía que hacérselo entender.

Debajo de la palma izquierda escondió el agujero de bala que casi lo mata. Era lo único que no quería mirar, no quería recordar esos días en el hospital en los que no podía más que sostenerle el rostro para que él, al otro lado, en algún sitio, la percibiera y volviera a ella. Darya curaba dolores de estómago, de cabeza y de huesos, pero no podía curar el dolor de una bala. Aun así apretó la palma allí.

Nunca se rendía.

Le delineó los hombros, los brazos, cada músculo, cada punta de hueso, cada mancha, cada vena, todos los surcos de sus manos, las líneas de la historia de él contra las de ella. Eran manos que daban, aquellas. Eso también quería que lo entendiera.

Le besó la cicatriz que tenía en la espalda. La señal de que no había podido, pero había intentado salvar a alguien. Eso era importante, una buena definición de la vida de Aden: quería por encima de lo que iba a aguantarle el cuerpo.

Le costaba respirar.

—Darya —repitió, sin aliento. No pudo decir más y, sin embargo, ella entendió. Le acarició con la nariz el hombro, oliéndole, quedándose de su tibieza tanto como pudiera.

—Te quiero para mí —dijo en un susurro, con decisión.

Aden se tapó la cara con una mano y se echó a reír sin voz.

—Eres extraordinaria.

Darya asintió, como dándole la razón. Era extraordinaria. La hizo deshacerse ahí donde estaba anudada a su espalda porque quería mirarla, porque quería besarla. La escuchó inhalar contra su boca cuando la apretó contra sí, cuando le llevó una mano al pelo, cuando no pudo ponerse de acuerdo consigo mismo: si sostenerla, si abrazarla, si acariciarla. Quería todo de Darya a la vez.

La besó hasta dejarla sin aire, hasta que ambos acabaron tumbados en la hierba, piel contra piel. Era preciosa. Todos esos rizos y pecas. Esa sonrisa tan grande. Esos ojos tan negros. La quería tantísimo.

Le dejó un reguero de besos de la barbilla hasta el ombligo, sin olvidarse de recorrer y memorizar cada pulgada de piel, hasta que la escuchó jadear y reírse, hasta que se envolvieron el uno en el otro y se fundieron, hasta que no quedó nada.

C17.

Estaba sentado en la cama. El amanecer hacía rato que se filtraba por la ventana, iluminando el torso lleno de pecas de Darya. Se había quedado dormida con la camisa de Aden puesta, abierta, le asomaba el pecho. Estaba deliciosa, tentadora, no podía apartar los ojos. Le acariciaba con suavidad los rizos de forma constante, emparejándoselos todos en una única explosión negra en torno a su rostro.

Había tomado muchas malas decisiones en su vida, también habían sido esas malas decisiones las que le habían traído hasta allí e igual podía perdonárselas a sí mismo. Había intentado no desear a Darya. No enamorarse de ella. Y sin embargo allí estaba y era, comprendió, la única razón que quería para su existencia: había cruzado Inglaterra en pos de Darya solo para verla dormir.

Así había empezado su historia. Así quería que continuase, siempre. Las cosas estaban bien en tanto que él podía velar el sueño de ella, no quería pedir nada más. El resto de cosas que Darya le ofreciera, eran un regalo. Y eso era todo.

Todo: esto que construían el uno sobre el otro, con dedicación e insistencia.

Decidió incorporarse a dar un paseo, el rocío perlado la maleza. Le preparó tostadas con huevo y un té, espolvoreándolas bien de azúcar. La casa pronto se llenó de un delicioso olor a desayuno.

Sintió los ojos de Darya sobre él antes incluso de verla. Continuaba con su camisa puesta, la que no le había pedido permiso para llevar pero que tampoco necesitaba: todo lo que era de Aden era de ella.

—Estás aquí.

El capitán le ofreció una pequeña, sincera sonrisa. Una comisura abajo y la otra arriba.

—Esta es mi casa.

La mirada que le dedicó Darya transmitía tanta ternura y amor que Aden no pudo evitar inclinarse para besarla. Iba a quedarse allí. Se quedaría para siempre, con ella, la ayudaría a arreglar la casa, poner un suelo de madera que fuera más cálido en el invierno, levantar de nuevo ese cobertizo que había visto derrumbado en la zona trasera. La ayudaría a labrar el campo, la enseñaría a leer y a escribir, le haría el desayuno todos los días.

Le haría el amor todos los días.

—¿Me enseñarás la hacienda?

—Podemos ir al río. Cruza muy cerca de aquí, debajo del manzano. Te llevaré a lo alto de las colinas, desde donde se puede ver el mar. Mañana podríamos ir al pueblo. Tienes que contarme qué ha pasado estos meses.

Aden emitió un sonido de afirmación mientras se ocupaba en recolocarle la camisa, ahí donde se había despistado dejándole besos.

Darya se giró para mirarlo, los ojos ardientes, y aquella mañana tardaron un poco más de la cuenta en salir.

En el camino tuvo la oportunidad de hablarle, en voz queda, de su padre. De por qué le había pedido que se fuera. Le reveló toda la verdad mientras los dedos de Darya estrechaban con fuerza los suyos y se sostenía a su lado, atenta, siempre con la humildad de querer comprender primero a las personas antes de juzgarlas.

—¿Habrá guerra?

—Puede que sea como las anteriores, en los Balcanes. Nada de lo que preocuparse. Podría ir bien, si ayuda a que las tensiones en Europa desaparezcan.

—Una guerra nunca puede ir bien. Una guerra nunca es algo bueno.

En eso tenía razón.

el río era pequeño, de aguas transparentes. Un par de peces huyeron en cuanto Darya metió los dedos y se estremeció por el contraste de temperaturas. Comenzó a deshacerse del largo vestido blanco, ese que se había puesto sin nada debajo y que Aden no había podido dejar de mirar, y le tendió una mano.

El capitán negó con la cabeza, sentándose en la orilla en su lugar. Quería observarla.

El sol de mediodía amaba la piel de Darya. Tenía las pecas más oscuras que nunca, el cabello más salvaje que nunca, la expresión más apacible que nunca. Levantó el rostro al sol y se zambulló.

El río se llevó todos los males, todos los recuerdos. Lavó todas las heridas, el barro, el invierno. Cuando emergió se lo quedó mirando con fijeza durante un largo segundo y Aden ya se estaba incorporando para salir corriendo cuando Darya se le echó encima y acabaron ambos empapados, rodando sobre los guijarros pulidos. Aceptó que iba a tener que bañarse con ella, igual que aceptó que le lavaría el rostro, el pecho, los brazos, la espalda.

—Neni decía que los ríos curaban el alma de las personas. ¿Sabes qué significa eso? Una nueva oportunidad.

Renacer.

Le dejó caer el agua sobre la cabeza, los ojos, la nariz, los pómulos, los labios.

—Gracias.

Lo dijo de verdad, creía que tenía que darlas por aquello. Darya le daba permiso a existir sin deberse a nadie más que a sí mismo y a ella, que era por quien quería tener un futuro. Se sentía aliviado por aceptarlo y aceptarse, porque, después de todo y del largo camino que le había llevado llegar hasta allí, Darya aún lo quería consigo.

Le sostenía el rostro mientras la hacía suyo porque era la sinceridad más llana y aplastante.

Se miraban el uno al otro con una devoción y rendición absolutas. Aden casi se había chafado el dedo con el martillo mientras recolocaba los postigos de una de las ventanas, por tenerla allí mirándole con esos ojos enormes, pero todo estaba bien. Le salpicó un poco de agua de su vaso para que se fuera a embrujar a otro, y ella se rio, encantada, mientras le daba trozos de una manzana.

Se dio por satisfecho cuando la ventana cerró por completo. Había todavía mucho hasta el otoño, pero quería planificarlo todo con detalle. Darya le dijo que podían pedir ayuda en el pueblo para las cosas que no supiera hacer y estuvo de acuerdo, era la primera vez que su trabajo no implicaba que tuviera que estar detrás de un escritorio. Estaba encantado con el cambio.

Se tumbó en la cama con ella en la misma posición que habían adoptado una vez hacía meses y le recitó de memoria una poesía, mientras la cabeza de la joven descansaba sobre su pecho. La notó trazar figuras abstractas sobre su piel, cerrando los ojos al gesto.

—¿Te gustaría hablar?

—¿De qué quieres hablar? —Inquirió, confuso, esforzándose por poder mirarla y sin conseguirlo. Darya le escondía el rostro. Tardó en contestar. Inspiró con fuerza y dejó reposar la mano, finalmente:

—¿Quieres saber quién era neni?

—...Sí.

—Neni se llamaba Aysel Kaya y vino de Turquía sin nada. Conoció a Cillian Whelan y decidió quedarse aquí. Trabajaron en esta hacienda durante años para el que la había construido. Tuvieron dos hijos: Conall y Brendan. Brendan murió, y Conall conoció a Aila O'Brien. Neni no quería a Aila O'Brien porque no tenía tierras, ni familia, y ella quería volver a Turquía, no quería quedarse. Pero Conall la quería, así que se marchó de aquí mucho tiempo. Cillian también murió, y neni se quedó sola con la casa y el campo. Un día de 1902 Aila O'Brien volvió porque Conall murió de unas fiebres. Aila O'Brien no tenía tierras ni familia y nunca se sintió de ninguna parte, así que después de tener el bebé del que estaba embarazada se marchó. Neni se quedó con el

bebé.

Se apagó.

—¿Nunca has querido conocerles? Aila podría estar viva todavía.

—Aila le dio a neni su bebé y le pagó con porcelanas robadas. No era, ni es, mi madre. Neni no vendió las porcelanas para cuidar de mí, las guardó porque era lo único que yo tendría de mis padres. Pero no son mías, son de otra persona. Por eso en Londres las vendí. A lo mejor vuelven a quien pertenecieron.

—¿Y después?

—Después de muchos años dije en el pueblo que cuidaran de la casa hasta que volviera y me fui. Neni pasó mucho tiempo diciendo que yo no tenía padres porque me había encontrado en el mar. Por eso me llamó Darya. También por eso fui a Londres, para estar cerca del mar. Supongo que yo era un poco como Aila, de ninguna parte. Allí tú me encontraste. Nunca nada ha sido mío. Ni la casa de neni, ni las porcelanas, ni su abrigo. Yo tampoco era de nada, ni de nadie. Pero ahora sí —se incorporó para mirarle. Aden le sostenía los ojos.

Para siempre, Aden, le dijo en una lengua que él no entendió.

Tanto como vida tenga, pensó el soldado, tanto como vida tenga yo también te pertenezco, Darya Whelan.

La felicidad le llenaba la carne y el alma. Había dejado de tener pesadillas. En sueños, le pareció notar que la joven se removía bajo él y, adormilado, le pidió que continuara durmiendo. Notó que se sacudía en una risa que no llegó a escucharse.

—Tengo calor —se justificó.

—Salte y date una vuelta.

—Estás encima.

Aden se apartó con un resoplido, volviéndole la cabeza con fingido enfado porque no quería apartarse de ella. La escuchó volver a reírse.

—Son las diez de la mañana.

Ahora sí que se despejó por completo. Abrió los ojos tanto como pudo, se incorporó sobre los brazos y miró primero por la ventana, verificando que, efectivamente, era demasiado tarde y después la miró a ella, acusador. Tenía la culpa de que durmiese tan bien, casi como si todos los fantasmas hubieran decidido, por fin, abandonarle. Como si su posición favorita no fuera estar sentado en una silla viéndola dormir, sino durmiendo con ella. Ahí en esa cama, pero también sobre la hierba, a la vera del río, bajo un árbol.

Prepararon el desayuno y pasaron la mañana a la sombra de la maleza. Ella le había hablado de neni, así que era justo que Aden le hablara de Egon.

—Le queríamos mucho. Era la razón por la que Hardy vivía entonces. Nunca me perdonado a mí mismo no poder salvarle. Si hubiera saltado un poco antes... —Sacudió la cabeza y miró el inmenso cielo azul. Las nubes parecían trozos de algodón deshilachados.

—Si hubieras saltado un poco antes tú también estarías muerto —dijo Darya, su tono de voz absoluto. Aden la miró de reojo. Tenía razón. Como siempre. Si hubiera saltado un poco antes el coche se habría cobrado dos vidas en vez de una. ¿Podía aceptar eso, también? Le sorprendía lo mucho que la visión de Darya sobre las cosas le había obligado a recalibrar el mundo.

—Entonces... Hardy intentó matarse. Peleamos. Se pegó un tiro en la rodilla—. Era la primera vez que lo había dicho en voz alta. No sintió alivio, solo una sensación fría bajarle por la espalda. No quería mantener aquello más tiempo oculto, pero tampoco quería cargar a Darya con la responsabilidad de llevar ese secreto. La forma en la que ella le estrechó la mano le indicó que no le importaba, que ya había aceptado, hacía muchísimo tiempo, hacer frente a los lobos con los que tenían que convivir Aden y Hardy—. André Palmer nos amenazó con denunciarlo a las autoridades- alegaría que se pegó un tiro para no cumplir con su deber con su país- y yo lo encubrí. Así empezó nuestra deuda.

Dijo nuestra, pero en realidad era solo suya. Había aceptado la ira de Hardy, el dolor, igual que había aceptado que pagaría por su vida. Darya entendía cómo Hardy había llegado a construir tanto resentimiento contra él, estaba segura de que ese era un sacrificio que no le había pedido a Aden.

Darya separó las palabras al hablar. Lo dijo lento, era un hecho:

—Si ya no hay sitio ni para ti ni para mí en Londres, lo buscaremos en otro sitio—. Lo buscarían hasta en el fin del mundo, se refería, y si ahí no se podía construir un hogar, bueno, entonces ellos ya lo llevaban consigo.

Le sonrió de la manera más sencilla, bonita y espontánea. Sonrió porque las cosas eran así como ella las entendía y porque Aden estaba ahí al otro lado mirándola. Tenía tanta fe, tanta fe ciega en él y en que podían cambiar el mundo.

Fe.

Fe fue lo que pasó cuando uno y otro se desnudaron y se unieron. Pasaron del lenguaje del hambre al lenguaje del cuerpo, de la manera más franca y sencilla de decirlo todo. Fe era querer.

Darya hundía los dedos justo debajo de los surcos de sus omoplatos y se aferraba a él, ingravidos en aquellos momentos. La pequeña hacienda se convirtió en el santuario de sus creencias. Ella, que era su esperanza, su futuro, su refugio, su consuelo y su cura, que lo llenaba y remendaba, que decía *existe una vida para ti y para mí* y él se descubrió necesitando creer *que*

sí.

Se alternaban para cocinar esos días o cocinaban juntos, siempre ingeniándose las para que el plato del otro no estuviera vacío. ¿No consistía amar en eso, al final? Continuó leyéndole poesía todos aquellos días, evitando pensar en el asesinato del archiduque de Austria en Sarajevo, sabiendo que sus predicciones eran correctas y habría guerra en Europa. Julio se convirtió en una crisis internacional.

A la mañana siguiente llovió y Darya corrió hacia la lluvia o la lluvia corrió a estrellarse contra ella, como también hacía él. Aden la miraba refugiado en el porche y entendía que este era su principio y su final, entendía que esto, aquí, con Darya, significaba ser libre.

Era una sensación poderosa y terrorífica. Le dio un sorbo a su té y supo con la misma certeza con la que sabía que pertenecía a Darya que lo daría todo porque pudiera mantenerse así.

—Vas a enfermar —le advirtió, y regresó a la casa para calentarle el agua de la bañera. Le gustaba lavarle el pelo, frotarle la espalda. Besarle las puntas de todas las vértebras. La abrazaba después a través de la toalla, para darle calor hasta que Darya protestaba que acabaría empapado y tenían que cambiarse la ropa, u olvidarse de ella, en esta cama que se convirtió en el altar de todas sus plegarias.

C18.

El día tres de Agosto de 1914 Alemania declaró la guerra a Francia.

Aden estaba sentado en la silla del comedor, con el periódico abierto frente a sí. Aquella misma semana habían terminado de reponer las vigas en el techo. Estaba parada en el umbral con una cesta de moras debajo del brazo, él le había estado leyendo la noticia en voz alta y ahora guardaba silencio, su expresión contrita.

Junto a él había una pequeña libreta de tapas blandas en la que había dibujado cómo quería que quedara el establo, para que así pudiera tener otra vez una cabra. Sería pequeño, decía, pero tendría balas de heno, que olían maravillosamente bien y Darya había llenado los márgenes del dibujo de pequeñas flores que esperaba secar aquel verano y con las que llenar toda la pequeña construcción. Ahora miraba esas mismas flores que había dibujado llena de felicidad sintiendo un vacío devorándole el corazón.

—¿Van a venir a por ti? —Fue lo primero que consiguió decir.

—No —pero sonaba inseguro. Si su país entraba en guerra, él tendría que ir al frente. No tenía claro si había perdido su rango y su posición en el ejército, pero también sabía que no podría vivir consigo mismo no cumpliendo con su deber. Evitó mirar a Darya, para que ella no se lo leyera en los ojos.

—Si tienes que volver a Londres yo también voy.

—No—. Para aquello sí que la miró.

—Sí. No te atrevas, no te atrevas, no te atrevas Aden Savage a volver a dejarme. Donde vas tú, voy yo.

—No vendrás conmigo. He visto cómo Londres te mataba, tienes que quedarte aquí y seguir con los planos de la reconstrucción de la parte trasera. Tienes que cambiar el cristal de la ventana de arriba. Tienes que terminar de ponerle las patas a la silla. No tienes ya allí nada por lo que tengas que volver.

—Mi lugar está contigo. Contigo entero, no a trozos. Volveré a ver a Hardy y a Nevil, les echo de menos.

Aden se incorporó. Sus ojos eran terribles.

—Prométeme que vas a quedarte aquí, Darya Whelan.

Ella frunció la boca y no cedió.

—No. Si te vas, no volverás.

Aden acusó el golpe con tanta entereza como pudo. Hizo una mueca y se volvió, no queriendo remover heridas ni discutir con ella. No tenía sentido. Pasara lo que pasase no iba a permitir que fuera con él. Darya tenía que quedarse en Irlanda, era el único consuelo que tendría para hacer frente a los meses en los que, otra vez, se viera atado por sus compromisos. ¿Cómo podía hacerle entender eso?

Esa misma noche Darya terminó de cepillarse el pelo y se reunió en el colchón con él, no se habían dicho nada más en todo el día. Estaba agotada, de tener que mantener una discusión que ni siquiera había comenzado. No se puede querer con orgullo, le había dicho, pero le dio igual. Aden era obstinado.

La chica le dejó una caricia lenta en la mejilla allí al resguardo del colchón, obligándole a que volviera la cara. Entreabrió los labios y Aden aceptó el beso, abandonándose al gesto, volviendo a reunirse con ella. Le dolía que tuvieran que mantener pulgadas de distancia, incluso si era por una causa tan grave como una posible guerra.

Esa noche marcó todas las esquinas de su cuerpo. Se aseguró que allí a donde fuera, Darya Whelan fuese de Aden Savage. *Para siempre*. Se lo dijo, en un susurro, perdido entre los rizos y las pecas, le dijo que tenía la piel llena de estrellas, y Darya le contestó que siempre estarían ahí para él, velándole. Esperándole. Fue esa aceptación a la que decidió aferrarse. Incluso si no se lo prometía, aquello tenía que valerle.

Le había dicho que le esperaría.

La quería tantísimo.

Pasó el resto de las horas en velo, escuchándole el corazón latir. La preocupación le arrugaba el ceño, le pesaba en la espalda. No quería irse. No era justo. Acababa de encontrar su hogar.

Cuando comenzó a despuntar el sol se vistió y anduvo las millas hasta el pueblo. Saludó a Martell O'Connor y a uno de sus hijos, tuvo que apartar la cabeza de una burra que intentó olisquearle el cuello, pasó de largo de la calle principal y el pequeño Ronan se alegró de verle, tendiéndole inmediatamente el periódico. Aden consiguió sonreírle y revolverle el pelo, refugiándose a la sombra de una de las casas para leer con avidez las noticias. No había ninguna declaración oficial todavía. No sabía si era un alivio o no.

Pasó el día empecinado en que tenía que tapar todas las goteras que encontrase, dejar la casa en el mejor estado posible. Habló con varias personas en el pueblo para enseñarles su dibujo del nuevo establo y asegurarse de que sería posible, igual que acordó que ayudaran a Darya a poner madera en el suelo. Por la tarde partió tanta leña como pudo, hasta que ya no podía levantar más los brazos y el sudor le empapaba la espalda. Comenzó a escribirle una carta, larga, en secreto, que ella no podría leer pero que podrían leerle, en la que intentaba explicarle lo mucho que la

echaría de menos. Lo mucho que la quería. Se rindió a mitad, la dejó inconclusa y decidió demostrárselo, tumbándola sobre la mesa vieja del comedor para abrirla las piernas y llenarla de besos. Se grabó a fuego todos sus jadeos, la tibieza de sus manos, la textura de su piel, las cosquillas de sus rizos en la nariz, los ríos de sus costillas en su carne. La amó como no se había entregado nunca a nada y a nadie, y ya de noche, como un susurro que no puede escaparse, la estrechó para sí con fuerza y le contó a su pelo cómo no podrían tener un futuro juntos si no había un mundo en el que vivir.

Y ese era el regalo que Aden quería hacerle.

—La guerra jamás puede llegar hasta aquí. No puede tocarte —le acarició un pómulo para enjuagarle la lágrima que caía—. No puede ser un hogar si le prenden fuego, Darya.

No es justo, decía ella, ahogada, no era justo. Ya lo sabía. Si volvía, tendría que enfrentarse a muchas consecuencias para las que no estaba preparado. Huir de su padre. Huir de su trabajo. Huir de su propio país. Podía ser que André Palmer hubiera denunciado a Hardy, y ambos acabarían criando gusanos en una celda. Podía ser que su padre removiera toda Inglaterra para encontrar a Darya, y matarla, como había prometido.

La abrazó con más fuerza, Darya temblaba.

No iba a permitirlo. La posibilidad de una vida con Darya sucedería si de verdad Aden era libre de estar allí, y ahora no lo era. Tenía que haber hecho las cosas bien, en primer lugar, dejar el ejército. Hacer frente a su padre. Pedirle a Hardy que se fuera con él. Eso era lo que más le dolía: tendría que habérselo pedido. Tendría que haber hecho las cosas mejor, diferente, para que ahora pudiera volver sin arriesgarse a perder todo ese futuro con el que había soñado con ella.

Darya consiguió levantar la cara de donde la tenía enterrada para besarle los ojos, sobreponiéndose a su propia angustia para consolar la del soldado.

No dijo *no quiero que te vayas* dijo *¿qué puedo hacer para que te quedes?* Y aquello le dolió más que nada. Darya era maravillosa, extraordinaria. Era un privilegio tenerla, quererla. Era por eso que tenía que hacer las cosas bien, que tenía que irse. Que si había guerra, iría a librarla, para que tuviera un hogar al que volver. Para que ella, siempre, estuviera segura. Eso también tenía que entenderlo: Aden la había recogido medio muerta de las calles londinenses, había visto todo lo que la ciudad se había llevado de la chica hasta que nada más quedó de ella huesos y esperanza, y ambos eran frágiles. Su Darya era tan valiente.

—Por eso tienes que quedarte y hacer de este lugar un sitio habitable. Por eso tienes que sembrar las patatas que te ha dado Anne, y conseguir esa cabra. Tienes que mantener esto para ti, para que siempre estés a salvo, aquí, mientras yo aseguro que nadie ni nada pasará las fronteras del país y podrá alcanzarte. Es posible que un día mi padre nos encuentre. Por eso, también, tengo que dejarle claro que ya no puede hacernos daño. No le tengo miedo, en tanto que sepa que tú estás a salvo. En tanto que sepa que puedo volver, y seguirás aquí —*inmortal*, quiso decirle, pero lo escondió en un beso. Darya seguía llorando. Lloró mucho esa noche, lloró hasta que era muy tarde en la madrugada mientras le decía que no podía aceptarlo. Que estarían bien si estaban

juntos.

—Ya estamos juntos —respondía Aden, la voz ronca del sueño y del uso, su mano continuaba acariciándole los rizos mecánicamente, consolándola—. Estaremos juntos aunque no compartamos el mismo espacio, Darya.

Nos pertenecemos.

Por eso había que luchar.

El día cinco de Agosto de 1914 Aden volvió a bajar al pueblo, y esta vez la portada del periódico decía: *Gran Bretaña declara, formalmente, la guerra a Alemania; el káiser hace frente a Francia, Rusia y Bélgica; cruceros alemanes hundidos por la flota francesa.*

Leyó varias veces el titular.

Más abajo había un epígrafe donde se anunciaba que el Reino Unido movilizaría sus tropas a la frontera occidental francesa. Le sudaban las manos. Levantó la vista del periódico para contemplar el pequeño pueblo, todos estaban en las calles, comentando el acontecimiento. Vio caras de seguridad, incluso de alegría. Aquello sería bueno para Europa y duraría poco, escuchó, no tenían nada de lo que preocuparse. La potencia bélica del Reino Unido era superior a la de los alemanes.

Un chico joven anunció que iba a enrolarse en el ejército. Quería pelear por su país.

Recordó el dolor de la bala en su hombro, y su mente fue un caos de imágenes y sensaciones. No sabían lo que estaban diciendo. Daba igual que fuera una guerra pasajera, Darya había tenido razón: una guerra nunca era la solución a nada.

Regresó a la hacienda con paso pesado. Había determinación en sus ojos y en la línea de sus hombros, sabía lo que tenía que hacer. Darya estaba cortando con mucha fuerza las zanahorias, sin mirarlo, cuando llegó. Reconocía la cadencia de ese paso y sabía lo que significaba, se había prometido a sí misma que no continuaría llorando. Aden había tomado su decisión. Cuando lo notó a su espalda levantó más la barbilla, negándose a derrumbarse y se giró, para hacerle frente.

Se iba hoy, ya lo sabía.

—Te quiero.

Fue dicho en voz baja, con fuerza, como algo que solo aquellas paredes podían oír. Algo que solo estaba permitido allí dentro, aunque Aden se lo llevase consigo al frente. Se lo repitió, diez veces, mientras le sostenía el rostro en las manos y le cubría las pecas de besos, todas esas estrellas que Darya había prometido cuidarían de él allá a donde fuese.

—Volverás —afirmó, queda y rota.

—Te lo prometo, Darya.

Ella asintió.

—Y yo te prometo que —*solo entonces*—, me quedaré aquí.

Aden la miró con intensidad. No se despidieron, ninguno de los dos. Él porque no quería que acabase, ella porque volvería a verle pronto. Se prometieron el uno que resistiría y la otra que lo buscaría. Allí donde estuviera, no importaba, Darya iba a seguirle. Y allí donde estuviera, no importaba, Aden sobreviviría.

Y se marchó.

EPÍLOGO.

Quince de Marzo de 1915, Neuve Chapelle, Francia.

La batalla les había costado muchas pérdidas. Las tropas británicas trabajaban en reagruparse, contar los heridos y muertos y asegurar el terreno ganado a los alemanes. La operación había sido un fracaso, pero en la trinchera, lo contaban como una victoria.

Un soldado francés estaba hablando con uno británico en torpe inglés, hablaba de su familia en el sur de Francia y de cómo había creído que podrían repeler a los alemanes si contaban con el Reino Unido y Rusia, pero que estaba perdiendo la esperanza. El inglés le daba una palmada en el hombro, e insistía en que todavía no llevaban un año de guerra, y muchas cosas podían cambiar en ese tiempo.

—Dejé a mi mujer y a mis dos hijas. Una de ellas decía que iba a venir conmigo. Está loca — sacudió la cabeza y le tendió un cigarro al otro soldado, que lo aceptó. Cuando le tendió uno a él, dejó de garabatear en el papel y también lo aceptó, con un asentimiento. Tenía los dedos helados del invierno, la pernera del pantalón empapada del barro. Había llovido hacía día y medio, y se había derretido la mayor parte de la nieve. Estaba de cuclillas en el suelo, agachado sobre la hoja en la que estaba dibujando lo mejor que podía una recreación de la batalla. Escribió su nombre bien grande encima de la silueta que le representaba. Llevaba meses haciendo aquello y enviando las cartas a Irlanda. A veces añadía alguna poesía que recordaba, la mayor parte del tiempo solo dibujaba. Había conseguido que algunos de los personajes que representaban a los soldados de su batallón tuvieran rasgos comunes en cada nueva carta.

Procuraba enviar una todas las semanas.

—Las mujeres no pueden ir a la guerra —interrumpió un soldado, que estaba escuchando la conversación, apoyado en la pared contigua de la trinchera.

—Ya sé que no pueden ir a la guerra —le contestó el francés, molesto—, pero si pudieran, tendríamos el doble de soldados.

El inglés que había repartido los cigarrillos se tocó la barbilla, la mirada perdida.

—Yo conozco a una que está aquí por un hombre.

—¿Cómo?

Se encogió de hombros.

—Hace unos meses, antes de ser trasladado, recibí un corte en la cadera, más o menos aquí. Ella me atendió, es enfermera. Está buscando a alguien.

—¿A quién?

—Eso suena a una fantasía —interrumpió el soldado que descansaba contra la pared—. A todos nos gustaría la idea de que nuestra mujer fuera enfermera solo para encontrarnos en el frente.

—No es una fantasía —negó un cuarto, que estaba de pie junto a él limpiando el cañón de su arma. Llevaba dos horas haciendo aquello, metódicamente—. Yo también conozco esa historia. No está buscando a cualquiera de nosotros, está buscando a un capitán del regimiento de Londres.

—Un capitán —inquirió el francés, volviéndose entonces a él, que había dejado de dibujar sobre el papel—. ¿No es usted capitán?

Levantó aquellos ojos verdes terribles y le dio una calada al cigarro. Expulsó el humo con lentitud.

—¿Cómo tenía el pelo?

El soldado pareció sobresaltado, un instante.

—No lo recuerdo. Tenía muchas pecas.

Una nueva calada al cigarro.

—Se llama Darya Whelan —dijo finalmente. Los otros tuvieron que esforzarse en escucharle.

—¿Entonces es una historia verídica? ¿Está aquí en el frente porque está buscando a alguien?

—¿Y cómo sabe cómo se llama? —Interrumpió el que limpiaba el arma.

Aden Savage levantó de nuevo la vista y la clavó en el soldado.

—Porque me está buscando a mí.

¿Cómo podía saberlo? ¿Cómo podía saber que después de todos aquellos meses se había hecho enfermera para poder ir al frente, y buscarle?

Aden no creía.

Pero un día recogió a Darya, y comenzó a creer.

Título original: All of my stars.

© 2014 Diana Boswell.

© Fotografía de cubierta Freepic.diller / Freepik

Corrector de estilo y traducción, María Martínez.

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio ya sea electrónico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

¹ La CUWFA era una organización abierta a miembros del Partido Conservador por el sufragio universal de las mujeres en el Reino Unido.

² El poema es de Virginia Woolf y no fue publicado hasta 1931. En esta obra se juega con la posibilidad de que Virginia ya tuviera retazos de lo que más tarde iría publicando en un manuscrito inicial.